

Luiz Ruffato

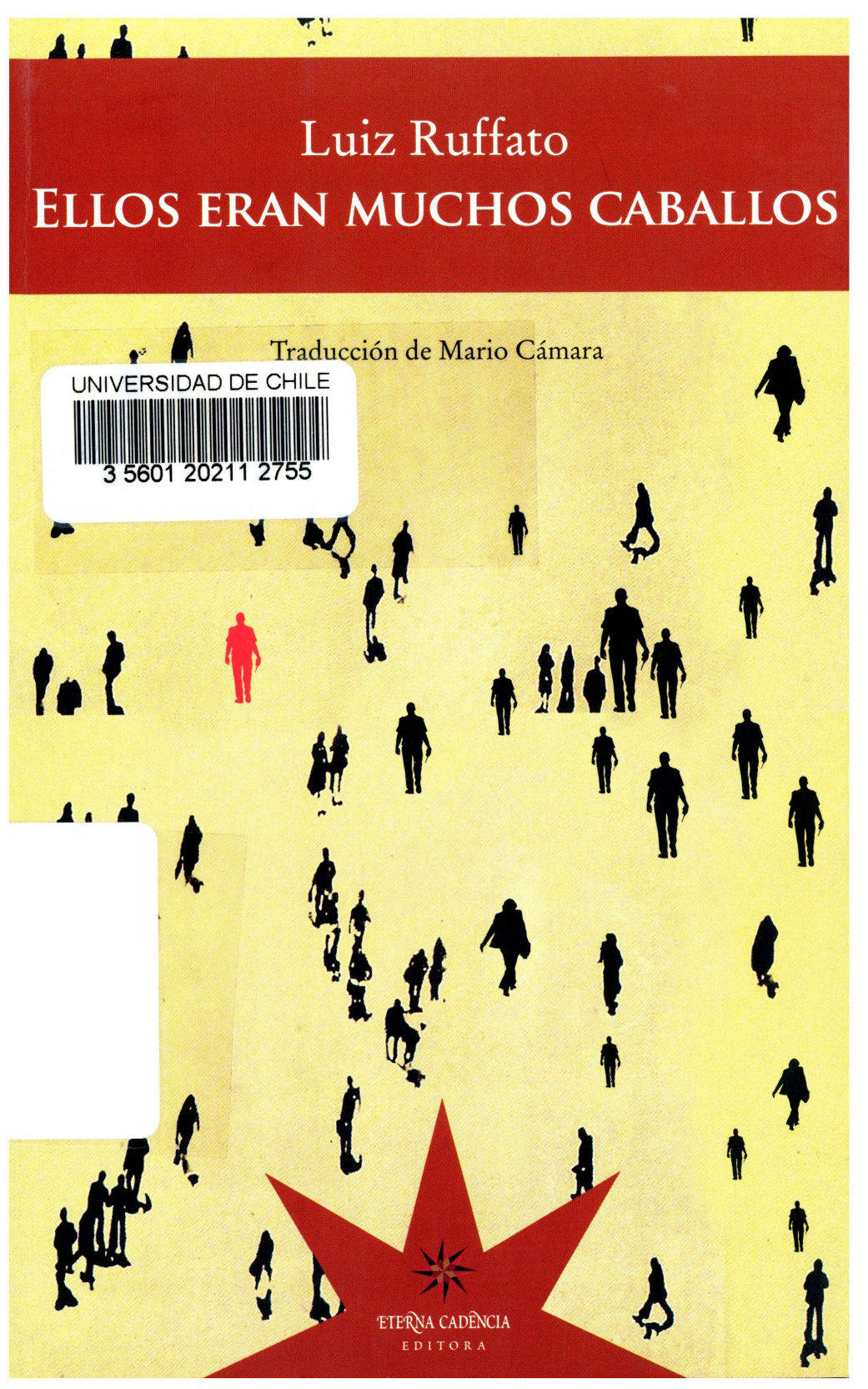
ELLOS ERAN MUCHOS CABALLOS

Traducción de Mario Cámara

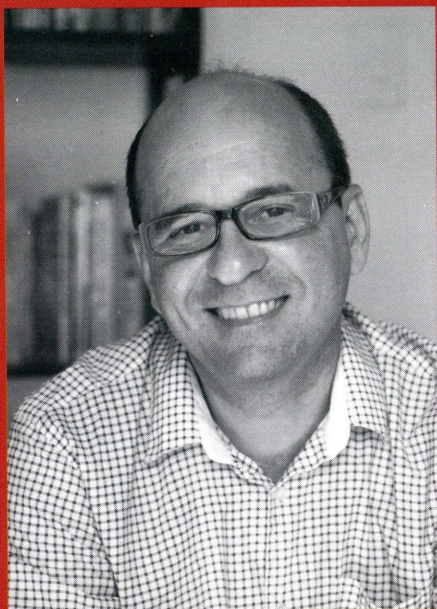
UNIVERSIDAD DE CHILE



3 5601 20211 2755



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA



© Adriana Vichi

LUIZ RUFFATO nació en Cataguases, Minas Gerais (Brasil), en 1961. Luego de trabajar varios años como periodista, decidió dedicarse exclusivamente a la escritura. Ha publicado los libros de relatos *Histórias de remorsos e rancores* (1998) y *Os sobreviventes* (2000), el poemario *As máscaras singulares* (2002) y el ensayo *Os ases de Cataguases* (2002), además de *Mamma, son tanto felice* (2005), *O mundo inimigo* (2005) y *Vista parcial da noite* (2006), que constituyen los tres primeros volúmenes de un ciclo de cinco novelas llamado *Inferno Provisório*, sobre la historia del proletariado brasileño desde 1950. *Ellos eran muchos caballos* (2001) le valió el Premio Machado de Assis a la mejor novela, otorgado por la Academia Brasileña de Letras, y el Premio de la Asociación de Críticos de Arte de San Pablo (APCA); fue publicada en Portugal y traducida al francés y al italiano.

Luiz Ruffato

ELLOS ERAN MUCHOS CABALLOS

Traducción de Mario Cámara



ETERNA CADÊNCIA
EDITORIA

B. 29.805 - 2755789
UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

Ruffato, Luiz

Ellos eran muchos caballos / Luiz Ruffato ; traducido por Mario Cámara ; revisado por Paloma Vidal. - 1a ed. - Buenos Aires : Eterna Cadencia Editora, 2010.

160 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1673-18-6

1. Narrativa Brasileña. 2. Novela. I. Cámara, Mario, trad.

II. Título

CDD B869.3

Título original: *Eles eram muitos cavalos*

© 2001, 2007, Luiz Ruffato

© 2010, ETERNA CADENCIA S.R.L.

© 2010, Mario Cámara, de la traducción

Primera edición: agosto de 2010

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA

Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires

editorial@eternacadencia.com

www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-1673-18-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

Para Cecília

Ellos eran muchos caballos,
pero nadie sabe sus nombres,
su pelaje, su origen...

CECÍLIA MEIRELES

¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente,
defendiendo la causa de los impíos?

SALMO 82

1. Titular

San Pablo, 9 de mayo de 2000.

Martes.

2. El tiempo

Hoy en la capital el tiempo irá de nublado a parcialmente nublado.

Temperatura – Mínima: 14°; Máxima: 23°.

Calidad del aire oscilando de regular a buena.

El sol nace a las 6:42 y se pone a las 17:27.

Luna creciente.

3. Hagiografía

Santa Catalina de Boloña, nacida en Ferrara, Italia, en 1413, fue abadesa en un monasterio de Boloña. En la Navidad de 1456 recibió al niño Jesús de manos de Nuestra Señora. Dedicó su vida a la asistencia de los necesitados y tenía como única preocupación cumplir la voluntad de Dios. Murió en 1463.

4. En camino

El neón vaga veloz por sobre el asfalto irregular, ignorando relieves, lomadas, surcos, agujeros, protuberancias, nervaduras, cascotes, negra mancha en la noche negra, apriada, la música hipnótica, tun-tun tun-tun, rige el tronco que trenza, tun-tun tun-tun, sensuales las manos se deslizan en el cuero del volante, tun-tun tun-tun, el cuerpo, el auto, avanzan, abducen las luces que lucen a la izquierda a la derecha, un anillo comprado en Portobello Road, satélite en el dedo medio derecho, tun-tun tun-tun, el bólido zumba en dirección al Aeropuerto de Cumbica, de frente cruzan luces de ómnibus que convergen de todas direcciones,

un negrito más para joderse

un metro setenta y dos *figura en el certificado de enrolamiento militar* pantalones y camisa Giorgio Armani, perfume Polo rociado en el cuello, zapatos italianos, rasurado, cabello con máquina dos, Rolex de oro bajo la alfombra,

un negrito más para joderse

debe estar llegando, una de esas estrellas que sobrevuelan la calle, la mujer, el patrón

compromiso impostergable en Brasilia expliqué a

sí, claro, él lo trata como

el hijo que le gustaría haber tenido

sí, claro, el hijo un tarado cocainómano pasea su arrogancia por las salas de los agentes de bolsa,

sí, claro, el hijo un tarado cocainómano desfila sus esteroides por mesas de discotecas y bares –que ya rompió–, por rostros de patovicas y prostitutas –que ya lastimó–, por máquinas de escribir de comisarías –que también ya

sí pero es mi hijo

y soborna a la policía,

al comisario,

al dueño de la discoteca,
a las prostitutas,
a los patovicas,

sí pero es mi hijo

sí, claro, la hija vive en Embu, macrobiótica, artista plástica
esotérica, los cuadros siempre son los mismos

quien no tiene ojos para ver

trazos rojos, histéricos, espasmódicos, gruesos, finos, fondo
blanco

no tiene ojos para ver

una vez se la cogió *horrible* en el estudio entre pinceles y la-
tas de tinta sobre una mesa donde yacía estirada una inmensa
tela en blanco

eso es arte

ella olor a incienso

marihuana es natural

desnuda bajo la bata hindú, restos de semen en la superficie
blanca

eso es arte

un negrito más para joderse

¿obstinada en un costado *arrepentida*? no pasa de un
empleadito

sí, pero el padre me adora

un profesional competente

porque gano dinero para él en la bolsa

un departamento enorme en moema uno por piso tres suites
*contraté uno de esos putos el dinero no es problema él montó
un circo el mujerío admira entonces digo la decoración es de
fulano ellas tienen un orgasmo*

sí, competente:

hace seis años paseaba su pálida delgadez por las escasas som-
bras de las calles tristes de muriaé ciudad triste

hace cinco años se vestía con las primeras nieves de fairfield

ohio gracias a una beca del american fields que ganó en un
concurso promovido por la sucursal del rotary club de mu-
riaé ciudad triste

hace cuatro años arañaba sus dudas en el citibank
sus certezas en el citibank

hace dos años gana dinero para
el viejo no me va a dejar un carajo

hace un año cuida de la caja de los de la bolsa

va a quedar todo para los

ella desembarca london-gatwick un anillo adquirido en por-
tobello road en la palma de la mano

es suyo

¿cómo estaba londres?

tun-tun tun-tun tun-tun tun-tun

5. De memoria

Vienen los tres, en fila, por el camino alisado al mar-
gen de la ruta. La oscuridad disuelve sus cuerpos, entre-
vistos en la escasa luz de los faros de los camiones, de los
ómnibus y de los autos que hace adivinar la madrugada.
Caminan, el matorral alto y seco roza las piernas de sus
pantalones.

Son padre e hijo y un joven, conocido de vista, que, en-
valentonado, *Puede, sí. Hace diez años que voy a pie. Es una
economía increíble a fin de mes*, resolvió acompañarlos.

El hombre maneja una apiladora en una transportadora
en Limão.

El niño tiene diez-once años, aunque, delgado, aparenta
mucho menos. Ahora, largó la escuela, vende salchichas –con
ketchup o mayonesa– y Coca-Cola frente a la firma donde
trabaja el padre. A la noche guarda el carrito en el patio de

la empresa, los vigilantes lo cuidan. Cuando crezca, perderse fuera de Brasil, sueña, camionero.

El joven, desempleado, acepta cualquier oferta, *¡El negocio tá hecho!*

El niño va al frente, el hombre al medio, el joven detrás.

—Ese de ahí, vale oro, dice, orgulloso, el padre, intentando adivinar el gesto del compañero que respira asmático a sus espaldas, pies husmeadores. ¡Es de una inteligencia! ¿Quiere ver?

Gira, mira el letrero del ómnibus que pasa velozmente, “Garanhuns”, dice.

—Pernambuco, el niño replica, automáticamente.

El joven lo desprecia, “¿Es eso?”.

—Sabe dónde quedan todas las ciudades de Brasil, argumenta el padre. Tiene un mapa en la cabeza, el desgraciado.

—¿Todas?

—¡Todas!

El conocido de vista entonces se para, se da vuelta, mira el letrero del ómnibus que pasa velozmente. *¡Mierda!*, no alcanza a leer, *Muy rápido...* *¡Mierda!* Avergonzado, piensa, *Alagoinhas*, el nombre de su ciudad, “Alagoinhas”, *Esta, este no la emboca.*

—Bahía, el niño responde, displicente.

—¿Es Bahía?, indaga el padre, ansioso.

—Sí, accede el joven, contrariado.

Sin mirar para atrás, aguarda otro ómnibus que pasa velozmente, “Itaberaba”, nombre de la ciudad de la mujer, *Ahora no es...* “Bahía, también”, *¡El lento la embocó! ¡Desgraciado!*

—¿No le dije?

—¿Dónde fue que este fenómeno aprendió estas cosas?

—No sé...

—No es de hablar mucho, ¿no? ¡Hey, pibe! ¡Hey!

—Sí... Es medio callado... Asalvado...

Vanidoso, gira, mira el letrero del ómnibus que pasa velozmente, “Governador Valadares”.

—Minas Gerais.

—¡Impresionante!, el joven se convence.

Caminan, el mato claro y seco le pica los brazos.

—¿Ya pensó en llevarlo a la televisión?

—¿Qué?

—Sí... a esos programa en que las personas van a responder cosas...

—¿Televisión?

Televisión...

—Da dinero, ¿verdad?

—¡Sí!

El hombre busca al hijo que marcha al frente, escondido dentro de una campera corta y gastada, dos talles más grandes que su cuerpo

los ómnibus los camiones los autos las luces San Pablo

Televisión...

6. Madre

La vieja, ojos abiertos de par en par, tenazmente pegada a la butaca número 3 de la línea Garanhuns-San Pablo, no duerme, hace ya cuarenta y ocho horas, en vilo por la velocidad del ómnibus, *Dios mío, ¿para qué tanto correr?*, la conversación del conductor con los colegas cosechados asfalto afuera, *Dios mío, ¿no está prestando atención a la ruta!*, implora, que el viaje termine ya, reza, ni al baño puede, queda bamboleando sobre las cabezas, y, alcanzando el hedor del cubículo al final del pasillo, no mejoraría nada, aun con la veguija vaciada y el intestino apaciguado, *¡Dios mío!*, solo se alivia en las paradas, acabado el sacudimiento, *¿Y ahora?*, *¿Tá cerca?*, **¡Paciencia, abuelita!**, **Todavía falta un poquito**, el aire apestado de ventanas cerradas, vidrios sudados,

en el suelo, desparramados, papeles de caramelos, de galletitas, servilletas, bolsitas, palitos de helado, vasos descartables, botellas plásticas, migajas de torta de mandioca, de pan, de arroz, harina, restos de comida, un calcetín de croché azul, nochedía, *Y la gente todavía consigue dormir, mi Dios, la bocona cocodrilo, ¡hasta ronca!, ¡hasta babea!, ¿qué come?*, se mezclan los distintos paisajes, ciudades enooooormes, pueblito que, ¡zum!, pasó,

Y

Las cercas de alambre de púa, las hachas, el pasto, las termitas, carcasas de buey, urubúes, cielo azul, cobras, seriemas, gaviotas, cagacebos, fuscas, carretas, caballos, bueyes, burros, bestias, pantanos, aleros, cabros, bosta, cucarachas, bichos, bananos, bicicletas, arbolitos, árboles, árboles, árboles,

el motor zumbándole dentro del oído (zuuummmm)

Y

la caatinga¹, los campos, la caña, la banquina, la cañada, el río, el riacho, el riachuelo, el hilo de agua, el agua, la curtiembre, el cuero, el cuerno, la cabeza, la herradura, la carne al sol, la sal, los perros, cucharas, cuchillos, tenedores, vasos, platos, la mano, los olores, las chimeneas, los perros, la caatinga

cuidado cuidado cuidado cuidado cuidado cuidado

el dolor, los dolores, las dádivas, el dolor, los dolores, edificios, la chimenea, el humo, el cigarrillo, el tabaco, la harina, el poroto, el fuego, los fuegos, el incendio, las gallinas, la gente, los travesaños del arco, las canchas de fútbol, jugadores, uniformes, colores asoleándose en las sogas de la ropa, el sombrero, la pelota, abeja, cántaro, los gatos, las gallinas, las ventanas, los jeeps, las boas, las ventanas, las ventanas, carteros, el miedo, el meo, los muertos, los montes, las montañas, los muertos, los montes, las montañas, los

¹ Vegetación agreste característica del nordeste de Brasil. (N. del T.)

Y

el motor zumbándole dentro del oído (zuuuuummmm)

nubes, noche, la noche-noche, la pala, el pie, el polvo, parajes, picaduras, piedras piedras piedras, puentes, plantaciones, ratas, ropas, el sertón, la sequía, el sol, el silencio, el zumo, el sol el sol el sol el sol el sol, anzuelo, tierra seca, urubúes, ombúes, la planicie, el verde, lo ceniciento, las cenizas y el olor a

cuidado cuidado cuidado cuidado cuidado cuidado

blancas vacas en el verdor del pasto, distantes nubes, ropa seca, carne seca, tierras, tierras, tierras, el viento, el día verde-caliente, la tarde azulfresca, la noche de estrellas empolvadas, el mundo, mundogrande, que no se acaba más nunca, y **Oh, abuela, ya estamos casi** la vejiga hinchada, duele la barriga, la espalda, ¡Ay!, las escaleras, ¡Uy!, las piernas, ¡Ay! ¡Uy!, sin posición, **Allá, abuela, allá las luces de San** el hijo esperando ¡*Tantos años!* ganarse la vida en Sanpablo, en el Brejo Velho *Solamente volvió dos veces, mi Dios,* y eso que es soltero, después, sólo las fotografías llevaban noticias, el empleo, la novia-ahora-esposa, ellos dos, la casa derruida, los nietos, *y vamos entonces a esperarla para pasar el Día de la Madre con nuestra familia y todos estaremos muy felices no se preocupe tanto que yo la voy a buscar a la terminal recuerdos para todos de la* vejiga inflamada, los intestinos pegajosos, ¿cómo leer la mirada del hijo?, saber si es feliz en el trabajo, en el casamiento, si, pero, Ay, la vejiga, la barriga, la espalda, ¡Ay!, las escaleras, ¡Uy!, las piernas, ¡Ay!, ¡Uy!, sin posición.

En la terminal, de pie, se refriega las manos.

7. 66

La vibración del número de hoy estimula la realización de los aspectos materiales de la vida

(más dinero y prestigio)
puede contar con la ayuda de
un amigo influyente
puede recibir un ascenso o
una herencia:
es hora de ser práctico
y objetivo.

8. Era un joven

es un pequeño Jesús allí así tirado no parece un niño los largos cabellos rubios barba candado antiguos ojos castaños un pequeño Jesús estampa comprada en un domingo de sol en la feria de la plaza de la república un joven probando desconforme la suma de las cosas un joven formidable crack en matemática y física y química que manejaba bien el portugués y cursaba el advanced en la cultural inglesa un niño maravilloso músculos formados en taekwondo un jovencito adorable empujando el carro de las compras de la madre en el supermercado creyendo graciosa la manía de ella de detenerse entre las góndolas calculadora sumando y restando y multiplicando y dividiendo hasta enredarse con los números e irritada apenas de comparar precio peso fecha de vencimiento y luego apilar todo en los armarios sentarse exhaustos en el comedor para ver el noticiero de la noche sosteniendo el plato con las sobras del almuerzo en la palma de las manos los pies apoyados en la mesa ratona y en esos momentos se creía en sintonía con un algo superior en armonía con las fuerzas positivas del universo y hasta perdonaba a aquel que la había abandonado un niño por criar necesito un tiempo y el pequeño Jesucristo dando cuerpo a la ausencia de la figura paterna causará eso algún problema en su cabeza las aprensiones los recelos no

quiero meterme mi hijo pero ese chico ese chico no es una buena compañía para vos hijo ah la volcánica adolescencia y se desdoblaba al final de la jornada en el diario en free-lances en revistas para que el chico frecuentara los mejores ambientes quería legarle eso por más incompetente que fuera para darle un padre decente de vez en cuando llamaba cómo están las cosas por allá ah este mes no voy a poder depositar el dinero las cosas no están yendo bien pero el mes que viene siempre la misma cantinela en el día del cumpleaños y entonces campeón en navidad y en el año nuevo y entonces campeón el año que viene vamos a ver si nos tomamos unas vacaciones juntos ¿eh? y las noticias es socio en una consultora de comunicación estoy pensando seriamente en sacar el pasaporte italiano e ir a trabajar a la comunidad europea hacer cualquier cosa entendés se casó se nuevo se convirtió en cadete en la intendencia las cosas que han salido en los diarios todo mentira tu madre que es periodista sabe que es todo farsa es una infamia da asco se separó y se juntó con una chica de unos veintipocos años mucha celulitis no no vi pero me imagino hoy son todas así hasta las modelos no ves está construyendo una mansión en alphaville está viviendo en una mansión en alphaville para ella es difícil pagar las cuotas del departamento en jabaquara (nunca quiso pelear en la justicia no quería complicar la relación del hijo con el padre) y él que necesitaba ponerse frenillos en los dientes y aprendía muchas cosas mi dios leían la veja y la folha de s. paulo y discutían los temas de pequeñito él hacia cada pregunta y ahora era ella quien se sorprendía ante un mundo

cada vez más inverosímil y quería comprometerse en la lucha por la preservación de la naturaleza asociarse a greenpeace y ese día que llegó más temprano tendinitis el diagnóstico él bañándose la computadora prendida entró en el cuarto para recoger la ropa tirada qué holgazán y los ojos miraron rápidamente el salvapantallas de la computadora una enorme vagina el bolso se desmorona en el piso imitación madera el manojito de llaves se desmorona en el piso imitación madera su rostro colorado marchitó su corazón y pensó dejar el cuarto fingir que nada pero los pies plantados el hijo cruzó la galería los ojos asustados el cuerpo goteando la toalla a la cintura el vocerío de los periquitos en los árboles de la calle el bolso el manojito de llaves desparramados en el piso imitación madera el póster ozzy osbourne pegado en la puerta del armario ya comiste hijo mamá balbució yo y ella ya sé vamos a salir y comer una pizza ¿está bien? y la madrugada se disipa los amigos del colegio del edificio se amontonan atontados el humo la parafina coqueas conocidos parientes voces plañideras la silla en la cabecera corona de flores nostalgia es un pequeño Jesucristo así echado estampa comprada en un domingo de sol en la feria de la plaza de la república diecisiete años en agosto
tan feliz tan lindo tan compañero tan inteligente tan amoroso
mi dios por qué hizo eso mi dios por qué

9. Ratas

Una rata, de pie sobre las patitas traseras, roe una corteza de pan, observando a las compañeras que se dispersan nerviosas sobre la inmundicia como personajes de un videojuego. Otra, más osada, prueba masticar un pedazo de paño cubierto de mierda blanda, todavía fresca, y, descuidadamen-

te, agarra algo suave y caliente, que de inmediato se mueve, asustándola. Luego, recompuesta, aferra los pequeños dientes a la carne tierna, chillá. Excitada, la banda se acerca, convulsivamente.

El cuerpito débil, momificado en trapos fétidos, denuncia el trastorno, el músculo de la pierna se contrae, el pulmón se prepara para el berrido, expele un sollozo mientras tanto, un balbuceo de labios heridos, un breve espasmo. La claridad avergonzada de la mañana penetra descuidadamente por el techo de chapas de zinc perforado, por los agujeros de las paredes de placas de carteles. Sin embargo, la casilla todavía está a oscuras.

El chupete sucio, la punta rajada, que el bebé mordisqueaba, se escabulló rodando por debajo de la hermanita de tres años, que a su lado chupa el pulgar tan insaciablemente como cuando mamaba los senos de la madre. El pechito chilló todo el sueño y ella tosió y lloró porque el hermanito de seis años se enrolló en la frazada fina, mustia, que obtuvieron de los creyentes.

El colchón grande de resortes donde se cobijan llegó una tarde húmeda, manchas oscuras dibujando el paño rasgado, cuevas vomitando polvo, instalado en el techo de una combi para fletes, venciendo toda la ruta de Itapecerica, desde Vila Andrade hasta Jardim Irene, cuando vivían con Birôla, hombre bueno, él. Una vez llevó a los chicos al circo, payasos, perro adiestrado con ropita de ballet, mono en velocípedo, domador dentro de la jaula azotando al león desdentado, caballos diestros, trapeceista, equilibrista, pochoclos, tragasables, manzanas acarameladas, jóvenes en malla, copos de azúcar, mago que serrucha gente, pirulines, helados. Ahí comenzó a abusar de la más grande, ahora ya es mayor, pero en esa época tenía trece años. Colérica, desparramó alcohol por el cuerpo, prendió un fósforo, el fuego quemó la vecindad,

salvó a los hijos, pero el tal, aquél, ardió en sueños de crack, carbón indigente.

De él heredó el pequeño, ocho años, su catarro, hombrecito. El año pasado, o el anteaño, no lo sabe, explotó la pica-zón, la espalda, la barriga, las piernas, todo una herida, pobrecito. Internado, las enfermeras ni un pío oyeron, ninguna queja, un amor. Fue amonestada por el doctor, Una locura, dijo, Irresponsable, gritó, le dijo que una asistente social la acompañe, Sarna, ella ni la cara dio.

Piensen, es fácil, pero no tiene más fuerzas, aunque tenga treinta y cinco años, boca desdentada, los huesos fritos los ojos, la piel amarillenta, archipiélago de pequeñas úlceras, la cabeza desordenada. Y liendres explotan entre los rizos enredados de los niños y ratas procrean en el estómago de la barraca y chinches y pulgas se agarran a los hilos de los cubrecamas y las cucarachas guerrean en las grietas. Ya pidió-imploró a la de trece que ayude, pero, callejera, desaparece, días y noches. La vio cierta vez de auto en auto mendigando en un semáforo de la avenida Francisco Morato. Cuando el frío aprieta aparece.

La que tiene once, juiciosa, cría a los menores: los lleva a comer la sopa de los pobres, los lleva a bañarse a la iglesia de los creyentes, los cambia de ropa, se hace cargo, sin vueltas, vivaz. Y los hace dormir, contándoles historias, cosas que sucedieron, situaciones escuchadas por aquí y por allá. Da gusto: en la oscuridad, su vocecita, encaprichada con el osito de peluche que naufragaba en la corriente, se aísla sonámbula oídos adentro, inoculando sueños hasta en la madre, que gime bajito en un costado, el blanco de los ojos hendido bajo el vaivén de un cuerpo flaco y tatuado, otro más nunca antes visto.

10. Lo que quiere una mujer

Acomodando en la nariz los anteojos de marco negro, la patilla izquierda pegada con cinta, las lentes de vidrio rayadas, la mujer penetra con lentitud en la pequeña cocina, se dirige a la piletta, abre con dificultad la canilla atada con elástico y cuerda enlazados y lava un envase de requesón, Silvestre persigue a Twitty en la etiqueta. El marido, que sentado en la mesa se llevaba a la boca una taza de café con la mano derecha, mientras con la izquierda sostiene un libro, ligeramente inclinado para enfocar la vista con astigmatismo, se asusta, levanta los ojos, ¿*Pasó algo?*

Arrastrando las pantuflas deshilachadas, la suela ajada, la mujer se aproxima a la mesa, toma el termo, echa un poco de café en el envase de requesón, arranca un pedazo de pan francés, lo unta con margarina, se vuelve a recostar en la piletta. ¿*Qué estás leyendo?*, indaga displicente, acomodando la mano izquierda bajo el chal que cubre el camisón de breteles. Él, colocando el libro sobre las piernas, *Microfísica del poder... de Foucault... Lo encontré en una librería de usados... en la João Mendes*, se justifica, enojado. Los dedos de la mano derecha barren las migas que se desparrramaron sobre el mantel ajedrezado, intentando edificar un única pila. ¿*Por qué... por qué estás despierta a esta hora?*

Ella entreabre la ventana que da a la calle y observa, resguardados por la luz anémica del poste, los primeros pasajeros del colectivo que en breve comenzará a circular. Mastica el pedazo de pan, lo traga con el resto de café. Se da vuelta, como si estuviera en una clase, apunta a un punto imaginario en la pared contraria, a la altura de la caja de luz gris, a medio camino entre el armario de acero rojo oxidado y la heladera amarilla y destartalada

ayer a la noche venía llegando del colegio el tránsito estaba parado a la altura de Limoeiro una cantidad de autos de la

policía las sirenas sonando una enorme confusión y yo sola muriéndome de miedo qué sé yo uno no se da cuenta de lo que le pasa por la cabeza en esos momentos

(El marido llena la taza de café, enciende un cigarrillo, una hormiga escala por su mano abierta)

comencé a oír un gran tiroteo pensé en huir pero me arriesgaba a que me roben el auto ¿te das cuenta?, saqué la llave me tiré en el asiento de bruces miedo de morir allí sola y entonces sucedió una cosa graciosa me parece que me desmayé viajé en el tiempo qué sé yo me vi de nuevo jovencita con mis compañeros del grupo de jóvenes en una excursión ni me imagino hacia dónde y alguien tocaba la guitarra y cantábamos y reíamos y entonces comenzaron a tocar bocina desde atrás y asustada arranqué rápidamente el auto puse la primera y vi los soldados en la vereda arrastrando de las piernas a dos sujetos ensangrentados ya debían de estar muertos y varios otros sentados en el cordón sólo con los calzoncillos manos en la nuca parecía una escena de película americana

(El marido descruza las piernas, aplasta la colilla en el plato del café, agobiado mira la hora en el reloj de la pared).

La mujer pasea los ojos cansados por entre el humo azulado que se dispersa próximo a la lámpara de cuarenta vatios encendida.

El vecindario se despierta

una discusión, rápidamente abortada

una puerta que se cierra

una radio prendida

perros que ladran

la persiana levantada de la panadería

pasos rápidos en la vereda

un bebé que berrea

una sirena, lejos “¿Policía?”

el colectivo se aproxima, los pasajeros se apuran, arranca y decidí que no quiero más esta vida para mí no no quiero (El marido, impaciente, "Voy a llegar tarde",

Pero...

me cansé nada vale tanto sacrificio trabajar trabajar trabajar ¿para qué? casi no nos vemos no salimos a ningún lado cuánto tiempo hace que no me buscás

enciende otro cigarrillo, se levanta, camina en dirección a la mujer,

Es... es verdad... necesitamos sentarnos para arreglar algunas cosas... Pero... sinceramente... no creo... este... que las cosas estén tan mal no...

el problema es que vos te conformás con cualquier cosa para vos de cualquier forma todo está bien

intenta envolverla en los brazos azul marino de su camisa descocida, ella se suelta, regresa a la ventana, allá afuera bos-
tezos del día.

¿sabías que estoy debiendo de nuevo en el banco?, ¿sabés por qué? porque lo que ganamos no alcanza para llegar a fin de mes y lo peor es que no conseguimos salir de esta mierda estamos cada vez más

Estás hablando alto...

Ansioso, el ovejero alemán rasguña la puerta de la cocina, llorisquea. A contraluz, el rostro pardo de la mujer.

Hablá bajo... los chicos... se van a terminar despertando...

Tranquilizate... ¿Que me tranquilice? Estoy cansada ¿no te das cuenta? estoy cansada muy cansada cansada de vivir con un lunático que a lo único que le da valor en la vida es a esos libros que solo sirven para llenar la casa de hongos y enfermar a los chicos solo para eso y a ese ese ese estilo de vida esa esa opción por la pobreza ¡haceme el favor! lo que hace diez años me fascinaba hoy lo aborrezco

Pero

*Dejame hablar todavía no terminé dejá que me desahogue
nunca hablo*

*Los chicos... vas a terminar despertándolos
me quedo aguantando el temporal aquí dentro de casa ni para
cambiar una lamparita servís claro vos tenés muchas cuali-
dades sos fiel honesto trabajador pero una mujer una mujer
necesita mucho más que eso mucho más*

Pero

*el problema el problema es que llegué a la conclusión una
conclusión terrible en el fondo en el fondo sos sos un inconfor-
mista conforme en el fondo lo que querés es seguir dando tus
clasecitas porque dentro del aula nadie te hincha las pelotas
nadie te cuestiona*

Pero

*esta pobreza nuestra es una bella excusa para tu falta de em-
peño de osadía de coraje escondés tu cobardía tu falta de vigor
debajo de tu inconformismo intelectual como si el mundo se
estuviese muriendo de miedo de tu indignación ¡qué miedo!*

Pero

*una mujer una mujer necesita mucho más que eso mucho más
mi querido vos no ves el futuro porque no tenés futuro*

Pero

*no entendés nunca entendiste creés que la vida se resume a
eso vivir mal deber a todo el mundo nunca tener dinero para
comprar algo diferente para comer afuera viajar*

Pero

*es sólo estar encerrado tensa a la hora de salir tensa a la hora
de llegar rezando para que nuestros hijos no se mezclen con
los delincuentes del barrio no se metan con drogas*

*El marido enciende otro cigarrillo, esparce las migas que que-
daron sobre la ropa, junta los libros, se pone los anteojos,
disculpá yo yo no quise ofenderte*

No me ofendiste no...

es que estoy estoy tan cansada

*Ya sé... estás necesitando unas vacaciones... descansar un poco...
no lo que estoy necesitando es ah no importa no lo entenderías no importa*

abre de par en par la puerta que da a un pequeño patio de cemento, una fría brisa y un perro entran precipitadamente, la mujer lo agasaja, él oprime su brazo con cariño,

Tenés que tener fuerza... persistencia...

Me estoy poniendo vieja el tiempo se está acabando

acaricia la cabeza del ovejero alemán, que, agitado, espera una orden).

Hay que bañarlo... mirá ¡qué olor! ¡Quieto! ¡Quieto!

Traba la puerta del comedor

y apoyándose en el picaporte

escucha el rechino del portón

el motor del Chevette

perros que ladran

pasos en la vereda

voces

un colectivo que arranca

el rechino del portón

el motor del Chevette

voces

¿quién es ese hombre, mi dios, cara gorda dentadura postiza
barriga como un barril desarrapado sin amigos

que gasta las mañanas de sábado lavando el perro y el patio
latas de cerveza y brochettes

que gasta las tardes de domingo viendo fútbol en la televisión
latas de cerveza y brochettes

y que duerme en su cama

y que es el padre de sus hijos

y que

dios mío

ya no reconoce
¿quién es ese hombre? ¿quién?

11. Matanza n° 41

Bien dada, desde abajo hacia arriba, la patada que alcanzó las costillas descubiertas del perro callejero lo catapultó al medio de la calle, donde, aterrizando medio de costado, se escabulló, aullando, sin ponerse a considerar tamaña crueldad. Sólo después de escapar rápidamente por entre zanjas fétidas y huecos soñolientos, oscuridades y claridades, dándose coraje, se dio vuelta. Ya no había nadie extorsionando la mañana naciente. Se detuvo, tomó aire, el corazoncito corcoveante, se extendió sobre su cuerpo trémulo el confuso y reciente recuerdo. ¿Por qué fue agredido? Suspirando, la lengua lame el pelo duro, amarillo sucio, intenta frotar las partes doloridas. ¿Por quién fue agredido? Los dientes agudos mordisquean al aire, a la caza de invisibles pulgas. Exhausto, la cabeza pende sobre las patas estiradas, cierra los ojos, la cola se sosiega, suspira. De a poco, los pequeños fragmentos coloridos se asientan en el fondo del caleidoscopio. Caminaba, entreabriendo las cortinas de la noche a la busca de su dueño, orejas afiladas, todo alerta, porque sabía de la Vila Clara, varias veces ahuyentado, puntapiés, baldes de agua caliente, piedras, focos, cohetes, palos, hasta tiros, sí señor, ¡hasta tiros!, cuando, cerca del salón donde los pies del pueblo bailador de *forró* levantan finas nubes de cemento, avistó una escena intrigante: debajo del poste, como si durmiesen, tres personas echadas, casi amontonadas unas junto a las otras. Precavido, se acercó más, evaluó la situación. Borrachos no estaban, sobre ese asunto entendía y mucho. Paciente, acompañaba como un magdaleno el vía crucis de su dueño, clavándose

en bares, enroscándose en árboles, la columna curvada bajo la bolsa de arpillera abarrotada de latas de aluminio aplastadas. Lo que exhalaba de los cuerpos era acidez de sudor mezclado con el dulzor amargo del miedo. Fragmentos de plomo rebotaron en la pared del taller mecánico arrancando pedazos del enorme Ayrton Senna grafitado —más tarde, la policía técnica recogería veintitrés cápsulas calibre 380. La sangre brotaba de las varias perforaciones en la piel formando en el piso una mancha roja oscura que, desparramándose por la vereda caía en dirección al cordón, cuando se reducía a dos débiles hilos que, apenas alcanzaban la calle descalza, morían absorbidos por la tierra. Concentrado, intentaba reconocer los rostros, dos de los tres eran jóvenes todavía, cuando sintió una puntada a la altura del pulmón, casi vomita lo poco que había comido, recogió la cola, bajó las orejas, corrió, parándose en el asfalto. Asustado, abrió bien los ojos, se escuchaban los ruidos que acompañan el sol, se puso de pie, la pata derecha rascó la oreja derecha carcinómica, tenía que encontrar a su dueño a quien le gustaba conversar con él, acariciar su cuerpo pelado, besar su hocico, hacerle cosquillas, usarlo de almohada, que dividía los restos de comida con él. Uno de esos días, mientras se refregaba en el pasto de un cantero central de una avenida, por la tarde, nunca más lo vio. Allá quedó sólo la bolsa de arpillera abarrotada de latas de aluminio aplastadas.

12. Tauro

La luna nueva, en el signo de Cáncer, pide recogimiento, reflexión. Después de la agitación de los últimos días, es hora de un ritmo lento y continuo. Aquellos que se dejen llevar por las emociones pueden arrepentirse. Todas las actitudes

radicales están condenadas. El encuentro de los planetas en Tauro, signo de la tierra y la posesión, tiende a llevar a acciones exageradas, pero la energía lunar calma los ánimos.

13. Naturaleza muerta

La tía giró la llave, empujó la puerta, ¡*Eh!*, algo la trababa, se sorprendió. El cuerpo apoyado en el hombro derecho, cedió con esfuerzo, *pororoca* despedazándose, arrastrándose, ¡*Qué!* Chillando, los niños, a su espalda, espiaban asustados y curiosos. Por el hueco de la puerta se anticipó la mañana frágil iluminando la pizarra de avisos –fieltro verde pegado sobre una placa de corcho– ahora puente en diagonal ligando el zócalo al picaporte, garabatos y diseños todavía pegados con chinches.

En el pasillo, a donde daban las tres salas de clase, tizas desperdigadas, rastros de plasticola de colores, plastilinas aplastadas, hojas de impresión estropeadas, un pizarrón vomitado, trabajitos desgarrados, pinceles embebidos en heces que arañaron abstracciones en las paredes blancas, grafitis ininteligibles, una botella de Coca-Cola llena de meo, una pipa de crack improvisada –la tapa de una lapicera Bic clavada lateralmente en un frasco de Yakult. Al fondo, la cerradura forzada, fragmentos de vidrio de la ventana, de barro del filtro de agua, marcas de puntapiés en los costados de la cocina, ollas y cubiertos hundidos y doblados. Corriendo, gritos atraviesan las tejas francesas, ojos mendigan explicaciones.

Estirada, empujada, voces llorisquean, “La huerta, la huerta...”, llevaron a la tía al patio: frente a ella, pisados los surcos, legumbres y verduras estropeadas, arrancadas, enterradas, brotes de zanahoria, remolachas, lechugas, perejil,

tomates, tanto cariño desperdiciado, nunca más crecerían, los niños caminando, con cuidado, por entre los pequeños cadáveres verdes, la mirada apagada, y ella, hasta donde la vista alcanza, observa las escandalosas casas de ladrillos a la vista, esqueletos de columnas, pisos por acabar, barriletes navegando el cielo de ceniza, hedor a cloaca, una comezón en el párpado superior izquierdo y la soledad y la desesperación.

14. Un indio

Aprígio tal vez podría ser quien recuerde el día y el mes en que el indio llegó aquí por primera vez, pero murió ayer, carcomido por un cáncer funesto de garganta, después hablan de enfermedad del cigarrillo, de la bebida, no creo nada, nunca tomó nada, a no ser gaseosas, y fumar, ni el humo soportaba, ¡Dios lo tenga en la gloria! Lo que toda la gente sabe es que un atardecer el salvaje apareció en el bar, apoyó la panza en la barra de fórmica roja grasosa, pidió una cachaza en su lenguaje trabado, alguien lo encontró gracioso, lo defendió de los prejuiciosos, y el salvaje, noche adentro, volviéndose alegre, fue al medio de la calle a bailar, y los locos le hicieron una ronda mientras aplaudían, el bicho se entusiasmó, se arrancó la ropa bajo los aplausos del gentío, y se quedó dando vueltas por los locales, con los niños y mujeres pasando, y juntó vagabundo y trabajador, el alboroto contagió aquella zona del barrio, un bacanal. Hasta que alguien, siempre un aguafiestas, llamó a la policía. Vino el Comando, la sirena sonando, las llantas solfeando, los polis desembarcaron distribuyendo palazos sin piedad ni compasión, y la gente, como rata por tirante, desapareció en un zumbido, los más calmos quisimos explicar, aquello era un indio, indio de verdad, real, con las partes al descubierto, pero a las cachiporras no les importaba

nada, maullaban en el lomo de la negrada, y el *peri*² allá, solo, desnudo, borracho, débil. Agarrado, esposado, arrojado, se enmoheció en el fondo de una celda. Tiempo después, volvió, dentro de una camisa de seda sintética estampada, gastada, pantalones de jeans grisáceos, hojotas, la misma risa idiota. Llegó, apoyó su panza pelada en la barra de fórmica roja engrasada del bar de Aprígio, parada final de la línea 6086 (Jardim Varginha-Santo Amaro), y dijo, en su lengua confusa, que quería comer. Aprígio dijo *Si querés comer, tenés que pagar*, y el indio iluminó su cara imbécil, no entendiendo o fingiendo no entender, con esa raza no se sabe cuándo son sinceros o cuándo están disimulando. Aprígio le explicó, *¡Andá a ganar plata! ¡Guita! ¡Money! ¡Billetes! ¡Mosqueta!* Y rozó su dedo índice con el pulgar de la mano derecha, los dientes perfectos del imbécil se mostraron de par en par. Desistiendo, clavó un pedazo de chorizo en la brochette, lo ofreció al inoportuno, que masticó con ganas y, apuntando a la fuente rebosante, pidió más. Entonces Aprígio, *¿Ah, sí? ¡Andá a trabajar entonces!*, empuñando una escoba, un escurridor, un balde de agua con jabón en polvo, una lata de creolina, *Tomá, andá a lavar el baño primero*, y el bobo sí, *Después, el piso... Esa inmundicia*, y el bobo sí, mientras tanto parado, los ojos medio estirados bonachonamente abiertos. Aprígio entonces franqueó la puerta del baño, la sofocante acidez del meo, tiró el balde de agua con jabón en polvo en el piso, tomó la escoba y refregó con fuerza, *¿Viste?* explicó al aprendiz, *Andá ahora*, y el bobo sí, sin embargo parado. Aprígio tomó su mano, *Así*, repitió, *¿Viste?*, y el bobo, torpe *¡Eso, indio, eso! Ahora el escurridor. Hum... mejor... mejor...*

² Se refiere al protagonista de *O guaraní* (1857), novela indianista de José Alencar. (N. del T.)

En la suciedad del salón manejaba la escoba y el escurridor con gallardía, *¡Eso, indio, eso!* En cuclillas, en la puerta del bar, el indio devoró el pan con mortadela, se chupó los dedos, quiso más, devoró un huevo duro, tres chicharrones, una fritanga, dos kepes, una croqueta de camarón, una empanada, todas sobras de la cocina, y un pedazo de torta de maíz, un barril sin fondo. *Vamos yendo, Tonto, ¡vamos yendo!* y Aprígio lo corrió de la puerta, bajó la cortina metálica, subió al segundo piso por la escalera interna, y la oscuridad irrumpió en la calle, con violencia. Aprígio espío un poco más por la ventana, vio al salvaje recostado en la vereda, cubriendo toda la extensión del local, un perro guardián, y pensó *Por lo menos nadie va a querer robar...* Todos los días, al despertar, allí estaba el indio. Abría la persiana metálica y él tomaba el balde, la escoba, el escurridor, la caja de jabón en polvo, la creolina y lavaba el baño, el piso del salón, los vasos acumulados en la pileta, la vereda, la Brasilia naranja de Aprígio. Vagaba, reconocido por todas las bandas, hasta en el Loteamiento Olinda, Loteamiento Auri-Verde, Jardim Alcântara II, y hasta en Jardim Marilda: desmalezaba jardines, cuidaba niños, llevaba mensajes, cargaba compras, hacía veredas, los chicos se burlaban de él. Miércoles y sábados revolvía la feijoada, el plato más deseado. En las parrilladas de domingo, tomando cerveza y triturando alas de pollo, apostábamos: algunos, que era guaraní de Parelheiros, aldea Crucutu; otros, que era pankararu, de la villa Real Parque, en Morumbi; la mayoría, sin embargo, que había llegado del Amazonas o del Mato Grosso, a dedo, y había sido abandonado allí, como una broma, quién sabe, y la discusión siempre regresaba cuando se había agotado el fútbol y las mujeres. De vez en cuando, el bobo desaparecía, días sin que tuviéramos noticias, entonces especulábamos: unos, que había ido a visitar a sus parientes al medio del campo; otros, que nuevamente estaba en la cárcel;

la verdad nunca supimos dónde se metía. Hasta que el cáncer enmudeció a Aprígio, chupó sus carnes, los músculos, el tuétano de sus ojos, ni rayos, ni quimioterapia, nada, no sirve, los médicos lo anunciaron, solo morfina, y mientras estuvo internado en el hospital, el indio, desaparecido. Al retornar a su casa para fallecer, la semana pasada, el salvaje reapareció. Se acuarteló en la puerta del bar, dos días sin comer, sin beber, esquivo, hecho él, el enfermo. Ayer, cuando le avisaron que Aprígio había pasado a mejor vida, mustio y solo desfiló por las calles pobres de Jardim Varginha, botella de cachaza bajo la axila. Hubo quien vio sus pasos tambaleantes empujarlo al encuentro de la noche áspera, pero solo la mañana sorprendió al indio estirado bajo el cartel de un local de materiales para la construcción en la avenida Santo Amaro, abrazado a una botella blanca vacía, ajeno a todo, a todo.

15. Fran

Sí, había prometido no tomar más, recuerda Françoise, agarrando el cuello de la botella, pero, ¿una gota, una gota apenas de bagaceira³ derramada en la superficie petróleo del café quiebra la abstinencia?

Se mira en el cristal del espejo, ventana que abarca retazos del comedor y del plomo de la mañana contaminada. Cantos de cotorras. Recién despierta, la piel sin maquillaje muestra arrugas, pocas, solo marcas de expresión, estresada, tal vez. Abierta la bata, surgen los hermosos senos, atrayentes, empujados todavía, vírgenes de bisturí. La mano viaja por el vientre: ¿rollitos? ¿dónde? ¿estrías? ¿celulitis? Se enorgullece:

³ Aguardiente. (N. del T.)

¡Está muy buena! Se da vuelta, y su mirada repasa su espalda salpicada de lunares, la cola levantada, las gambas venenosas: *¡Está muy buena!*

En la mesa minúscula, raspa la mermelada de frutilla que queda en el fondo del frasco con la punta del cuchillo y cubre la superficie irregular de una galleta cream cracker. Se la lleva a la boca. Lanza lejos la galleta, el cuchillo y el pote vacío, que rueda en la alfombra sin romperse. *¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!* Se levanta, corre al balcón. Lágrimas azules amenazan arruinar su día *Calma, Fran, ¡calma!* se callan resbalando por la garganta *Calma, querida, calma. El teléfono va a sonar, Fran, ya, ya. Y necesitás estar lúcida. ¡Lúcida! ¿Lo pensaste?, ¡Hola! Habla Fran y ¡ploc!, se desploma en el piso hecho un... un mango... un mango maduro...*

El viento aviva el olor, el piso del patio alfombra de mangos maduros, mango-ubá, mango-rosa, mango-espada, mangos de cáscara manchada despedazadas, cerdos comiendo mangos, pájaros comiendo mangos, patos, gallinas, caballos, bueyes comiendo mangos, sombras húmedas y frías se entrelazan, entrechocan, la verdosa orgía de hojas y gajos y raíces ahora nomás en un alejado patio al borde de una huerta, enorme gruta vaciada del interior de Río de Janeiro, en los márgenes del mundo, mastica lentamente una galleta cream cracker sin mermelada, *Mejor mantené la forma*, sorbiendo una taza de café quemando.

En otros tiempos estuvo trabajando en la Red Globo, papeles secundarios en novelas, extras en especiales, apariciones rápidas en programas dominicales, villana, ingenua. En la calle, llegó a ser apuntada, tocada, acosada, palpada, ¿No sos la de la televisión? *Televisión... Televisión es para pocos, para unos pocos.* Nunca escogida por el director correcto, por el actor correcto, por el productor correcto, por el empresario correcto. *Paciencia. Nada de enloquecerse.* Teatro, solo pie-

zas serias. ¿*No apareció ninguna? Paciencia.* Cine, se trata de esperar. Pero, lejos de una película porno, erótica. Invitación para revistas masculinas, acepta estudiarlo. Fotos artísticas, pero sin poses ginecológicas.

¿Sonó el teléfono? ¿*Fran? Augusto, Augusto Víchalo, ¿todo bien? Mirá, tengo un papel hecho a tu medida.* No, no sonó. Hunde una uña sin esmalte en el whisky puro y sin hielo, la chupa. Françoise sabe esperar. En la terapia de las vidas pasadas descubrió su karma: en un chasquido de dedos la arena de los desiertos se curvaba ante la princesa egoísta. En esta reencarnación, paga el precio de la arrogancia. La numeróloga reescribió su nombre, Frannçoise (dos enes) Pernaud, más energía, más brillo. Y los dolores lumbares que desde niña la perseguían los eliminó el masaje reiki combinado con sesiones de meditación.

Tirada en el sillón, sorbe una segunda dosis de whisky, verifica el sonido del teléfono, *Está alto, sí, al máximo*, al celular lo tuvo que devolver, la cuenta era muy grande, descuelga el tubo, *Está conectado, sí*, hojea *Las siete leyes espirituales del éxito*, Deepak Chopra, las letras se revelan, las líneas saltan, el vecino japonés es del Opus Dei, por error pasaron su correspondencia por debajo de la puerta, intrigada la abrió, ya no recuerda más de qué se trataba, la rompió, la quemó en el inodoro, tiró la cadena. A veces se cruza con la japonesa en el ascensor, buen día, los dos pokémons a cuestras, sobreprotegidos pasan la vida buscando sustituta para la madre... *Geishas... Babosos...*

Ya hace un año en ese departamentito, Jardim Jussara, cuando piden la dirección dice Morumbi, lo que no es del todo mentira, en la ventana que da a la avenida Francisco Morato, niños mendigan monedas en el semáforo de la esquina, se tira nuevamente en el sofá, sorbe una tercera dosis de whisky, verifica el sonido del teléfono, *Está alto, sí, al*

máximo, descuelga el tubo, *Está conectado, sí*. Ah, Augusto, viejo Augusto, buen Augusto, en el celular siempre el contestador automático, **Deje su mensaje después**, en la oficina a Miriam, **Decime a mí, querida**, ni bien pueda él te devuelve el llamado, él ya sabe de qué se trata, quedate

16. así:

son pequeños lagos azules (nidos de cigüeña acodados en las chimeneas de) piscina o notebook los dedos derechos picotean el nudo de la (**nosotros dos, galería vittorio emmanuele, milán, ¿te acordás?**) la barra gris del horizonte (podrido, el aire) *vista desde lo alto san pablo no es tan así*

—va a llegar un día en que no vamos a poder salir más de casa

—¿pero ya no vivimos en guetos?	<i>la violencia</i>
(johannesburgo, ¿conocés?,	<i>fea tan sucia tan</i>
a la noche no se puede salir de)	<i>peligrosa</i>

entra un gobierno, sale un gobierno, ¿qué cambia? a la hora de pedir contribuciones para la campaña son dóciles, son afables. la contrapartida... scalextric (:señuelo la niña —mostrámela dejá que no cuento para) hélices el río (podridas, las aguas) (ya sé, **también odio el escándalo, pero vos**)

—no soy insensible a la cuestión social *irreconocible el centro de la ciudad hordas de traficantes arrebatadores de cartera hombres sándwiches olor a orina olor a aceite quemado olor a* la mano los cabellos ralos recorre (**mi madre pone guantes, sombrero, taco alto para pasear en el viaducto do cha, yo, niño, bien pequeñito, corría en la**) ¿este es el país del futuro? ¿dios es brasileño? donde ayer un manantial hoy una villa donde ayer una escuela hoy una cárcel donde ayer un edificio de comienzos de siglo xx hoy un tres dormitorios en suite setenta metros cuadrados

—el jeep atravesado en el medio de la calle ferreira pegó una frenada los de seguridad que venían atrás salieron tirando ferreira dio marcha atrás escapamos en contramano pasé una semana en la base *son inmigrantes son bahianos mineros nordestinos gente desenraizada sin amor a la ciudad para ellos tanto* (**¡vos y tus cuatrocientos años! van a**) fez es una ciudad magnífica los minaretes (podrida, la ciudad)

—la menor en parís doctorado en arquitectura

—el del medio aquí en la dirección de compras el agujero negro de cualquier empresa

—el más grande con nuestros socios en nueva york

el ministro va a firmar sin el dictamen ya está todo (**vos y tus**) la brisa de la mañana acaricia la avenida y el helipuerto se hincha bajo el (podrido, este país) *necesitaríamos reinventar una civilización*

17. La espera

Asustado, abre los ojos, el sol diez y cuarto en el despertador, el cubrecama desparramado en el piso, la almohada enganchada en las piernas, hilos encrespados de los largos cabellos cubriendo su rostro, se sienta al borde de la cama, se despabila, se levanta, una corriente de aire se escurre por la persiana semiabierta, los tejados rojos de Vila Santo Stefano, la Inmigrantes a lo lejos.

Sin camisa, el pantalón de franela gris arrastra las chinelas raider por el piso de madera barnizada hasta la cocina. En las gruesas hornallas de la cocina, un colador tapado con polvo de café nada en una cafetera verde oscura estampada con pequeñas flores blancas, la espuma aireada de leche hervida cubre el campo negro del teflón, una tapa se posa con poca elegancia sobre la garganta de una olla a presión, restos

de una sopa knorr gallina criolla. En la puerta de la heladera, fijada con imanes (una palta, un chayote y la propaganda de una farmacia), una nota:

*No pierdas el tiempo mi amor
Estoy hinchando por vos
Buena suerte
Besos de tu
mamá.*

Arruga el papel y lo tira en el tacho de basura que rebalsa de cáscaras de banana en la superficie mojada de la piletta. Toma dos rodajas de pan lactal, las unta con margarina, las coloca en el tostador, prende un fósforo, pone un poco de leche del sachet en la lechera abollada, enciende la otra hornalla. Bosteza. Espera, un L&M en los labios, un viejo cómic de Vacaciones de Mónica en la mano. Arroja impreciso los panes lactales asados encima del repasador, las puntas del pulgar y del índice chamuscadas. En la taza, a la leche caliente le agrega un poco de café, ya frío, del termo. De pie, mastica, la revista de historietas, el cigarrillo, el viento le eriza los pelos del brazo, la piel del torso desnudo, mastica, traga el café con leche, las manos limpias en el pantalón de franela gris.

Empuja una banqueta hasta donde convergen la pared y el techo, de un vano entre las tejas y la viga extrae un pequeño paquete envuelto en una bolsa plástica, lo abre, un ladrillito de marihuana, desarma un poco sobre un papel de seda, reenvuelve el paquete, lo devuelve al escondite, enciende el cigarro, el pantalón de franela gris arrastra las chinelas raider por las cerámicas rojas hasta el cuarto, prende el minicomponente, máximo volumen, aspira el humo, "Hallowed Be Thy Name", Iron Maiden, aspira el humo, se tira, cierra los ojos, aspira el humo. Después, esparce Glade por el cuarto, abre

de par en par la ventana, el balcón avanza hacia la soledad de espacios apenas imaginados.

El elástico oscuro sujeta el pelo en una cola de caballo, camina lentamente por la calle Sérgio Cardoso vestido con una remera negra, estampada con un motivo de Halloween, pantalón big color indefinible, zapatillas Reebok inmundas, una argolla prendida del lóbulo de la oreja derecha, en la panadería de la esquina compra un paquete de L&M, un miniencendedor Bic. Toma el colectivo hasta la estación Saúde del subte, combina en Sé hacia la estación República. De la escalera mecánica emerge, el edificio Italia penetra en sus hombros, el humo de los autos y camiones peroles de acarajés frituras kepes empanadas, voces que se atropellan, se funden, se aniquilan, en los quioscos revistas, diarios, libros usados, pulseras aros collares gargantillas anillos, allá gorros ponchos blusas mantas chales, paradas de ómnibus llenas, banditas, lustrabotas, puestos de pochoco, dulces caseros, vagabundos, esparcidos caídos arrastrándose borrachos mendigos niños drogados malformados.

A las dos la entrevista, esquina de avenida Ipiranga y Consolação, *Tenés tiempo*, recorre los locales de la Galería del Rock, *¡Cada cd!*, una tentación, pero, ni un peso en los bolsillos, apenas el dinero suficiente para volver a la casa, se desanima, apura el paso, calle Conselheiro Crispiniano, calle Xavier de Toledo, calle Braulio Gomes, plaza Dom José Gaspar, avenida São Luís, avenida Ipiranga. Estaqueado en la vereda opuesta, fuma lentamente, observa la entrada del edificio, un restaurante que vende la comida por peso abajo, tres escalones, mármol amarillento, los bordes rotos. Allá arriba, séptimo piso, debe haber, en una sala pequeña y sáunica, divisores de madera, sentado enigmático detrás de una mesa abarrotada de carpetas de colores, un estante de metal gris a sus espaldas, impenetrables libros contables, saco y corbata, décima entrevista en dos meses, *¡Décima entrevista!*

(Por la noche, recostada en el portal, olla a presión curvando la mano derecha, la madre ve el noticiero en la televisión, los colores escapan, manchan las paredes del comedor, el hijo salió a buscar trabajo, no volvió todavía, ni llamó por teléfono, *¿Habrá pasado algo, Dios mío?*, en la pausa atraviesa el pasillo, pone la sopa knorr gallina criolla a recalentar).

18. En la punta del dedo (1)

COCINERO

GALVANIZADOR

GERENTE administrativo

GERENTE administrativo industrial

GERENTE de centro de procesamiento de datos

GERENTE de industria

GERENTE de confitería

GERENTE de comercio

GERENTE de comercio de material para la construcción

GERENTE de marketing

GERENTE de operación

GOBERNANTA

GOBERNANTA

GUARDIA de seguridad

GUARDIA femenina

IMPRESOR de máquina off-set

IMPRESOR de silo-screen

IMPRESOR en general

IMPRESOR flexográfico

IMPRESOR off-set

IMPRESOR off-set (Davidson)

IMPRESOR tipográfico

INSPECTOR de calidad

INSTALADOR de líneas telefónicas

INSTALADOR de sonido

INSTALADOR de teléfonos

INSTRUMENTISTA electrónico

INSTRUMENTISTA mecánico

INSTRUCTOR de cursos

INSTRUCTOR físico

JARDINERO
LAMINADOR
LAVADOR de coches
LAVADOR de vehículos
LIDER de limpieza y jardinería
LIMPIADOR de ventanas
LOCUTOR animador
LUBRIFICADOR de automóviles
LUBRIFICADOR industrial
MOZO
OPERADOR DE GRÚA
SOLDADORES – (¡Ah!)
SOLDADORES – 1º grado hasta 8º incompleto, experiencia de 24 meses, edad entre 28 y 50 años
SOLDADORES – escolaridad no exigida, experiencia 12 meses, edad entre 25 y 45 años
YESERO

19. Braveza

Cuatro tardes para el Día de la Madre y ni un puto peso en el bolsillo. Había negociado un radiograbador AM/FM CCE a nuevo, le iba a encantar, ella que vive reclamándole, no tiene cómo distraerse... Ideal, igual que la televisión Toshiba veinte pulgadas, sonido estéreo, video incorporado. Varias horas comparó frente a la vidriera Extra-Mappin de la plaza Ramos, apuntando precios, créditos, uy, ¡demasiadas complicaciones!, libreta de empleo, comprobación de domicilio, DNI, CUIT, dos referencias, ¡demasiadas complicaciones! No, tiene que salir, armar cualquier otra, la vieja, pobrecita, no exige, además, no espera nada, lo que consiguiera, sorpresa grande, aplaudiría. Bien, entonces, ¡a la lucha! Un radiograbador AM/FM CCE y estamos hechos. Ahora: ¿dónde encontrar unos pesos? Braveza deambula. Lugar para robar una billetera es la calle Barão de Itapetininga, los cajeros electrónicos. La gente agarra el dinero, lo mete en el bolso, en la cartera, dispara

arisco, asustadizo. Mujer, mejor todavía: es marcar e ir atrás, llegado el momento, puede tantear la cartera o meter gillette en el cuero (¡Cuero ni por putas!), morder la guita, silbar. Si tuviera celular, ahí, apenas una distracción. Dependiendo, en tres viajes recauda lo suficiente como para comprar el radio-grabador y comer con el vuelto un Big Mac, que es más rico en el McDonald's de la calle Henrique Schaumann. Hombre, mucho más difícil. Flaco y feo, Braveza es presa fácil, en caso de que el corpulento se dé cuenta del robo, y resuelva meterle mano. ¡Ahí, adiós, mi negro, chau-chau! Por eso, insiste, hace guardia frente al cajero electrónico de Bradesco, vigila, a la espera, en sordina, cubierto por la gente que pasa a las apuradas. También, poca experiencia, vergüenza de robar, comienza a recordar a su madre, imaginando, si ella desconfía, ¡Dios mío!, el fin, capaz de morir, decepcionada. Nada de banditas entonces: en la soledad, el centro es su escenario. Poco ambicioso, en el momento en que la cosa mejore, busca empleo decente, limpio de conciencia. Pero, mientras tanto, la madre no puede pasar necesidades, paralítica en la cama, con una enfermedad desconocida. Tiene que bañarla, cambiarle la ropa, llevarla a hacer caca, pis, un desastre. Ya lo agarraron una vez, una tontería, antes arrojó a la alcantarilla la billetera de cuero (legítima) colmada de dinero y documentos. En la comisaría de Sé ya recibía los golpes de costumbre, cuando la señora afanada declaró no reconocerlo. Aulló, entonces, la honestidad de su búsqueda de trabajo; gimió con la libreta de trabajo sellada (con sellos falsos); “¡No soy un ladrón!, ¡no soy un ladrón!”; lloró. Indignada, la mujer denunció la injusticia cometida, le entregó una tarjeta, abogada, que la llame, harían un juicio contra el Estado, ¡tortura!, una locura, ¡tortura!, si sabía de algún trabajo, se despidió, le dio la espalda. Braveza rompió la tarjeta, la tiró a la basura, ¿se volvió loco?, si entrega a los canas nunca más podrá trabajar tranquilo, se diri-

gió a una librería de usados de la calle Riachuelo, en medio de los libros el silencio, las piernas le tambalearon, la vista, no se desmayó porque Dios le hizo un guiño y no aprobó el vejamen. Robar no daba placer, ¡punto! Tal vez cubrirse la cara como los que asaltan bancos, se meten con secuestros express. ¿Y drogas? Cierta vez probó marihuana, el corazón cabalgó, pensó que iba a morir, el cuerpo ausente, se amodorró el sol calentando en un banco de la plaza Roosevelt, se despertó zumbante, agarró el primer ómnibus para abrazar a su madrecita, la noche entera con los ojos abiertos, preocupada, pobrecita, en el camino vagabundeando, disculpas, en el momento dijo estupideces, que había pasado la noche con una chica, ¿orgullosa la madre? ¡Qué!, se ligó una cachetada, “Vení para acá”, otra cachetada, “La vas a dejar embarazada. ¡Vas a ver! Ella me mandaría a un asilo... ¿Es eso lo que querés? ¿Ver a tu madre en el cajón? ¡Imbécil!”. Procuró no tardar, para que la madre no piense que estaba de joda con la jovencita inexistente. Entonces, estaba por el centro: Largo da Concordia a Estação da Luz, Plaza de la República al parque Dom Pedro. Pegado a los traficantes, al personal de seguridad, a los de la policía militar, a los vagabundos. Todo bien, de campana en la calle Barão de Itapetininga, ojos atentos para descubrir quién va a financiar la radio AM/FM estéreo de doña Chiquinha.

20. Podríamos haber sido grandes amigos

Podríamos haber sido grandes amigos.

Lo invitaría a una cena un sábado a la noche, aquí en nuestro departamento, serviríamos un magnífico pernil de cordeiro de Nueva Zelanda acomodado en ramos de romero, un honesto Quinta da Bacalhoa, y escucharíamos, encantados,

el último disco de Chico Buarque, una selección de Dinha Washington, otra cantora de la que ahora no me viene el nombre, adquirida en el Tower Records, en Londres.

Seríamos presentados a su esposa, ya vislumbrada rápidamente en la piscina, y, una o dos copas, dejaríamos el sofá de seda española amarilla por las duras y ásperas sillas de paja de la cocina, no tan grande como deseábamos, para ayudar a Celia, delantal con motivos surrealistas, cuidando del asado y de la ensalada, endivias salpicadas por semillas de amapola, fuente para láminas de salmón ahumado. Yo llevaría los platos, él y la mujer pondrían la mesa, el mantel, los cubiertos, los vasos, los posavazos. Después de cenar, nuevamente acomodados en el confort del comedor, nos perderíamos en un torbellino de conversaciones y, de madrugada, cuando ya nouviésemos más ánimo ni para cambiar el CD, la calle ausente de autos, una leve culpa, resaltada por el alcohol, porque los niños están en casa de algún compañerito o de algún pariente, se inmiscuiría en nuestra última conservación y nos despediríamos, prometiéndonos encontrarnos con alguna asiduidad.

El tiempo solidificaría la relación. Yo confesaría que tengo un asunto, reciente, con una colega en la empresa, asistente del directorio, que, sin ser bonita, tiene un cuerpo atractivo, y, además, cree en todo lo que digo, y revelaría que es postizo mi incisivo izquierdo, que el diente lo perdí en un accidente de auto viniendo cierta vez de un fin de semana largo en un hotel hacienda en Sierra Negra, y que siento mucho la falta de mi madre, fallecida hace diez años, que peinaba mi cabello todavía de adulto, y que yo y Celia estamos pasando por un momento difícil, que ya pensamos hasta en el divorcio, pero nos preocupamos por Joana, cinco años, y Afonsinho, siete, parece que está comprobado que los hijos de padres separados tienden a tener más problemas en la adolescencia, y no queremos que pese sobre nuestra cabeza si, por desgracia,

alguno de ellos, Dios me libre, entonces, tratamos de ir administrando los conflictos a medida que aparecen.

Le diría todo eso. Y me encargaría también de que un día de esos alquilásemos, half to half, una casa en Barra de Sahy, un sábado y domingo de sol y yodo nos harían muy bien, bajaríamos la Imigrantes, nuestro Vectra y el Golf de ellos pasándose en la ruta, hasta encontrarnos con un enorme embotellamiento, y hasta la demora en el viaje serviría para divertirnos. Los chicos querrían cambiar de auto, los varones en uno, las nenas en otro, las mujeres conversarían sobre las empleadas, siliconas en los pechos, botox en el rostro y lipoaspiración para los rollitos, y nosotros sabríamos que difícilmente aquellos sueños se concretarían, porque, aun carísimos, los planes de salud no cubren cirugías con fines estéticos, y asumiríamos nuestras barrigas, su calvicie precoz, mis cabellos grises, y ellas dirían, pero ustedes todavía tienen ventaja, a las mujeres les gustan los hombres más viejos, experimentados, y argumentaríamos, Que no, eso era antes, hoy en día la moda es que a la mujer más vieja le gusten los adolescentes, y el tránsito comenzaría a normalizarse, ¡Nos encontramos abajo!

Nos mandaríamos mails y llenaríamos la computadora de spams, chistes de portugueses, mensajes de la suerte, solicitudes, alertas sobre nuevos virus, las más recientes modalidades criminales, fotos indecentes, cámaras ocultas, caricaturas y hasta direcciones interesantes, sitios de CD y libros, y descubriríamos afinidades que no sospechábamos y todos los viernes nos encontraríamos para el happy hour en un barcito de Lapa, “la mejor picada de San Pablo”, juzgaríamos a cada una de las jóvenes que estuviese al alcance de nuestros ojos telescópicos y hablaríamos mal de los gobiernos municipal, provincial y nacional, y revelaríamos que nuestra cuenta corriente está en rojo y que la escuela de los chicos no es tan buena como imaginábamos, y nos confesaríamos que se torna cada vez más difícil

coger con la compañera, y que compro a escondidas Playboy, y confesaríamos que ambos les mentíamos a los amigos sobre aventuras extramatrimoniales, que no cogíamos con nadie por fuera del matrimonio, y que aunque la colega asistente del directorio exista, la única vez que hablé con ella fue para disculparme por haber tirado su postre en el piso de la cocina, y llegaríamos a casa exhalando alcohol, y las mujeres protestarían y dirían que somos “gallinas”, “todos los hombres son iguales”, y, después de una desgastante discusión, terminaríamos la noche hartos de la vida, pero dando gracias a dios por el griterío, porque nos ahorra de tener que esforzarnos para estar excitados, y, al día siguiente, sábado, nos levantaríamos temprano para comprar pescado y verdura en el Mercado Municipal.

Pero nosotros no nos conocíamos. Nos vimos algunas veces en el ascensor de servicio, camino al estacionamiento del edificio, una u otra vez en la piscina, él leyendo Veja, yo nadando con Joana y Afonsinho.

Hoy supe que no va a volver a su casa.

Fue víctima de un secuestro express.

Los delincuentes lo agarraron, parece, en la avenida República del Líbano, robaron sus documentos, cheques, tarjetas de débito y crédito.

Después, en una curva oscura por la zona de la represa de Guarapiranga, lo pusieron de rodillas, le dieron un tiro en la nuca.

El cuerpo fue encontrado hoy a la mañana.

El auto todavía no.

21. él)

Había días en que era así, un desasosiego, ningún lugar bueno, hormigueo excursionista, piernas manos brazos, de-

sinterés por todo, ninguna persona, ni conversar, hacer un agujero: encerrarse. **Juega Corinthians hoy... ¿No vas?**, resoplidos dentro de la cabeza, pensamientos remolinean, el cuerpo angustiado, vista lluviosa, digita el texto ¿qué? listados, se detiene, relee, hum... incomprensible, debe haber sol allá afuera, corridas de gente automóviles bocinas el humo el ruido, décimo piso el encierro, el aire acondicionado mal regulado –con camisa, calor; sin, frío– el cuerpo reclamante, encavernado, manta de pies a cabeza, sudor, ¡aire!, ¡aire! levantarse, estirarse, hacerse anónimo en la multitud de la avenida Faria Lima, andar, andar, atrincherarse detrás de un asiento de colectivo, Paulistanea, PI, un nombre, una sigla, borro-neando el RG, un nombre, una sigla, nada, ningún recuerdo, de la sequedad el padre el silencio, Piauí es mi cuerpo engripado, apoya la cabeza en el caño del revólver los ojos azotados del asaltante, mientras tanto, dedos delgados tamborilean el teclado, procesos pareceres adendas cuestionarios minutas memoriales de acuerdo considerandos demandas litigios pleitos acciones causas pendencies citaciones agravios recursos apelaciones aplazamientos notificaciones interpelaciones

Pero

¿y el día?

¿está bonito el día? ¿está feo?

¿hace frío? ¿hace calor?

¿el viento movió las nubes en el cielo o ellas regaron mansamente el asfalto?

¿un motociclista desparramado en la franja peatonal?

¿un ejecutivo golpeó a un chico de la calle con la laptop?

¿un cobrador impidió un asalto?

¿el mundo, el mundo se acabó?

a las ocho, dentro de la caja de vidrio polarizado, prende la laptop, la mesa de pino abarrotada, a la hora del almuerzo devora una hamburguesa completa del bar de la esquina, si

pudiese comía allí, pero el jefe, *Rompe el teclado... Esas migas, se traba todo, ¡una bosta! Y si se cae Coca-Cola, un desastre!*, servilletas cubren la mesa de fórmica entre los baños, el sándwich untado con mostaza ketchup mayonesa, mea, se cepilla los dientes (el sujetador de la prótesis de acero), organiza el nécessaire, se lava las manos, se mira en el espejo, ganas de mandar todo a la, la mensualidad del curso de informática, las cuotas del aparato dental, el regalito para el Día de la Madre, el CD prometido a la hermana menor, los dedos tamborilean, bosteza, se abraza al asdfgclkh antes de que alguien venga a hinchar las

22. (ella

Tan leve en sus dieciséis años, quirúrgicamente blancas levitan las zapatillas a milímetros de las piedras portuguesas que cubren la calle Direita. Suspira. En el piso, finta, extendidas, lonas y plásticos oscuros que persiguen su mirada, jeans, juguetes chinos, hierbas medicinales, casetes, CD's piratas, puestos de frutas y estuches de perfumes paraguayos, bijouteries camaleónicas: los gritos de los vendedores. Una gruesa niebla se asienta en el fondo del cañón. La música, las músicas, alaridos, griteríos, vuelan rumbo a (hay, en los pedazos de cielo, atando edificios, un enorme paño gris) grises, humo de nafta y gasoil de colectivos refugiados en las plazas de Sé y del Patriarca. A sus espaldas se erigen los pasos del Viaducto del Chá. En el kiosco, frente al Teatro Municipal, se exhiben anillos, decenas, que examina descuidadamente, ¡Ah!, el de piedra roja en el anular, Humm... lo que le recuerda, **Lindo, princesa**, lo devuelve, ¡Ah! **¿no lo vas a llevar?**, las zapatillas quirúrgicamente blancas, sonrío, intimidada, **Llévalo... te hago precio...** el corazón, ¡Uy!, se despierta,

la tentación golpea, las piernas, escondidas en los pantalones azul oscuro del uniforme, tropiezan en los do-re-mi que expulsa el aparato de música del vendedor ambulante, en los fa-sol-la-si pronunciados por los parlantes de la multitienda, de las claves que el joven tatuado libera de un tosco instrumento, y se fusionan do-re-mi-fa-sol-la-si se confunden en el cruce de las calles Conselheiro Crispiniano con la Vinte e Quatro de Maio, el hambre se despierta, motos en larga hilera enganchadas, colectivos ordenan filas de gente en el Largo de Paysandú, piensa en comer, en la cartera ¿cuánto?, ¿comida por kilo? semáforo rojo, atraviesa la senda peatonal empujando la sombra, ¡Ah! alguien serio, creyente, un hogar, hijos, alejado del denso lugar donde vive, casas tristes casilllas, muertos del martes tirados en el asfalto, violaciones los sábados, robos de los martes, de los miércoles, de, olvidar los excitados del horrible tren encajados en su cola abrazados a sus pechos, en el Shopping Light, sin preguntar el precio, madame, bajar las cajas de zapato, madame, **Princesa... ¿quierés hacer un book? Bonita... tomá mi tarjeta...** Estrategia imbecil. Fernanda, tonta, la sedujo la historia, hasta fotos desnuda, para Playboy, para Globo, ¡jepa! nadie más vio al cretino, debe haber negociado, nunca faltan babosos, revistas eróticas colgadas en los kioscos de diarios. De pie, una brochette con pan, envuelta con una servilleta, mastica, sorbe gratis el rojo vaso plástico de *quissuco*, lentamente, zumbando los minutos que faltan para volver a la calle Direita.

23. Si llegase el cliente

con un balde amarillo de plástico lleno de agua azulada de jabón en polvo y una escoba de pelo sintético amarillo los dos empleados rápidamente lavaron el cemento agujereado

el rojo desagotó en la cuenta un riacho espumoso corrió hacia la alcantarilla en el momento en que los primeros clientes un matrimonio estaciona frente al restaurante y la llave del auto entrega al valet sonrisas buenas tardes doctor buenas tardes ¿qué pasó allí? un pequeño problema doctor pero ya está resuelto

... si hubiese llegado el cliente diez minutos antes habría visto dos cuerpos el rostro de uno reventado en el cordón la pierna sobre la espalda un malabarismo ahora inútil pelícano descoyuntado otra bolsa de arpillera donde apresurado alguien en evidente flagrante hubiese colocado un montón de huesos o un reloj despertador desarmado un engranaje un resorte un

... si hubiese llegado el cliente media hora antes habría notado en lo alto del edificio un gran espectáculo de dos obreros en una tarima de madera podrida sostenida en el espacio por finas cuerdas uno a uno limpiando los vidrios espejados reflejados los dos obreros un andamio cuatro obreros en total dos andamios unos imitando a los otros busterkeatonianamente divirtiéndose orgullosos listo el edificio enseguida hombres y mujeres se asomarían a las ventanas observarían la ciudad pero nunca por el ángulo que contemplan ahora la pequeña calle los árboles los alrededores los tejados y pensarían tipos con suerte podían lujosamente parar y apreciar las nubes que nadan en las paredes vidriadas el viento que acaricia sus rostros quemados y reirían allá abajo muriendo de envidia

los desempleados por no tener empleo

los empleados por no tener aquel empleo

un velero que cruza en la inmensidad del océano la mañana
fruta fresca

... si hubiese llegado la pareja que ahora una copa de *tapada do chaves*⁴ sorbe subrepticias miradas la mano izquierda de ella sucumbiendo a la mano derecha de él seis horas y media antes y vería dos obreros marcando tarjeta uno viniendo de ponte rasa colectivo-subte-colectivo otro de osasco dos colectivos-tren-subte y escucharía mañana es día de pago cómo saldrá el partido del corinthians apostemos una cerveza tengo que comprar algo para que los chicos le den a su madre el domingo

24. Un estante

HITLER - Joachim Fest

MARKETING BÁSICO - Marcos Cobra

ROJO Y NEGRO - Stendhal

EL PRECIO DE LA GUERRA - Hans Killian

LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES - Conan Doyle

LAS VALKÍRIAS - Paulo Coelho

BRASIL, POTENCIA FRUSTRADA - Limeira Tejo

TERESA BATISTA CANSADA DE LA GUERRA - Jorge Amado

GUERRA LUNAR - Tom Cooper

TEATRO I - Maria Clara Machado

MUJERES APASIONADAS - D.H. Lawrence

ORGANIZACIÓN SOCIAL Y POLITICA BRASILEÑA - Profesor Hermógenes

EL PALACIO JAPONÉS - José Mauro de Vasconcelos

LOS FANTOCHES DE DIOS - Morris West

HISTORIAS DIVERSAS - Monteiro Lobato

EL BOBO - Alexandre Herculano

LOS EXILADOS DE LA CAPILLA - Edgard Armond

AYÚDATE CON LA PSIQUIATRÍA - Frank S. Caprio

EL CANCELIER DE ACERO - J.L. Rochester

EL FUTURO EN SUS MANOS - Jo Sheridan

EL MAYOR VENDEDOR DEL MUNDO - Og Mandino

⁴ Marca de vino portugués. (N. de T.)

DE LA VIDA DE LAS MARIONETAS - Ingmar Bergman
 GABRIELA CLAVO Y CANELA - Jorge Amado
 MEMORIAS DE UN AMANTE DESASTROSO - Groucho Marx
 GERENCIA DE MARKETING - John A. Howard
 GESTAPO - Sven Hassel
 EL DINERO - Arthur Hailey
 BHAGAVAD GITA - A.C. Bhaktivedanta Swami Prabhupada
 LA FÓRMULA SECRETA - Rick Allen
 VIDAS SECAS - Graciliano Ramos
 HIMMLER - Alan Wykes
 ILUSIONES - Rihard Bach
 REUNIÓN - Carlos Drummond de Andrade
 PERROS DE LA GUERRA - Frederick Forsyth
 SUCEDIÓ EN VARSOVIA - Helen MacInnes
 UNA FORMA DE SER - Carl R. Rogers
 FRASES DE LA VIDA - Bernard Lievegoed
 EL DÍA DEL CHACAL - Frederick Forsyth
 EL PODER INFINITO DE SU MENTE - Lauro Trevisan
 LA SEPARACIÓN DE LOS AMANTES - Igor Caruso
 JUAN SALVADOR GAVIOTA - Richard Bach
 GRANDES ENIGMAS DE LA HUMANIDAD - L.C. Lisboa y
 R.P. Andrade
 LA PROFECÍA CELESTE - James Redfield
 HOLOCAUSTO - Gerald Green
 CHURCHILL: EL LORD DE LA GUERRA - Ronald Lewin
 VIAJE A ORIENTE - Hermann Hesse
 GRANDES ANÉCDOTAS DE LA HISTORIA - Nair Lacerda
 LOS FORJADORES DEL MUNDO MODERNO - Volumen 6
 BRASIL, PAÍS DEL FUTURO - Stefan Zweig
 EL HOMBRE EN LA BÚSQUEDA DE SÍ MISMO - Rolly May
 CURSO TÉCNICO EN TRANSACCIONES INMOBILIARIAS
 - João da Silva Araújo
 LA ERA DEL HIELO - Margaret Drabble
 EN LOS DOMINIOS DEL MÉDIUM - Francisco Cândido Xavier

25. Por teléfono

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
 ¡Yegua! ¡Putas! ¡Perra! ¡Desgraciada! ¡Trola! ¡Putas! ¡Putas!
 ¡Putas!

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
¡Piraña! ¡Hija de puta! ¡Desgraciada! ¡Soy una mujer para respetar! ¡No me merezco esto! ¡Desgraciada! ¡Hija de puta!
(*Pausa*) Pero Dios es grande... ¡vas a tener tu merecido! ¡Trola! ¡Yegua! ¡Desgraciada! ¡Desgraciada!

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
¿Qué ganás con eso?, ¡perra!, ¿qué ganás? (*Pausa*) ¿Qué ganás con el sufrimiento de los demás, eh? (*Pausa*) Ver un hijo llorando... sin entender... el padre... noches afuera... tiene... otra... (*Descontrolada*) ¡Desgraciada! ¡Desgraciada! ¿Qué ganás con eso? ¡Hija de puta! ¡Hija de puta!

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
¿Sabías que ya no es más el mismo? ¿Qué se está haciendo viejo? ¿Eh? ¿Ya pensaste en eso? ¿Que sos veinte años más joven que él? (*Pausa*) Ahora esa diferencia no tiene mucha importancia, ¿no es así? Pero... después... cuando él tenga sesenta... va a ser un trasto inútil... ¿y vos?

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
Ahora meó en el piso... No una gotita en la tabla del inodoro, no... eso es hasta normal... Sino un charco en el piso... como si... como si el chorro no tuviese más fuerza, ¿entiendes?, como si el chorro no tuviese más fuerza...

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
¿Sabías que no caga en el centro del inodoro? Es verdad... Yo hasta sé cuándo es él quien usa el baño... la bosta se resbala por el inodoro hasta llegar al agua... parece... parece el hue-lla de una babosa... Cuando abro la tapa lo veo... el rastro se endurece... se agarra... hiede... Y el cerdo hijo de puta ni piensa en limpiar...

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
Si tenés algo para arreglar en la casa... ¡olvídate! No cuentes con él... Ya no hace nada... Es incapaz de lavar un vaso... Ah, y lo peor es que tiene la manía de tomar leche con maicena para bebés, medio aguada... la porquería se queda pegada en el borde del vaso... un asco (*Pausa*) ¿Cambiar un foco? Hacer un agujero en la pared... ¡cuidado!

“Hola, habla Luciana. Deje su mensaje después de la señal”.
Sos joven todavía... vas a aprender... (*Pausa*) Pero aceptá un consejo, uno sólo: él no es nada de lo que te está mostrando... (*Pausa*) Al principio... cuando no conocés mucho a otra persona... todo es maravilloso... El otro te muestra su lado bueno... pero... después... Cuando empezás a convivir... (*Pausa*) El día a día ¡es insostenible!... (*Pausa*) El olor a cigarrillo... la lagaña en los ojos... el mal humor... los problemas en la empresa... los hinchapelotas de los hijos... los parientes... ¡su madre! (*Pausa*) Ahí descubriste que le gusta dormirse temprano y que después de que se acuesta nadie puede hacer ni un ruidito porque se pone histérico... Que odia las novelas... Que odia salir de casa... Que nadie puede hablar cuando está viendo un partido del Palmeiras... Que todos los sábados a la tarde se encuentra, y es sagrado, con sus amigos para tomar cerveza... charlar de todo un poco (*Pausa. La voz quebrada*) Entonces... entonces descubriste quién es... de verdad... la persona... la persona que está durmiendo con vos...

26. Pañales

El de seguridad, negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro, abordó discretamente al negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos

zapatillas de suela gastada que empujaba un carro de supermercado hacía cerca de media hora –cinco paquetes de pañales descartables, una lata de leche nido.

El de seguridad, negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro fue advertido por el jefe, que, vigilando las cámaras distribuidas por el hipermercado, notó que el negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos zapatillas de suela gastada, sin los dientes delanteros, después de circular por las góndolas, en el carro de supermercado diez paquetes de pañales descartables, se colocó en la fila de la caja, como eligiendo entre alguno de los clientes.

El de seguridad, negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro siguió discretamente al negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos zapatillas de suela gastada, sin los dientes delanteros: luego de sesudas sumas y restas devolvió a la góndola tres paquetes de pañales descartables, tomó una lata de leche nido, dirigió el carro de supermercado hasta la fila de la caja rápida, ojos escudriñando los laberintos.

El de seguridad, negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro estaba seguro del equívoco, ¡pues!, sospechar del negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos zapatillas de suela gastada, sin los dientes delanteros, cuando lo observó, aún con estas ideas rondándole, devolviendo la lata de leche nido, y, después, acariciando un conjunto de mamadera+chupete, el más barato. Ojos a la sombra, depositó dos paquetes en la góndola de pañales descartables, manos suspirantes rehaciendo cuentas, ceño fruncido, formando una coraza, dirigió con determinación el carro de supermercado rumbo a la caja rápida. A medio camino, media vuelta. El conjunto de mamadera+chupete lo devolvió a la góndola, al carro de supermercado otra vez la lata de leche nido, cuentas deshechas, sudoroso, arremetió hacia la caja de

“personas mayores, impedidos y embarazadas”, enseguida se vería lejos de aquella opresión en el pecho.

El de seguridad, negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro, abordó discretamente al negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos zapatillas de suela gastada que empujaba un carro de supermercado hacía cerca de media hora –cinco paquetes de pañales descartables, una lata de leche nido. Asustado, el brazo ahorcado por unas educadas tenazas, escuchó un susurro, *Vení conmigo... ¡y ni pío! ¡Si hacés escándalo, te reviento!* El jefe, *¡Idiota! ¡Te estábamos viendo todo el tiempo!*, comentó, señalando de paso los monitores de las cámaras distribuidas en el hipermercado, camino a la pequeña sala donde, en calzoncillos, el cemento helado, explicó, por el amor de Dios, que la mujer lo esperaba en casa, recién había parido, un bebé, todavía no tenía nombre, si dependiera de él se iba a llamar Tiago, desempleado, trató de conseguir un préstamo, pero hoy en día, solo usura, se le ocurrió ir allí, unos pañales descartables en el carro del supermercado, una lata de leche nido, exponer al público la situación, alguien a lo mejor se dispondría a pagar, poca cosa, devolvería el dinero, peso a peso, una vez que consiguiese un trabajo, fue eso, en resumen, pero ¡qué desgracia! no tenía coraje, nunca lo había hecho en la vida, ¡mendigar!, ¡dios santo!, un momento difícil, sí, muy difícil. El jefe de seguridad, sentado en una silla giratoria, le habló al negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro, *¡Me saco el sombrero! ¡Es un cuento de los buenos!*, y discó el número de la policía. El negro flaquito, huesudo, camisa de jersey blanca vieja jeans inmundos zapatillas de suela gastada gritó fuera de sí que no era un ladrón se arrojó contra la puerta y fue detenido por un golpe en la cabeza no había comido todavía aquel martes se desparramó en el suelo, en la confusión, *Estos... siempre la misma historia... Todos son buenos... Honestos... trabajadores... ¿Sabés por qué se desespera?*

¿Eh? Porque debe tener un prontuario de este tamaño... Mirá, si hay algo que puedo reconocer es a un ladrón... delincuente... Los conozco por el olor... ¡Si los conoceré! Y el negro gigante, corpulento, impecable dentro del traje negro, con una mueca, pensó, ¡Putá madre!, ¡Souza es lo más!, ¡carajo!, ¡es lo más!

27. El evangelista

Pardo, edad indefinida (entre los veinte y los treinta años), viste un traje azul celeste, pantalón amplio largo saco, camisa crema, corbata amarilla salpicada de minúsculos peces coloridos, el mirar simple de los que cargan en sus bolsillos verdades como caramelos. Desciende del trolebús, perdido. En la esquina, el limpiabotas de la calle Barão de Paranapiacaba, recorre el lugar revelado en sueños. A sus ojos, caótica, la plaza de Sé se extiende, indolente. Solo, se ubica en la entrada de las escaleras mecánicas que mueren en las profundidades del subte. A la izquierda, se esparcen por los escalones de la Catedral desempleados, borrachos, mendigos, drogadictos, niños inhalando pegamento, fumando crack, arrebataadores de carteras, arrebataadores de celulares, “sacudidores de cabezas”, jubilados, violadores. Las piernas trémulas, cierra los ojos, *¿Dónde está la inspiración divina?* Poco tiempo el suyo, enseguida las palabras se dispersarán, *¿Cómo hablar a los corazones de piedra?* El cuero negro que encuaderna la Biblia resbala en las manos inseguras. “¡Hermanos!”, vacila en el bullicio, voces, bocinas, motores, gritos, música. Aspira el humo de los caños de escape. “¡Hermanos!”, grita, algunos transeúntes se dan vuelta, asustados, curiosos. “¡Hermanos!”, repite, fatigado. “Caminé mucho... mucho... Caminé mucho hasta llegar aquí”, *Auxíliame en esta hora, Señor. Haz nacer de mi boca la.* “Miro alrededor... ¿Y qué veo?”, *Qué veo?* “Veo el

sufrimiento de aquellos que están desengañados de la vida. Veo el dolor de los que ya no ven más salida a sus problemas. Veo la desilusión de los que no tienen pasado... ni presente... ni futuro... ". Un viejo, ojos azulísimos, se planta, atento. Un adolescente, la visera de la gorra en la nuca, carpetas plásticas bajo el brazo derecho, observa burlonamente. "Vos, hermano -y vos, hermana- que estás triste, angustiado, perdido... Es a vos a quien me dirijo... Es a vos que Jesús me envió... para dar testimonio de la salvación". El sudor baña el frente de su cuerpo. Turbia, su vista cuenta cuatro hombres, tres mujeres. El adolescente de gorra con visera en la nuca despreocupado se va, los oídos prendidos al walkman; los ojos azulísimos se mantienen de pie, várices. *Señor, soy débil. No me abandones, Señor.* La camisa crema empapada, el nudo de la corbata lo sofoca. "Hermanos, este que ustedes ven ahora es un hombre que ha renacido, un hombre rescatado del infierno... un pobre ignorante que vivía en las tinieblas... Yo, hermanos y hermanas, no conocía a Dios... En mi ceguera, ¡envidiaba a los ricos! Sí, ¡quería ser uno de ellos! Un lindo auto... ropa de marca... comer bien y lo mejor... salir con las mujeres deseadas... Y... para eso... durante mucho tiempo... robé... asalté... y... hasta... ". Mareado, toca los límites del semicírculo, ¿quince?, ¿veinte personas? "¿Qué buscaba, hermanos? Había un vacío en mí... Salía con prostitutas, aspiraba cocaína, tomaba whisky importado... Al día siguiente, ¿qué quedaba? ¡Nada! ¡Nada de nada! Y para llenar esa nada, hacía todo de nuevo: robaba... asaltaba... y... ". *Aléjame, Señor, del pecado. Librame, Señor, de esta prisión...* Deposita la Biblia en la banqueta de una florista que está a sus espaldas y, dirigiéndose a una señora de cabellos blancos, en la mano izquierda un niño que entre decenas de piernas se inquieta se marea, le pide, por favor, que tome, por un momento apenas, su saco. Volviendo al centro de la platea, desabotona los puños de la

camisa, exhibe los brazos: en cada uno, desde el hombro, descienden, tatuadas, líneas paralelas, irregulares, que a la altura de las manos, forman deltas, caudales escurriéndose hacia los dedos, como si, sobreponiéndose a la piel, se insinuase otra, más oscura, más profunda, transformando débiles músculos en potentes garras aladas. Abotona los puños, se calza el saco, “gracias, hermana”, recupera la Biblia. “Sí, hermanos, yo conocí la tortura... la humillación... Yo vi la muerte... en los ojos... de las...”. *Mi Dios... el dolor... de nuevo... el dolor... no voy... mi Dios...* “¡Un... monstruo, hermanos! Un monstruo... es lo que yo era”. “¡Ay!, ¡un monstruo!”, imitan en falsete dos adolescentes que cruzan la aglomeración, carpeta ejecutiva en las manos. “Pero... gracias a Dios... Jesús... Jesús... me salvó. Me sacó del fondo del pozo... para que yo divulgase.. la buena nueva... ”. Un peatón exclama sarcástico ¡Aleluya, hermano!, algunos se ríen. El monograma J gris del pañuelo color carne enjuaga la cabeza húmeda, “¡Hermanos!”, clama, de rodillas, los brazos estirados en dirección a las copas de los árboles, gruñidos de helicópteros, la mano derecha blande la Biblia, en el rostro crispado hacia el Altísimo la vista fruncida, sol de mediodía, “¡Hermanos! Eleven el pensamiento al Cielo... ¡oren conmigo... hermanos! El Señor, yo... humilde siervo... que nada soy, Señor... polvo que el simple soplo del viento aniquila... te pido... imploro... intercede por los hermanos que sufren en este momento, Señor... por aquellos que desesperados suben al último piso de un edificio... por aquellos que sin esperanza se refugian en la soledad... por aquellos que sin fuerzas viven esclavizados a las drogas... por aquellos que desempleados sucumben... a la tentación... por aquellos que perdieron todo... por aquellos que nunca tuvieron nada... por aquellos invisibles porque anónimos. Señor, Señor: líbranos de la guerra... que existe... dentro... dentro... dentro de... cada... ” y las palabras se le

traban en su boca. Y, de repente, como si una enorme piedra rompiera su pecho cubriendo la sinfonía de la tarde haciéndola estallar con apagones ¿algunos segundos? ¿minutos? un par de zapatos un par de zapatillas de suelas gastadas se aproximan colillas hojas vasos descartables palomas servilletas palitos papeles de caramelos charcos de meo “¿Todo bien ahí?”. “Todo... Todo bien...” se levanta se sacude el pantalón el saco el pañuelo descubre un hilo de sangre en la calva cojea rumbo al Largo de São Francisco le arde el estómago le late la cabeza *Señor, no soy digno*

28. Negocio

Blindado, el Mercedes azul marino se detuvo en doble fila frente al Graduate School, de entre decenas de uniformes un niño se destaca, salta hacia dentro, aislada allá afuera la historia del preámbulo de la tarde –niños bulliciosos, periquitos neuróticos, motores. Arruga el traje Armani gris plomo del padre, que, displicente, acaricia la caparazón de finos cabellos oscuros de su hijo, la tiznada mochila a los pies.

–¿No te dije que venía?

Haydn (Cuarteto para Cuerdas en Sol, Opus 76, N° 1) conduce el auto, una burbuja fría, dieciocho grados, en el desgobierno de la hora del almuerzo.

–¡Felicitaciones!

Y golpea suavemente con la palma de la mano derecha en la pierna imberbe del hijo.

–¡Doce años! Sí, señor... ¡Doce años!

le molesta el aire acondicionado.

–¿Y la escuela?

—Genial...

—¿Y eso... ? ¿No da para ir por otro camino? ¡uy Nakamura! Está todo parado... Bien... Eh... ¿Y está todo arreglado para la fiesta de este sábado?

—Ah-ham...

El semáforo en rojo, lo observa apoyado en el vidrio de la ventanilla del auto rodeado. Asediada, la mujer se agarra con pánico al volante, atrincherada: una vieja ofrece un ramillete de rosas color carne; un joven ofrece a viva voz una caja de herramientas; otro agita trapos de cocina “bordados a mano”; un sujeto suda, en los hombros sostiene una caja con vasos de agua mineral; otro, somnoliento un bebé en el regazo, exige limosna; secador y balde en garras desnutridas disputan parabrisas; adolescentes con muslos sonrientes obligan a aceptar propagandas de inmuebles.

—Bien, habla el padre, buscando el hilo de la conservación interrumpida... ¿Y te cantaron el feliz cumpleaños? ¿Sí? Ah, ah, ah... Bien... Y... para festejar... ¿sabés a dónde vamos? Solo nosotros (el celular suena)

Saca el aparato del bolsillo, gira preocupado hacia la ventanilla, reconoce en el visor el número que llama, activa el contestador automático.

—¿Y si fuéramos a comer un Big Mac?

—¿Un Big Mac?

—¿Qué te parece?

—¿A un McDonalds?

—¿Hmmm?

—¡Yes! ¡Yes!

El chico golpea el aire, se enrosca en el cuello del padre.

—¡Genial, papá!

—Y después... Nakamura, ¿guardaste... la sorpresa... en el lugar que acordamos? ¿La guardaste? Creo que te va a gustar...

–Contame, por favor, contame.

–Adiviná...

Frunce el rostro.

–¿Una guitarra? ¿Es una guitarra? ¿Eh?

–Nooo...

–¿No? Entonces... entonces...

–Es algo que vos querías mucho...

–¿Qué yo quería mucho? ¿Y no es una guitarra?

Mmmm...

–Pensá... pensá...

–¿El karting? ¿Es el karting? ¿Es el karting!

El celular suena nuevamente, saca el teléfono del bolsillo, gira preocupado hacia la ventanilla, la gruesa pulsera de oro reconoce en el visor el número que llama, el reloj Breitling apaga la voz, “Ahora no puedo. Te llamo en unos... (mira al hijo, que muerde sus labios gozando por anticipado la envidia en que arderían sus amigos) unos... cinco minutos, ¿ok?”.

Mientras el niño se coloca en la fila, “No, no, solo quiero unos nuggets y una Coca light”, acciona el teléfono, en el estacionamiento.

En el bautismo, arrastraron los zapatos hacia un costado de la nave, a la distancia, amontonadas, las voces de los padrinos, parientes e invitados, entró a una minúscula capilla, expuestos los músculos desangrados del Señor, el dolor hundido en el rostro, ninguna serenidad, crispación, melancolía, reapariciones de una difícil Vila Espanhola. Mareado, postrado sobre el reclinatorio, accedió, sabría todo, el pequeño pagano, a los doce años. Hasta allí, creía, acumularía experiencias, juzgaría. Mientras tanto, observándolo por detrás del vidrio, la boca manchada, rojo ketchup, amarillo mostaza, las certezas se arremolinan en los mayos de viento. ¿Y si él lo condenase? ¿Y si él “no” lo condenase? Cómo explicarle que... no se sentía orgulloso... de su... negocio. No quería

que pasara “humillaciones”, cargadas de los compañeros nocturnos, el sueño colgado en la cartera, exhausto después de una jornada de cortes bovinos y porcinos en la carnicería del tío; los mismos párpados azulados todavía en los pasillos infinitos de la facultad de derecho, libros en la mochila dentro del colectivo. Tanto sacrificio, si al final no le diese un empujón habría sido uno más, como sus padres, que Dios los tenga, y como probablemente sus hijos: un don nadie. En las puertas de cárceles, “personas, contactos”. De pequeños servicios, favores casi –un revólver con la numeración raspada para un cliente– saltaron a la intermediación de armas contrabandeadas, Miami. Visionario, ahora, en las líneas de la palma arrugada de sus manos, uñas bien tratadas, se leen puertos, aeropuertos, pistas de aterrizaje clandestinas, puentes, ríos, rutas por donde atraviesan a borbotones pistolas Glock austriacas y Jericó israelíes ametralladoras Uzi israelíes y FM argentinas fusiles rusos AK-47, austriacos Rugger 223, suizos Sig Saber rifles AR-15, M-16 Se sienta frente al hijo, nugget en salsa barbacoa. ¿Y? ¿te gusta?

29. El Paraíso

Al chico no le agrada mucho, pero, si se acuerda de hace dos meses, es como si fuera el paraíso. Arrodillado en un nido de cartón de la calle Henrique Schaumann, la cara sucia en la suela de los borceguíes de los policías, el pecho tuberculoso en el filo del estilete de los *manos* locos de crack, esperaba a los encapuchados que pisan mansos y bajan la cachiporra, los boysitos que inundan de alcohol y prenden fuego. Ahora,

se estira en un colchón delgado, sábanas limpias, cubrecama lavado, almohada de suave olor. Y si la oscuridad devora su sueño, la culpa es de la calle, porque en el departamento solo se oye la gotera de la canilla en la cocina, si tuviese una pinza y un cuerito nuevo. Y si no come más la culpa la tiene la abstinencia del pasado, las paredes del estómago pegadas con cola, porque el Alemán bien que lo cuida, viandas en el almuerzo, en la cena, siempre sobra. Las paredes, el problema es no poder salir, ¡pesado! De la puerta para adentro, todo: agua helada, televisión, equipo de música, radio (control remoto en sus manos, será DJ cuando crezca). Pero las horas no pasan: se acuesta, se levanta, mea, caga, come, programa infantil, dibujos animados, noticiero, come, Vale la pena verlo de nuevo⁵, sección de la tarde, todas las novelas, come, noticiero nacional, fútbol, sesión de cine en TV, mea, caga, duerme. De vez en cuando, el Alemán, mañana tenés trabajo, muchas horas a su disposición, odia eso. El Alemán Gunther. El teléfono bloqueado solo recibe llamadas. Arrancó el portero eléctrico, el aparato roto en un rincón de la pileta de la cocina. A veces, se encierra en el cuarto con la computadora, el chico restringido al comedor, a la cocina, que en verdad es un armario embutido. Y cuando le advierte mañana tenés trabajo llega con unos amigos y unas mujeres y unas chicas, ni pechos todavía, aspiran cocaína, beben, le arrancan la ropa, los gringos las fotografían, las filman tocándose, chupándose, el Alemán y el chico se ponen a coger, se alternan,
*el alemán me dijo que tiene una fotografía mía en internet
cualquier día me la muestra
dice que deposita en una caja de ahorro el pago del trabajo
dice que*

⁵ Programa de televisión que repite viejas telenovelas. (N. del T.)

*la manota revienta mi hombro si quisiera podría pulverizar
mi cabeza indica el gringo a los amigos: la miseria
sin embargo a nadie le gusta estar preso una noche de estas si
consigo poner el pie en el parapeto de la ventana del piso de
abajo salto hacia el cartel ya lo calculé lo estoy pensando*

30. El viejo cadete

El viejo cadete, amarillo el blanco de los ojos, abrió la canilla, mojó las manos grandes, las enjabonó, y refregándolas lentamente, comenzó a hablar, no con el conocido de la pileta de al lado, no con el motoquero que hacía equilibrio en el mingitorio, sino para aquellos, de todos los que se apretaban en el baño fétido, que se dispusiesen a oírlo

la patrona llamó hace poco... hay un tiroteo grande allá en la calle de casa... estaba hablando encogida detrás del sofá que acercó a la pared para que no quedara ninguna bala perdida zumbando en su cabeza... llamó preocupada, pobre... dijo que no aparezca por allá de saco y corbata... alguien puede confundirme... creer que soy comisario... yo pensé para mí ¡qué estupidez!, ¿tengo cara de comisario? pero, pobre, entiendo... tiene razón... ¿no sé qué hacer? Voy a colgar el saco en la silla... guardo la corbata en el bolso... la dejo ahí... ¿qué mal puede hacer?, no va a desaparecer... mañana me vuelvo a vestir... no me cuesta nada hacerle caso a la patrona... está vieja... pobre... y nosotros...

Entonces el viejo cadete percibió el desperdicio de agua, se enjuagó las manos, cerró preocupado la canilla, se secó con papel, salió del baño, mirada llana, el río muerto, los autos indiferentes, los edificios futuristas, la cortina oscura del horizonte, *la vieja, pobre*

31. Fe

ORACIÓN A SAN EXPEDITO

Fiesta 19 de abril. Se conmemora todo el día 19

Si está con algún problema de difícil resolución y necesita ayuda urgente, pídale a San Expedito. Se invoca a este santo en los asuntos que requieren pronta solución y cuya invocación nunca es tardía.

Oración: Mi San Expedito de las causas justas y urgentes, intercede por mí ante Nuestro Señor Jesucristo, socórreme en esta hora de aflicción y desesperanza. Mi San Expedito, tú que eres el Santo guerrero. Tú que eres el Santo de los afligidos. Tú que eres el Santo de los desesperados. Tú que eres el Santo de las causas urgentes, protégeme, ayúdame, dame coraje y serenidad. ¡Atiende mi pedido! (hacer el pedido). Mi San Expedito, ayúdame a superar estas horas difíciles, protégeme de todos los que puedan perjudicarme, protege a mi familia, atiende mi pedido con urgencia.

Devuélveme la Paz y la tranquilidad. ¡Mi San Expedito! Estaré agradecido por el resto de mi vida y propagaré tu nombre a todos los que tienen Fe. Muchas Gracias.

Rezar un Padre Nuestro, un Ave María y hacer la señal de la cruz.

Mandé a imprimir y distribuir un millar de estas oraciones en agradecimiento y para propagar los beneficios del gran San Expedito. Manda tú también a imprimir inmediatamente después del pedido.

Impreso en LFRS – Producciones
Teléfonos: 3368-6096 y 3204-1744 – R\$ 38,00 el millar
Entrega gratis en su casa en todo Brasil

32. Un ambiente

El motor de la heladera Cónsul Contest 28 blanco hielo sacude el silencio del ambiente. Las paredes azules, color de la ropa de los ángeles, se extienden en las grandes cerámicas ro-

jas, colocadas contra la voluntad de la ama de casa, que sale en la agonía de la madrugada a trabajar, nunca vio los minúsculos cristales de polvo girando suspendidos en la antorcha de rayos vespertinos que rompen el vidrio opaco partido de la contraventana.

Sobre la heladera

Una batidora Walita, con poco uso

Un cuaderno universitario con espiral (203 x 280 mm, 96 hojas, 1 materia, 31 renglones): baila Minie en la tapa; en la primera hoja, letra cuidadísima, *Cuaderno de recetas*; el resto del interior, virgen.

Un ventilador Hiltec sopla el fin del siglo en el reloj de pared Ferrari

Una niña, cinco o seis años, hace puchero, asustada, 50 x 50 cm, blanco y negro, vigila las hormigas que escalan

la pared contraria:

Una cuchara y un tenedor, yeso pintado de negro, detalles en rojo; en blanco, respectivamente: *Tú y Vos*

caen sobre la mesa de metal, mantel blanco de encaje plástico, una tapa de loza, cuatro sillas de metal color vino la rodean

En oración

a Santa Cecilia altorrelieve imitando
hierro fundido encastrado en madera (25 x 40 cm)

un Renoir Las meninas manchadas
descoloridas enmarcadas en madera

Un sillón, napa marrón

Un estante, aglomerado castaño claro, sostiene

un combinado Frahm

un equipo de CD Philips laser CD Player 165

una guía telefónica

un teléfono Ibratel

dos fotografías:

un niño, dos tres años
 embutido
 en un enterito azul con motivos amarillos
 embutido
 en una ropa león de Parmalat
 un pesebre de yeso, techo de paja
 en el cajón:
 un álbum de fotografías, Alpes Suizos
 una Biblia traducción João Ferreira de Almeida
 dos floreros idénticos con flores de plástico
 dos floreros con flores deshidratadas
 En el estante con bebidas:
 sidra Quinta das Macieiras
 espumante Prestige
 vino fino blanco Wein Zeller
 sidra Cereser
 vino fino de mesa tinto Canção moscato suave
 Contini vermuth bianco
 Scotch whisky White Horse (falso)
 Vino blanco de mesa Liebfraumilch
 Discos (vinilo)
 Jairzinho & Simony
 Só pra Contrariar
 Cardume (Nenhum de Nós)
 Inimigo do Rei
 ... em algum lugar... (Roberto Leal)
 O Dono do Mundo internacional
 Grandes astros, Grandes sucessos
 En el estante de aglomerado castaño rojizo:
 1 videocasete Panasonic NV-SD 435
 1 televisor Semivox
 4 vasos de chop Kaiser
 1 jarra

- 1 pinza para hielo
- 5 copas de vino
- 1 pato de yeso
- 1 florero de loza con flores de plástico
- 1 cenicero de acero inoxidable
- 1 bandeja de acero inoxidable

Recuerdo de las bodas de plata

De Jacira y Haroldo

07//03/99

9 CD's

Grupo Molejo - Não Quero Saber de Ti Ti Ti

Sambas de Enredo '98

Molejo - Brincadeira de Criança

Leandro & Leonardo - (un soñador)

Banda Eva ao vivo

Raça Negra

Terra Samba ao Vivo e a Cores

Só pra Contrariar

Xuxa - Só Faltava Você

1 frasco de compota de naranja

33. La vida antes de la muerte

El viejo vive de prestado en el departamento junto con la más grande, separada, la nieta adolescente, el menor, en pareja, rondando los treinta años, poco más poco menos. Hay otros hijos: vienen cuando la salud se ausenta, picotean el cuartucho cebando el odio, discuten por tonterías, se enroscan, bufan, desaparecen, no se quieren, parece. En las decrepitas sombras de los rincones del edificio arrastra las medias Kendall agujereadas, despistando la blancura de sus costillas huesudas. La hija, trabajadora, suda para llegar a fin de mes:

engatusa a los acreedores adjuntando a su salario mínimo lo que el padre recibe de la jubilación. Entonces, el viejo, que se sabe un estorbo, se siente aliviado de poder servir para algo al menos.

De vez en cuando, llamada, la policía acude al viejo, el menor, enviciado, sin tener para comprar droga, se vuelve violento, insolente, enloquecido de insensatez. Ya golpeó varias veces al padre, una vez hasta mandarlo al hospital. La más grande intercede, ¿pero para hacer qué? Aquella vez, de rabia, tiró por la ventana una a una las ropas del hermano, que, planeando, acabaron posándose suaves en el estacionamiento del edificio. En el altercado, ganó en el cuerpo varias manchas de mertiolate, puntas de cuchillo de cocina que él esculpió, chillando ¡Te tajeo toda, yegua hija de puta!

La nieta es buena, complicada, es verdad, pero la edad, adolescencia, es así, tatuajes, piercings, ropa ajustada, borceguíes, cabellos teñidos, un cigarrillo, otro, insolente. Sí, es un purgante el viejo, se mete en todo, pero el volumen del combinado estremece hasta las paredes, el techo, el piso, molesta a todos los vecinos. Y es osada, la peste. Se pelean, cabalgando el parapeto de la ventana, grita, ¡Llama a la policía! ¡conchudos!, ¡hijos de puta!, porque, claro, ¿oficial me escucha? ¿Para resolver idioteces?, ¡opa! Que se haga justicia, sin embargo, no es desinterés: se la vio, muy mimosa, haciendo de muleta del abuelo en dirección al Bloque B, donde un solcito lindo visita a los no-tengo-nada-que-hacer, desparramados sobre los juegos, damas, buraco, truco, dominó, dados. Pero, ella es nerviosa. Ya se cacheteó, ni una ni dos veces, con la madre, las dos agarradas de los pelos en el hall, ¡un espectáculo! Al otro día, la señora, lentes oscuros, arañazos en el cuello en los hombros marca de mordidas en los brazos el rostro congestionado: una vergüenza; orgullosa, la hija exhibe manchas rosas como medallas.

Despojado, el viejo encarcela sus días en el moho del cuarto que comparte con el menor. Desde encima de la cama cucheta, de bruces, avista el contrafrente del Bloque C, un paredón amarillo, chiquillos corren detrás de una pelota, andan en bicicleta, conversan, planean, pelean, insultan, ríen, escuchan música en enormes equipos portátiles. Y fuman fuman fuman.

Uno de esos días, golpeó la puerta, desarreglado, indagó, la dentadura colgada dentro de la boca desdentada, si yo tenía algún libro que contase cómo es la vida después de la muerte, los escasos cabellos blancos oliendo a naftalina. Me extrañó, apenas cruzamos un buen día buenas tardes buenas noches, ¿Usted es espiritista? Los ojos amarillos buscaron refugio en las manos que hinchaban un pedazo de franela del pijama de finas rayas azules y blancas hediendo a sudor, Entremos... Avanzó dos pasos, se frenó, tomé algunos títulos de la biblioteca, "El cielo y el infierno", Allan Kardec, se lo alcancé, lo hojeó, Es... creo que... suspiró. Si le gusta... Dio media vuelta, arrastró las zapatillas sucias embutidas en sus pies verdosos por el pasillo oscuro...

34. Esa mujer

esa mujer que se arrastra espantapájaros por callesavenidas de morumbi cabellos como clavados en la inmundicia ojos así perturbados piel parda agitadas piernas brazos lastimados uñas negras vestido desgarrado

esa mujer que se arrastra espantapájaros por callesavenidas de morumbi hablar inconsistente baba escapando por la comisura de los labios mustios mirada agotada manos que se desplazan arrítmicas y perturbadas piernas

esa mujer que se arrastra espantapájaros por callesavenidas
de morumbi inconveniente suplicando respuesta exigiendo
febril irritada llorosa preguntas variantes insensatas

esa mujer que se arrastra espantapájaros por callesavenidas de
morumbi ignorando el rocío si ratas o cucarachas ignorando
si lluvia o sol caen sobre los cordones ignorando zapatos za-
patillas hojotas policía ignorando

esa mujer que se arrastra espantapájaros por callesavenidas
de morumbi

no era así

no

no era

:

se hizo así un día, llegó la hora, la hija de once años no llegó
de la escuela, el rostro jadeante en la cocina, ¡madre!, la no-
che, la madrugada, la colcha las sábanas planchadas, al día si-
guiente tampoco, ni al siguiente, nada nada nada y se humilló
en comisarías hospitales reformatorios guardias Instituto Mé-
dico Legal deambuló en el trayecto casa-escuela-escuela-casa
preguntando de puerta en puerta pistas indicios intuiciones
hasta que

una noche

golpearon la ventana, están llamando, el teléfono, corrió,
piernas perturbando el corazón, alguien... alguna informa-
ción... ¿tal vez... ella?

¿Hija?

del otro lado el llanto

el pánico

escuchó la voz ¿Hija? ¿Dónde... dónde estás? ¡Hija! ¿Dónde?

—escuchó voces— silencio

y de rodillas se desmoronó en la vereda la palma de las manos
zigzagueando por el piso de fósforos y tapitas de botellas y
gargajos y colillas y gateando buscó la voz

¿de dónde venía?

¿de dónde?

y se arrastró espantapájaros por callejuelas y calles

y cerraron ventanas y puertas de su casilla

y en paraisópolis no apareció nunca más

nunca

más

ni una

ni otra

35. Todo acaba

Luciano decúbito ventral sobre el colchón ojos clavados en el techo de yeso rebajado la televisión prendida dibujos animados de aquí a algunos años el departamento va a necesitar pintura las vigas tendrán que ser reforzadas el agua que se filtra en el techo del baño y que ya destruyó las juntas de los ladrillos se meterá por entre las columnas los cables de electricidad se endurecerán provocando cortocircuitos y el edificio condenado arruinado será tomado por los sin techo mendigos drogadictos locos traficantes disputaran el lugar y todo acabará porque todo acaba y este cuarto en que

Luciano decúbito ventral sobre el colchón ojos clavados en el techo de yeso rebajado la televisión prendida dibujos animados estará en ruinas el agua de los caños corriendo por las paredes alfombra podrida arrancada paredes grafiteadas ventanas suturadas y se implantará el silencio donde ahora rigen sofocados autos y colectivos y sirenas de policía de bomberos y gritos y voces y camiones de gas y vendedores de frutas de verduras de churros y chicos juegan fútbol en el asfalto caliente y bebés lloran en alguna ventana y marido y mujer padres e hijos y babeles sofocantes en el cable extrañe-

zas filtradas del departamento de arriba muebles desplazados
una bolita recorre el corredor pasos de madrugada teléfonos
suenan y suenan celulares porteros nadie sólo puertas que
golpean que golpean que golpean puertas

y nada nada de eso quedará nada el barrio se transformará
en un lugar yermo la muerte bajo cada poste de luz apagada
en cada esquina bares humillados a media hoja cada vieja casa
cada chalet conventillo cada gato perro cada bolsa de basura y
todo habrá sido en vano san pablo entera decadencia y todos la
abandonarán y una ciudad fantasma como en las películas del
oeste en blanco y negro que traía del video sentado en una cama
comiendo pochoclos de microondas y tomando Coca-Cola
surgirá

para qué

todo

si de aquí a algunos millares de años la tierra sucumbirá
en una hecatombe dejará de girar fría inerte

y el sol se consumirá globo de helio que devora el pro-
pio estómago

para qué

si todo acaba

todo

todo se pierde en un instante

el sujeto en el semáforo se asusta

tira

y el tipo sangrando sobre el volante el auto encendido

el pueblo hartó atrás de él

él

cortando el tráfico

el pueblo hartó atrás de él

bocinando

bocinando

hartó atrás de él

36. Lea el Salmo 38

lea el salmo 38
durante tres días seguidos
tres veces al día
haga dos pedidos difíciles
y uno imposible
anuncie en el tercer día
observe lo que sucede en el cuarto día

37. Fiesta

Idalina, como si fuese necesario, pisó con cuidado el cuarto, aunque el silencio no tuviera importancia, ahora que la amiga no siente nada más, nada. Sin embargo, entró así, respetuosa, evitando tropezar con las cosas impregnadas de sombras –cinco horas allá afuera, otra tarde tirada a la basura, violetas agonizan en potes resecos de margarina–: la sábana azul marina improvisada cortina deja atravesar claridades de un sol insulso.

En el minúsculo cuarto oliendo a enfermedad se exponen: sobre la cómoda un velador de pantalla azul, el retrato de un bebé holocáustico, un vaso de bar vacío, blísteres de remedios; los blancos brazos magros de un Cristo de yeso contrastan con la pared húmeda y verdeoscura, un frágil placar de aglomerado, una alfombra de hilo extendida en el piso de parquet desdentado. Y, bajo rústicos paños de arpillera, abandonada, el esqueleto marcando la piel cenicienta, rígida, ella.

Idalina cumplía el último (el único) deseo de la amiga: venía a maquillarla. ¡Tan vanidosa!, ¿presentarse así?, delgadísima, desabrida, reseca, áspera, cadavérica, ¿pelada?, ¿como las imágenes africanas del noticiero central? ¡No! Suspirando,

acercó una banqueta junto a la cabecera, prendió la luz del velador (¿por qué no abría la ventana?, ¿tenía miedo de ofender la vista ahora inútil?), vació el estuche sobre la cama. Se había comprometido con ese despropósito, ahora debía cumplirlo. Se conocían desde los doce años, en el DNI la misma edad, en agosto veintinueve años, Leo ambas, ascendente en Virgo, ella, en Capricornio, la amiga. Se conocieron en el sexto grado turno noche, en Rio Pequenho. Idalina ayudaba a la madre en la preparación de frituras, kepes, empanaditas, saladitos, que la amiga insistía para que los entregaran juntas en cumpleaños, casamientos, compromisos, despedidas. Siempre hay una fiesta en algún lugar, en esa época se impresionaban, y, a su manera, todos participaban, creían, los que bebiendo y comiendo se divierten, los que uniformados pasean bandejas entre los invitados, los que disponen lo salado y lo dulce.

Cuando creciera, sería médica, ayudaría a los semejantes, escribía en las redacciones escolares. Mantenía un diario, con llave, libreta de tapa negra, cierta vez, autorizada, espió, bobas aflicciones, pequeñas alegrías, banales tristezas, insignificantes sucesos de gente enmohecida de Jardim D’Abril, en el umbral el padre a lo lejos, la madre cerca entretenida amamantando, seis hermanos más, se peleaba con la más grande, también, todos nacidos antes, no le daban pelota, se acercó a Idalina, los manjares una excusa para estar juntas. Ni la diáspora del octavo curso: se mantuvieron confidentes en el curso de maquillaje del Senac. Idalina enganchó en un salón de belleza en el Shopping Center Norte, se instaló cerca de Jardim Brasil. La amiga conoció a un joven en Sandalia de Prata de la calle Pinheiros –“Te gustó? ¿No es un bombón?, ¿eh?”–, se sumergió en una de las miles de casuchas asentadas sobre paredes sin reboque, Zona Este.

Idalina se ubicó en el Soho de Vila Madalena, buen salario, propina importante, de vez en cuando sabía algo de su amiga, el embarazo el bebé dos kilos seiscientos gramos

cuarenta centímetros el marido canalla mujeriego gastador la quemaba en la cocaína

lo que ganaba de manicura, pedicura y peluquera en el fondo de la casilla en el Parque São Lucas

lo que ganaba lavando y cuidando niños

lo que ganaba vendiendo jugos congelados en bolsitas en el Singapur de Sapopemba

y la llenaba de golpes

instalado pachá en el cuarto malas compañías la policía invadiendo la casa, una humillación.

Cuando el niño cayó en la guardia médica le diagnosticaron diarrea, empeoró y recorrió hospitales, madrugada mañana tarde noche adentro, neumonía, virus, gripe, hasta el examen de sangre

“Desgraciadamente”

y... si... era... ella... probablemente... también... seropositiva, se desesperó pensando tonterías, pero, ¡tan mal!, el chico, al AZT ninguna reacción frente al cóctel duró pocos meses.

Y a todos los santos ofició

san expedito y santa rita de cássia

santo antonio marmo y santa izilda

pastillas del padre galvão

Y a todos los credos abrazó

iglesia universal y brasil para cristo

asamblea de dios y adventista

centro espiritista macumba candomblé

Y a todos los medios acudió

masajes

adivinas

pociones

Raspó los fondos de la caja de ahorro, empeñó el departamentito, se consumió especulando milagros, que, sabía, en

el Hospital Emílio Ribas nunca habían ocurrido, todos aquellos compañeros –pobres diablos– que se habían agarrado el bicho, sucumbían moscas pegajosas. Rastreó a Idalina, en el mensaje le suplicaba que quería verla de nuevo, aunque fuese una última vez.

De lástima, Idalina la buscó, pobre, abandonada, sola, el descarado huyó en desbandada de la condena del hijo, nada menos que él, sinvergüenza contagiador de la enfermedad, que debe andar por ahí malogrando a otras infelices. Intentó localizar a parientes: en la Vila das Mercês, el hermano, dueño de un bar, la expulsó a los gritos, fue un horror, “Para mí ella está muerta, esa desgraciada, ¡murió!, ¿entendés?; en Francisco Morato, la hermana creyente ni la dejó hablar, “Me entregué a Dios, hija mía, me entregué a Dios”; en Jandira, la hermana, empleada doméstica, dijo que no le importaba nada, “Ya tengo mis propios problemas”; a la más grande y al menor no los pudo localizar; otro hermano ya había partido a mejor vida.

Suspirando, Idalina, en la piel cenicienta del rostro macilento el algodón se desliza la base se esparce la crema aviva el polvo compacto el colorete los ojos sombrea de azul lápiz de labio rojo delineador lápiz rimel poco a poco la amiga, tan vanidosa, se separa de los doce años la alegre niña que soñaba casarse y ser médica “para ayudar a los semejantes”.

38. La niña

La niña tiene ocho años, vivaces ojos del color de la brea y dos extensas trenzas negras, penelopemente entrelazadas por la madre antes de ir al trabajo, durante los primeros movimientos del día. Las gruesas cuerdas, crespas, se fijan en dos largas cintas de satén rojo, que ella ostenta esbelta.

Le faltan carnes a la niña, pero se trata de una delgadez saludable, elegante. Cuando camina, su pequeño cuerpo intuitivamente reconstruye el tiempo a su alrededor, consciente se apropia de su cuadra en el mundo.

Amorosa, apegada a la madre, colecciona para el padre palabras coloridas.

Compañera, lava las tazas del desayuno antes de tomar el colectivo que la deja en la escuela, donde cursa segundo grado, veinte minutos apretada al alcance de los ojos del chofer, que la conoce y protege.

La madre tiene treinta dos años y es muy graciosa. Acostumbra llegar en el final de la tarde, con muchas novedades, siempre, escondida, una historia en la cartera. Empleada doméstica, remueve toda la ciudad aleteante. Apenas coloca la llave en la cerradura la niña salta de la silla, se agarra de su cuello, ¿Me trajiste algo?, los actores de la novela intrigando.

Antes de tomar la van hasta la estación del subte de Vila Carrão, deja el almuerzo listo. La niña vuelve del colegio, calienta el almuerzo, se sienta frente al televisor y picotea el plato, mañosa con la comida. Después, la radio prendida, pone el lavarropa, extiende la ropa lavada en el tendedero, broches color rosa pellizcando la soledad del pequeño patio de cemento. Plancha con la madre porque todavía no consigue alisar la ropa, todos esos dobleces, todos esos pliegues...

El padre, pasa días sin verlo. Técnico en aire acondicionado no tiene horario para finalizar. La niña sabe, sin embargo, que, en la oscuridad del cuarto, él aproxima los labios a su rostro, acomoda el cubrecama, suspira. Los domingos, fulgurante en su mejor traje, la madre arreglada con su más cuidado rodete, se encaminan hacia la misa de la iglesia Dios es Amor, donde, junto a otros niños, la niña especula sobre otras mañanas sepultadas en la Historia Sagrada.

En verdad, no estaba destinada a nacer, la niña. Por más que intentasen, la mujer no conseguía quedar. Llegaron a desentenderse, infelices, pero los exámenes revelaron que el semen del marido era “poco espeso”. El pastor encomendó una vigilia, la gracia alcanzada, ¡Loado sea Dios! Embarazo con sobresaltos, es verdad, reposo absoluto para asegurar al bebé, sin el dinero de la mujer a fin de mes comenzó a faltar la comida, en ese lapso el marido, despedido, buscó y rebuscó por toda la ciudad, nada, changas apenas, hasta que un hermano de la iglesia arregló con él para el mantenimiento de aparatos de aire acondicionado, sin salario fijo, sólo comisión, al comienzo sufría, después, se desinhibió, dominaba como nadie el oficio. Finalmente, llegó la hija, sietemesina, creció en la incubadora, linda, inteligente, amorosa, como la madre y el padre siempre imaginaron, Sarah y Abraham.

La niña canta en el coro en los cultos del domingo a la tarde. Ya lee tan de corrido que el pastor, aun sabiendo que incurre en una falta, la deja subir al púlpito y recitar pasajes enteros de la Biblia.

39. Régimen

La tarde es el ruido de un ventilador de pie zumbando dentro de un local improvisado con guacamayos de alambre y estanterías de metal colmadas de mallas: mallas enterizas, biquinis, bombachas, camisas, camisetas, pijamas, calzoncillos, baberos, shorts, bermudas, enterizos, camperas, sombreritos para bebés, gorritas.

Al fondo, sentada en la mesa, que también es la caja, la joven mastica voluptuosamente el primero de los tres panchos que la madre, vecina, había acabado de pasar por el paredón, y la jefa, dejando momentáneamente la máquina de

coser industrial, trajo hasta ella junto con una lata de Coca-Cola light.

Martes, poco movimiento, casi nada de dinero en la caja, vísperas de pago.

La joven, diecisiete años, ya propietaria de indeseables estrías en los muslos, en los pechos, celulitis en la cola, ¡también!, ¡una sed beduina por gaseosas!, ahora va a comenzar una de esas dietas, le dio dinero a una compañera, conoce una farmacia en Itaquera que vende sin receta, más caro es verdad, pero compensa la incomodidad, médico, consultorio, exámenes, y esas cosas.

El walkman se desparrama sobre el amarillo opaco del aglomerado de la mesa; los cables del auricular enlazan el portacinta; la tarde sibilante se hunde, lapiceras Bic azules sin tapa, en una lata calendario color vino. Preocupa que haya días en que no se vende ninguna prenda. Solo falta que doña Sofía piense en cerrar el negocio.

Chupándose los dedos azules perlados, la joven se enamora del segundo pancho, traga la Coca-Cola, que se desvanece por el ángulo de la boca roja. La comisión dependía de los clientes de los alrededores. Doña Sofía que aprobaba sus modos, no conocía su don para convencer a las personas. El precio es bueno, la manutención, ¡un delirio! Y se da cuenta que aquello ni siquiera era legal. El marido, patrón, rebusca en la calle Oriente, baratísimo, y revende allí, São Miguel Paulista, por ignorancia o pereza de la gente, Brás ni siquiera es lejos...

El perro callejero siempre por el borde de la vereda reniega, frente al local, se rasca la herida, las pulgas, cerca de las tres de la tarde, sagrado, echa sus costillas en la puerta, aguarda, ojos mendigantes, devora las sobras, famélicamente agradecido.

Largó el primer año del secundario, ayudar en la casa fue la excusa, el padre desempleado, la madre, ama de casa. Las

cosas mejoraban, sin embargo, mickeys, donalds, minies, tribilines, silvestres, pio-pios, mónicas, cebollitas, caparazones, magalis de plush, bolitas de telgopor, la madre hacía, el Opel abarrotado del padre por el interior.

La hermana, lindísima, vendedora en un comercio chic en el Shopping Aricanduva, toda pintada, ropa pegada al cuerpo, zapatos finos, una modelo, apenas la veía, del trabajo corría directo a la facultad, curso de publicidad, en la casa aparecía supertarde, eso, cuando llegaba, a veces llamaba, voy a dormir a la casa de una amiga, ¡cogida!, ¡se creía lo más!, el novio pasante en el ¡ohh! el caño del revólver en su cabeza el adolescente voz confusa *¡Poné la plata acá, dale!* una bolsa plástica de Carrefour medio pan de pancho media salchicha trabando la lengua la salsa de tomate escurriéndose roja por el costado de la boca roja la mano inútil sobre la tapa de la mesa el cajón cerrado vacío paralizó sus ojos saltones *¡Poné la plata acá, puta madre!*, impaciente manos arruinadas trémulas pálidos labios gotas rezuman en la cabeza un chillido inseguro *¡Vamos, carajo!* la voz de alguien en la terraza la máquina de coser industrial se calla un graznido la falta de aire el gatillo plac

40. ¿Dónde estábamos hace cien años?

El tráfico de la avenida Rebouças se paralizó en la esquina de la calle Estados Unidos. Enrique se aflojó la corbata, aumentó el volumen del CD, Betty Carter ocupó todos los huecos del Honda Civic estallando de nuevo, ventanas cerradas, ciudadela irrescatable, allá afuera el mundo, calor, contaminación, tensión, corridas. Niños en harapos, arrojan agua en los parabrisas de los autos, extienden las pequeñas manos mendigando, gilletes escondidas entre los dedos, arreglos de estiletes en los ramos de flores, pedazos de vidrio en las mangas de la

camisa. Niñas harapientas, inmundas, cargan bebés alquilados y andrajosos, inmundos, colgados en las caderas, inocentes muslos al aire, cabellos presos en sueños vaporosos. Jovencitas vestidas de hinchada organizada de fútbol americano reparten publicidad de emprendimientos inmobiliarios. Jóvenes corpulentos vestidos de jugadores de equipos de básquet americanos exhiben revólveres bajo un cartel **San Pablo-Miami Non Stop**, que encubre un pequeño edificio abandonado, donde gatos y niños lagañosos duermen ignorando la tarde que se ofrece lúbrica.

(Siete y media de la tarde el sol todavía oprime los campos próximos a Milán que el tren rompe velozmente. Enrique y su esposa comparten el camarote con un matrimonio de ancianos delgados y sonrientes y un gordo y conversador guarda ferroviario con tiempo para perder.

: ¿Y ustedes? ¿De dónde vienen?

: De Venecia.

: ¡Venecia! ¿Les gustó?

: ¡Claro! ¡Mucho!

: ¿Son... argentinos?

: ¡No, brasileños!

: ¡Ah, brasileños! Si me permiten la pregunta, ¿qué hacen por aquí?

: Vine a conocer la tierra natal de mi abuelo...

: Ah, ¿su abuelo era de la región?

: De Mira.

: Mira, ¡bello lugar! ¿Y ahora para dónde van?

: Génova.

: ¿Génova? Pero... ¿tienen parientes allá? ¿algún interés especial?

: No... Es que... allí mi abuelo tomó el barco a Santos... Brasil...

: ¡Por el amor de Dios! ¡Entonces... entonces no vayan a Génova! No, yo no voy a dejar que una pareja tan simpática, un nieto de un véneto vaya a Génova...

: Pero... ¿por qué?

: ¿Por qué? ¡Por qué! Génova es una ciudad fea, horrible, no tiene nada para ver... Además de que los ligures... los ligures son todos ladrones... ¡todos ladrones!

Y, dándose vuelta hacia la anciana, la animó a dar su opinión.

: Es verdad... los ligures... los ligures son todos ladrones...

Y el anciano, que antes había contado que había estado en Roma sirviendo durante la Segunda Guerra Mundial, murmuró, bajito:

: Sólo hay un lugar en Italia peor que Génova...

Y mirando el paisaje que inundaba la ventana dijo:

: Nápoles).

)El véneto Giácomo se enamoró de la napolitana Maria en una fiesta en Brás. El abuelo tenía una herrería en Barra Funda y todo lo que ganaba lo gastaba en el regazo de mujeres sospechosas e insospechables. Vivía agitado escondiéndose de encomiendas, de acreedores, de maridos. La abuela mantenía a los seis hijos lavando ropa, planchando, cosiendo, fabricando embutidos. Antonio, el padre de Enrique, transformó la actividad de fin de semana de la madre en oficio diario y rápidamente fueron dueños de un frigorífico, que ganó renombre y de cuyo edificio ya no existe un solo ladrillo.(

(El portugués se acomodó en la silla, tomó un trago más de aguardiente y continuó:

: No sé cómo todavía pueden vivir en Brasil. No estoy protestando contra el país, entiéndanme bien, lejos de mí, pero ya se acabó el tiempo en que allí se podía ganar dinero honestamente... Yo me hice despertándome de madrugada y durmiendo tarde por la noche porque nunca confíe en los empleados... Era propietario de una pequeña panadería: ¿pueden creer?, hasta un compatriota al que intenté ayudar me robaba, ¡el desgraciado!

La esposa de Enrique se levantó, "Voy al baño", murmuró, y el portugués continuó:

: compré unas casas en la aldea... el gobierno portugués nos paga mejores intereses a nosotros, inmigrantes... de modo que dentro dos o tres años me mudo... dejo todo con ustedes, que son jóvenes, ¡ese caos endemoniado!)

)El abuelo materno, un bigotudo trasmontano, cabellos azabache alisados con Glostora, manos callosas enormes, una sola debilidad, llora a mares al escuchar a Amalia Rodrigues, empujaba la carreta de casa en casa en Cangaíba, cuando en Cangaíba no andaban ni los perros, comprando muebles viejos, vidrio, hierro, plomo, cobre, papel, todo lo que ya no valiese nada. Se ganaba la vida de ese modo. La abuela, salvaje que no hablaba la lengua del lugar, que se escondía debajo de la cama, nadie sabía dónde la habían cazado. La madre de Enrique nació de ese desencuentro. (

Cuando se dio cuenta, el tránsito se arrastraba cerca de la avenida Henrique Schaumann, un vehículo de la Policía Militar estacionado en la vereda, vendedores de redes, vendedores de cajas de herramientas, vendedores de flores, Betty Carter modulaba las luces amarillas que irrumpían desde el panel electrónico gigante,
el semáforo en verde

41. Taxi

¿Tiene algún camino especial? ¿No? Entonces vamos por el camino más rápido. Que no es el más corto, como usted sabrá. Aquí en San Pablo no siempre el camino más corto es el más rápido. A esa hora... cinco y cuarto... a esa hora la ciudad ya se está paralizando... las calles laterales, las paralelas, las transversales, las avenidas, las alamedas, las calles,

las callejuelas, todo, todo tapado de autos y bocinas. ¿Sabe que una vez soñé que la ciudad se había paralizado? Paralizada totalmente. Un embotellamiento inmenso, un congestionamiento monstruoso, como nunca lo había visto, y nadie conseguía avanzar ni un centímetro... Parece una película, ¿no? La verdad a mí me gusta. Me gusta mucho ir al cine. Pero prefiero las viejas películas. De vez en cuando repiten alguna en la televisión. Había unos actores extraordinariamente buenos, Tyrone Power, Burt Lancaster... Mi preferido es Victor Mature, ¿lo conoce? Hacía el papel de Maciste, ¿recuerda? Era muy bueno... Tengo su retrato en la pared del comedor de mi casa. Bueno, no es un retrato, es una fotografía de revista que la patrona recortó y mandó a enmarcar. Usted debe entender cómo son las mujeres... Ella sabía que yo era fanático de Victor Mature y entonces pensó que me iba a gustar... Me lo dio en un cumpleaños... hace ya bastantes años. Lo colgó en la pared del comedor... ¿Y cree que me animo a tirarlo? No me animo, no. ¿Usted se animaría? Una vez, inclusive, estaba solo en casa, tiré el retrato al piso, el vidrio se partió, le dije que había sido el viento, ella lo creyó, pensé que me había librado del cuadro. Pero la semana siguiente allí estaba colgado en la pared, como nuevo, ¿lo puede creer? Ella cree que me agrada, ¿qué puedo hacer? Mis hijas cuando eran adolescentes –ahora están todas casadas, y bien casadas, gracias a Dios– se morían de vergüenza por el retrato, papá, ¡qué cosa más vulgar! Decían. Las amigas preguntaban si era algún pariente, ¿Quién es el bonito?, indagaban. Terminé coincidiendo, ¡una cosa ridícula! Hablé con la patrona y ella me dijo, ¡Estás loco, Claudionor!, Claudionor soy yo. ¡Estás loco, Claudionor!, en poco tiempo ellas se van a ir de casa, vamos a quedar solo nosotros dos, viejos, a vos te gusta el retrato, entonces allí quedará... Resultado: si usted un día viniera de visita a mi casa, verá a Vic-

tor Mature colgado en la pared del comedor. Y además tuvimos un perro, un fox terrier, el hijo de su madre no dejaba piedra sobre piedra, entraba corriendo por la puerta del comedor y salía volando por la puerta de la cocina, la cola enloquecida tirando todo, florero, tronco de samambaia, pequeño malcriado, hasta una caja de galletitas dinamarquesas vacía, que estaba sobre el armario, el diablo consiguió tirarla al piso y romperla. La vieja se puso mal porque la lata servía de cofre... Costurera, allí escondía el dinero proveniente del dobladillo, del pegado del botón de una camisa, de unas pinzas en un pantalón, del zurcido de una rotura... Pero, ¡usted puede creer que el maldito retrato nunca se cayó! Qué se le va a hacer. Pero, volviendo, el cine para mí es el antiguo. El cine de hoy es pura sangre... Es solo trompadas... En cada escena, con perdón de la expresión, ¡hay alguien cogiendo! ¡Es impresionante! Usted va al videoclub y tiene todo un estante de películas porno. ¡Cada una que da miedo! Mujer con mujer, mujer con caballo, ¡con caballo, sí señor!, mujer con perro, mujer con muchos hombres, ¡Dios me libre! Lo sé porque, acá entre nosotros, todo el mundo es débil y una vez que la patrona fue para el litoral, a la casa de mi yerno, alquilé una de esas... No pude llegar al final, tanta porquería. Es cosa de enfermos, ¿no? ¿Alguien puede sentir algo con esa suciedad? La persona tiene que tener algún desvío, ¡por el amor de Dios! Fue la primera y única vez que alquilé una cosa de esas. Ahora, cuando la vieja viaja al litoral, la acompaño. La casa que hizo mi yerno en Praia Grande es buena, espaciosa, pegada a la playa. Y pensar que la construyó prácticamente solo. Él trabaja de operador de off-set en el *Estadão*. Cuando todavía era soltero compró el terreno. En aquella época había gallinas por la calle, ¿puede creer? ¡Gallinas! Como no tenía dinero tapió el terreno y poco a poco fue armando los cimientos, levantando las paredes... Cuando se

puso de novio con Maria Lúcia, aceleró la obra. Bajaba cada fin de semana. Cada detalle tiene su marca: desde los pedazos de vidrios encastrados en el muro hasta el tejado colonial, desde el piso de lajas hasta el color de los azulejos del baño. Una preciosura que ni se imagina. Y el muchacho es muy decente. Y no porque le vaya bien se olvidó de los otros. La casa no es de él, es de los parientes: concuñados, cuñados, suegros, amigos, padres, hermanos... Cada fin de semana hay gente allí preparando una carne a la parrilla. Todo en la más santa paz. Sin excepción: puede aparecer cualquier sábado que hay gente allí. Las familias son muy unidas. Lo que hasta fue bueno porque mi familia y la de la patrona no son así. Me fui de casa muy joven, siendo todavía niño. Bajé desde el norte en un pau-de-arara. Si usted supiera lo que fue aquello... Un camión viejo, cubierto con una lona, unas tablas cruzando la carrocería sirviendo de asientos, las provisiones en el bolso, unos pedazos de caña de azúcar y harina, días y días de viaje, ¡mi Dios! Pero no me puedo quejar. San Pablo, una madre para mí. Enseguida que llegué conseguí trabajo, fue de portero en una fábrica de autopartes en Santo André. Después fui subiendo, porque acá antes era así, quien quería trabajar tenía todo, al contrario de hoy, que hasta da pena, no hay empleo para nadie. Yo mismo, que me quedan unos años para gastar todavía, ya me jubilé y todavía tengo que ganarme el pan, porque nadie valoriza al viejo. Ni al joven sin experiencia de trabajo. ¡Y nadie le da una chance! ¿Cómo van a tener experiencia si nunca consiguen un puto primer empleo? En aquella época estaban tan necesitados de brazos para trabajar que apenas la gente descendía del camión y ya tenía trabajo. Ellos mismos enseñaban el oficio. Yo llegué a tener dinero. Más de una vez llevé a la patrona a conocer mi tierra, Nossa Senhora das Dores, en el interior de Sergipe, usted no debe haber escuchado hablar. Una vez cargué a la

familia entera, seis metidos en el escarabajo nuevito que recién había comprado. Tomamos la autopista, la Río-Bahía, y nos fuimos, las chicas ya grandecitas, la patrona pasándola mal, verde, siempre fue así, apenas entra en el auto y ya empieza. Ahora aprendió un truco, va oliendo limón gallego, desde aquí al litoral aguanta bien, pero en aquella época, un pandemónium, ¡qué viaje apestado! Las chicas no volvieron nunca más allá... Yo estoy triste, para qué le voy a mentir. Finalmente es la tierra de uno. Pero lo entiendo. No soy ningún ignorante. Ellas no tienen nada que ver con aquel agujero. A decir verdad, yo tampoco tengo que ver más con aquello. La mayoría de mis amigos de la infancia, de la gente que yo conocía no vive más por allí. Los viejos murieron todos. La única cosa que queda es nuestra memoria, pero ¿qué es nuestra memoria? Volvimos de aquel viaje por la BR-101, las chicas, claro, lo adoraron porque vinimos por el borde del mar, paramos en Guarapari, allá tienen una arena negra muy buena para el reumatismo, la patrona tenía unos dolores en las articulaciones que no se le pasaban ni con infiltraciones, allí ella se cubría de arena, solo la cara al descubierto... Y como yo no tenía nada para hacer me escapaba a un bar. Maria Perpétua, la más grande, ya tenía edad como para cuidar a los hermanos, entonces yo me sentaba a orillas de la playa, hecho un señorito inglés, una botella de cerveza, un plato de pescado empanado y frito, y me quedaba mirando el mujerío en biquini que cruzaba frente a mí. En aquella época era medio sinvergüenza. Macho cabrió nuevo, bonito, conversador... No había semana en que no saliese con una mujer diferente. Y no estoy hablando de prostitutas, porque eso nunca me gustó. La mujer que quiera salir conmigo, hasta hoy, tiene que ser desinteresada, si no, voy a confesar una cosa, no puedo funcionar. Con perdón de la palabra, no se me para. En aquella época yo conseguía tener treinta días de

vacaciones, estaba establecido, ya tenía casa en Vila Nova Cachoeirinha, los hijos por criar más encaminados, la más grande, Maria Perpétua, haciendo curso de profesora... Y entonces caí en la estupidez... en la tentación... Me despidieron de la firma donde trabajaba y resolví usar el dinero de la indemnización para abrir un pequeño local de juegos electrónicos en el garaje... Usted no me va a creer... Pienso que esas cosas no son bendecidas, no hay con qué darlé... Para transformar el garaje en un local tuve que dejar el auto en la calle. No tenía seguro, una traba de hierro inmovilizaba el volante. El localcito no se transformó en un lugar para el tráfico de drogas pero me robaron el auto y quebré. Rápidamente tuve que rehacerme y comenzar todo de nuevo... Fui conductor de colectivos, junté un poco de dinero, los yernos me ayudaron, compré una licencia de taxi, no fue esta, fue otra, de una parada allá en Belém, después conseguí un lugar en Lapa, una parada muy buena... Y allá en casa tengo dos generaciones, una, la de las dos chicas más grandes, Maria Perpétua y Maria do Carmo, que vivieron la mejor fase, estudiaron, se formaron, Maria do Carmo es hasta doctora abogada, tiene una oficina, junto con un socio, allá en Horto, es soltera, le va bien, tiene un excelente departamento cerca de allí, hasta fue al extranjero, ¿usted puede creer? Viajó mucho, conoce hasta barcos, creo que salió a mí, esa cosa de ser andariega... Me dio una fotografía de ella en la nieve, en Bolivia, solo creo que está un poco triste, nunca se quiso casar, creo que fue alguna decepción amorosa, no lo sé muy bien... Mi patrona tiene una prima que cuando descubrió que el marido tenía otra familia, mujer y tres hijos, dejó de comer, de beber, de moverse, de todo, se transformó en una planta, murió hecha una pasa. El caso de Maria do Carmo es diferente, ella siempre fue muy cerrada, muy reservada, nunca supimos por qué eligió ese camino... Maria Perpétua estudió

para profesora, se casó, vive en Campo Limpo, da clases en una escuela municipal, le va bien, gracias a dios, el marido es comerciante, buena gente, un poco chanta pero en ese medio el que no es vivo no tiene futuro, ¿no le parece? Es así. Pero los otros dos hijos vivieron la fase mala, Maria Lúcia y Pedro ya no llegaron tan lejos en los estudios... Pero gracias a Dios eso no impidió que estuviesen bien. Maria Lúcia es la mujer de mi yerno que tiene la casa en Praia Grande, ella es ama de casa, hizo solo la primaria, pero está hasta mejor que sus hermanas. Pedro tiene un puesto en la feria, vende bananas –¿usted sabe que eso de vender bananas es hasta un buen negocio? Pedro está bien, tiene una linda casita, les da a sus hijos de lo bueno lo mejor, pese a exigirles, el más grande tiene trece años y los fines de semana se levanta a la madrugada para ayudar al padre. Ese chico es muy inteligente, el otro día... Ah, llegamos... El otro día ganó un concurso en la escuela... No, no, es lo que marca el reloj, ni un centavo de más... Conmigo es así. Tengo colegas que cobran cincuenta por ciento más si el pasajero es extranjero, veinte por ciento más si desconfía que el pasajero no es de la ciudad... Eso para mí tiene nombre: ser deshonesto. Yo no, cobro lo que marca el reloj... Pero, para terminar, ese chico, mi nieto, João Paulo, el otro día ganó una olimpiada de matemática, ¿puede creer? Mire, le voy a dar una tarjeta, aquí tiene mi número de celular, si me necesita sólo tiene que llamarme: Claudio-nor, a su disposición. Muchas gracias y buen viaje. ¡Hasta la próxima!

42. En la punta del dedo (2)

ALEMÁN – 46 años, 1,77 m, 56 kg, cabellos rubios, ojos azules, blanco. Jubilado, le gusta viajar. Desea escribirse con mujeres morenas.

AMOR CASI PERFECTO – Si crees que no somos nada sin la mirada – el amor – del otro... Hasta 30 años, aproximadamente 75 kg, 1,75 m de altura, no frecuento el ambiente, varonil, afectuoso, no fumador, buen nivel, atractivo. Yo, maduro, especial.

ANA KAZUE – 40 años, me gustaría conocer a un esposo simpático.

CLAUDINEI – Moreno, 33 años, 1,71 m, 74 kg, cabellos y ojos castaños. Chofer. Desea escribirse con rubia de 18 a 30 años para compromiso serio. Pide carta con foto o teléfono.

IVONETE – Blanca, 22 años, 1,75 m, 68 kg, cabellos y ojos castaños. Técnica en nutrición, fumadora, sincera y cariñosa. Desea escribirse con hombre de más de 25 años, soltero.

LÍLIAN – Blanca, 19 años, 1,58 m, 48 kg, cabellos y ojos castaños. Estudiante, pisciana, dulce y cariñosa. Desea escribirse con hombres de 19 a 25 años, de signos de agua (Piscis, Cáncer y Escorpio).

MARIA APARECIDA – Morena, 28 años, 1,76 m, 67 kg, cabellos y ojos castaños. Secretaria, soltera, sin hijos, ama leer. Le gusta la pintura, una buena conversación y viajar. Desea conocer hombres cultos, de entre 30 y 40 años, de más de 1,76 m, solteros o divorciados, resueltos e íntegros. De preferencia europeos.

MORENA – Bonita, dulce, delicada. Nivel superior, amante de las Artes, busca mujer con las mismas características para vivir momentos de placer, sin compromisos.

NEIDE NASCIMENTO – Blanca, 39 años, 1,60 m, 58 kg, cabellos y ojos castaños. Técnica administrativa y maestra de primaria. Le gustan las personas objetivas. Desea escribirse con hombres de 35 años en adelante, maduros y a la vieja usanza.

NEREU PINTO DA SILVA – Negro, 40 años, 1,60 m, 50 kg, cabellos y ojos negros. Liberal, escritor esotérico. Desea escribirse con mujer de buen nivel cultural y social.

NESTOR – Blanco, 67 años, 1,80 m, 84 kg, cabellos y ojos castaños. Asistente social. Desea escribirse con personas de ambos sexos de todo Brasil, a las que le gusten temas diversos, viajes, asistencia social, diarios, revistas y videos.

NISSEI – Nivel superior, con buen humor, te busca a vos, delgada, bonita, independiente, estable.

RAIMUNDO N.S. – Moreno claro, 35 años, 1,72 m, 80 kg, cabellos y ojos castaños. Gráfico, simple, cariñoso y romántico. Desea escribirse con mujeres de entre 25 y 35 años, cariñosas y románticas.

SOLO – Hombre blanco, 34 años, 1,65 m, 62 kg, cabellos negros, ojos castaños, comerciante. Desea escribirse con joven blanca, no muy alta, cariñosa y sin vicios.

WALESKA – busca sólo amistad.

43. Gaavá (Orgullo)

Ahora, es rubia. Pero ya lo tuvo violeta, naranja, rojo y hubo aun momentos en que fue difícil distinguir los pelos coloreados de sus cabellos. Sin embargo, bella, siempre. Un tatuaje, un diseño “tribal”, adorna la espalda, casi a la altura del coxis. La narina derecha ostenta un discretísimo piercing, una minúscula gota brillante, exacerbando la nariz perfecta. Fanny, su nombre. Aire de madona adolescente –zafada inocencia... ángel libertino... –, voz y cerebro de la banda de garaje The Naked Snake, el nombre, consejo del padre, Bernardo, ingeniero civil, bleatlemaníaco (miembro del fan club Revolution), lector voraz de la “sublime tradición” de la literatura judío-americana (Norman Mailer, Bernard Malamud, Saul Bellow, Philip Roth, Isaac Bashevis Singer, J.D. Salinger). De joven soñó dejar todo, salir a la ruta, arrastrar centenas de jóvenes histéricas a clubes sociales de pequeñas ciudades del interior, cabellos largos, ropas psicodélicas, marihuana, ácido lisérgico, tal vez grabar discos, arrasar los rankings, volverse famoso, hacerse rico... Sin embargo, en la facultad de ingeniería se comprometió activamente con la política estudiantil, y en los Estados Unidos se especializó en cálculo de grandes estructuras. Se casó, se separó, se divorció.

Fanny compone las canciones de la banda. Llega del colegio, se baña, se encierra en el cuarto, las horas se escurren como babosas por las paredes, los rayos de sol se deslizan sin prisa por la copa de los árboles de la avenida Higienópolis, la soledad del cigarrillo consumiéndose en el cenicero, la lata de Coca-Cola ligth sudando en el piso de parquet, la barra de chocolate deformándose sobre la cama deshecha, la guitarra en la comodidad de sus brazos, las uñas bien tratadas sin esmalte rasgan las cuerdas, blem-blom, blem-blom, la mirada vaga por espejos-labermintos, jardines que se bifurcan, pasillos

inundados, los elegantes dedos anotan versos, en inglés, que caen como hojas secas en las páginas vírgenes de un cuaderno escolar. Después, iría al escritorio del padre para que juntos “traduzcan” términos y expresiones “típicas” del Icana a un lenguaje “vulgar” y “equivocado” de las calles de San Francisco y Nueva York, a un slang procaz presente en las cajas de los CD’s de música trash –para horror de Raquel, la madre, una “purista” formada en la Cultural Inglesa.

Los padres, cada uno a su modo, la incentivaban. Desde pequeña, en los cumpleaños, Bernardo montaba un escenario improvisado en un salón de fiestas de la calle Bahía y, con ayuda de un sofisticado aparato de karaoke, contrabandeado de Miami, Fanny se presentaba, imitando a sus ídolos, ¡un show! Antes, tres años, en el bar-mitzva, insistió, ganó, en lugar de un baile en el noble salón de la Hebraica, el debut de su banda en un barcito de Paraíso, entusiasta apoyo del padre, suspiro conforme de Raquel. La madre recordaba siempre a Bernardo que, porque vivían solas a ella le correspondía encarnar el papel de villana, hincharle a Fanny para saber de las clases, de las pruebas, de los amigos, revisar el bolso en busca de drogas, de preservativos, revolver el armario en busca de un diario que pudiese indicarle cómo caminaba por la senda del mundo... Eso cansa, decía. Bernardo oía atento y comentaba, ¿Raquel, no te parece que Fanny ya está como para grabar un demo? Andate a la mierda Bernardo, y, girando sobre sí, lo dejaba, calculando, Hay un estudio en Vila Madalena, si ensayara todo antes llegaría allá con todo listo, hmmm, creo, especulaba, tocándose la barba.

Fanny es una artista. Toca bien la guitarra, no maltrata la batería, saca la música de oído. En el escenario, es narcótica: sus botas negras y altas cruzan los plumones rubios de los muslos bien torneados, la minifalda de cuero negra insinúa unas bellas nalgas, las alas negras de la blusa culminan en ga-

rras perversas, los cabellos, ahora rubios, se esparcen salvajes por los hombros, las voz ronca, janisjopliniana. Bernardo piensa en dejar todo, dedicarse full time a la carrera de la hija. ¡Sonido!, ¡Sonido!, ¡Aló!, ¡Aló!, ¡Sonido!, ¡Sonido!, ¡A!, ¡A!, ¡Aló!, ¡Un!, ¡Dos!, ¡Uno!, ¡Dos! ¡Uno! ¡Sonido!

44. Trabajo

Todos los días a las cinco de la tarde se dirige, rumbo a su casa, por el Boi Malhado, a pie, porque ni dinero para un pasaje de colectivo tiene. Ya tomó un montón de cursos, Senac, Senai, Central de los Trabajadores, ninguno le allanó el camino hacia un buen empleo. Todo, mero pretexto para una esclavitud consentida, ocho horas de sudor diario, una miseria a fin de mes, ¡oh!, preferible la nada, al menos deja trampear. Y deambula rumbo a la casa del suegro, donde se amontonan hace ya tres años, en un cuartucho, cama matrimonial, tocador, armario, cuna, terrible ahogo, pero no es de favor que viven, no señor, tiene orgullo, ¡epa!, la mujer maneja la combi escolar que el padre puso, clandestina, en efecto, si la blanqueara... , primero necesitaban hacer plata, después, la parte del gobierno, simpatizaba con la comprensión de las escuelitas, se iba viviendo. Hace unas semanas casi se desmaya porque la menor apareció esperando un hijo, soltera, se enojó, el suegro chilló que su obligación es con la crianza de los suyos, no de los nietos, pero la suegra lo reprendió, sangre de mi sangre no se va a quedar en la calle y punto. El cristo es el yerno: objeto de cargadas, desacreditado frente a los vecinos, lo que antes eran cuchicheos, murmullos entre paredes, se transformó en algo evidente, ni el perro callejero lo huele, ignorante. Ahora se enredó de verdad: irritada, la patrona se dio cuenta de que le debía a todo el barrio, bar,

panadería, localcito, mercadito, pequeñas deudas, cosa de nada, pero, ¡mujer!, de castigo le regula el gasto cotidiano, de modo tal que toma el café bien tarde para economizar en el almuerzo y sale a la búsqueda del centro, a pie, para poder comprar cigarrillos, porque las necesidades del estómago aguanta pasar, andar ayuda a la circulación, pero sin cigarrillo es capaz hasta de matar. Los domingos, cuando los cuñados y los maridos y las mujeres y los hijos y las hijas llegan a la mañana despertando, roba unos vueltos de la cartera de la esposa y sale despacito, el día entero vagabundeando en el parque Ibirapuera, tirado en el pasto mirando el chorro de agua frente a la Asamblea Legislativa, nubes que se forman y se deshacen, a la espera de que el día se desmorone mi dios y que todo

45. Vista parcial de la ciudad

san pablo relámpagos

(¿san pablo es allá afuera? ¿es aquí dentro?)

de pie el paisaje se marchita

la vieja junto a la ventana

rostro arrugas bolsa de nylon desmayada en el regazo
dentro cosas enrolladas en diarios vestido blanco lunares ne-
gras sandalias de plástico hostigando el juanete cabellos agri-
sados ojos asustados nunca se acostumbrará al tránsito a las
corridas al ruido *la cuerda canta en la roldana el balde trae
un poco de agua salobre el silencio de las vacas mugiendo la
sequedad quemada entre los dedos del pie*

la adolescente junto al pasillo

se adormece frente a desordenados fascículos de un curso

de ingreso se le derraman por los brazos de vez en cuando
resbala hacia la vieja que se sobresalta, se disculpa

(se acomoda un poco más hacia el costado)

intenta imposibles ojos abiertos se despierta temprano
medio día en el mostrador de una agencia de viajes el curso al
final de la tarde vuelta de hora y media en colectivo la madre
pregunta ¿hija, tanto sacrificio vale la pena?

y migajas de sus sueños se desparraman sobre los hom-
bros de la vieja

de pie atrás un hombre la mano agarrada del caño
mano enganchada en el bolso (uniforme, marmita, cepi-
llo y pasta dental, peine, una revista de historietas) balancea
el cuerpazo párpados semicerrados (¿semiabiertos?) cansado
sudado cuentas para pagar servicios atrasados el cuerpo
hacia adelante

y

hacia atrás

otro fanfarrón pocos amigos
intenta adivinar todo el tiempo dónde
baja el rostro entre brazos y sobacos
intenta reconocer dónde
neófito
nosotros dormimos hasta roncamos
cuando se aproxima la parada la campana suena dentro
de la cabeza rápido aprieta el botón

sacudiéndose por la avenida Rebouças
el semáforo se pone en verde y en rojo
autos y autos
mendigos vendedores niños niñas
autos y autos
asaltantes ladrones prostitutas traficantes

autos y autos
martes
fin de semana largo
las luces de los postes de los autos de los paneles electró-
nicos de los colectivos
y todo tiene un color cansado
y los cuerpos más cansados
más cansados
la pantorilla de mis piernas duele mi cabeza duele y

46. Al intendente no le gusta que lo miren a los ojos

Lo supimos rápidamente el primer día. El doctor Abdala, jefe de ceremonial, reunió al personal de servicio y avisó, No habrá persecución, sin dudas, se los garantizo. “Él” (cuando el doctor Abdala decía “Él”, inmediatamente miraba para arriba, y nosotros también, como si el intendente estuviese observándonos) “Él” sabe que no todos lo votaron. ¿Y eso qué importa? ¡Lo que importa es el trabajo! Es lo que cada uno sabe hacer mejor. Así que, no se preocupen, nadie va a forzar a nadie a irse. Los que no encajen en las nuevas normas serán transferidos. Y nada más. Y, simpáticamente, continuó discursando, llamándonos colegas, palmeando en el hombro de uno y de otro, explicando de pe a pa los cambios que “Él” iba a hacer en la ciudad, politiqueó, cuando no lo necesitaba, el hombre ya había sido electo, y dijo que el intendente era un buen sujeto, que iba a acabar con la corruptela, iba a hacer una administración destinada a los más carenciados, y que el intendente y los funcionarios de la municipalidad, dijo, éramos todos una sola cosa y finalmente explicó qué era lo que al intendente le gustaba y qué no le gustaba: que el café tenía que estar muy caliente, pelando, nunca recalentado, “¡Nun-

ca! ¿entendido?, con cinco gotas de edulcorante Assugril, no se olviden, “¡Se muere de miedo de engordar!”; a veces “Él” tiene un dolor de cabeza terrible, y en esos casos dos Neosal-dinas, un vaso de agua fresca, “Atención, ¡fresca!, no helada, ¡fresca!”; la hora del almuerzo es sagrada, una y media de la tarde, ni un minuto de más, pues lo pone furioso; de postre, una rodaja de ananá helado, sin el centro, dividido en seis partes iguales, “¿Entendieron?, ¡seis partes iguales! Midan, si fuese necesario, pero las seis partes tienen que ser ¡rigurosamente iguales!, y acompañando el plato sólo una servilleta, “¡Una!”, un tenedor, un cuchillo; a la tarde, el intendente toma un bocado a las cuatro y media, recomendación médica, problemas de gastritis, un comprimido de clorhidrato de ranitidina con un sorbo de agua... “¡Fresca!”, una galletita de agua y sal con el té, “Pero, por el amor de dios, ¡té negro nunca!, ¿entendieron?, ¡té negro nunca!, hierbas naturales nacionales, hierba dulce de preferencia, cuando “Él” tenga que quedarse hasta tarde en la oficina, debe masticar algo antes de cenar, que no sucede nunca antes de las nueve de la noche, pero por la cena ustedes no tienen que preocuparse, porque generalmente la última comida “Él” la hace en un restaurante, decisiones todavía por tomar, algo para discutir, “El intendente trabaja mucho, su nombre es trabajo”, “Él” es de esos sujetos a los que les gusta que todo sea claro, negro sobre blanco, “Entonces, amigos... entonces, colegas: ¡nada de chusmerío por los pasillos! ¡Al trabajo! ¡Al trabajo!”. Es extraña esa habladoría, ese bla bla, que “Él” tiene una cuenta en el exterior, que “Él” compró un trípex en Jardins, que “Él” es el jefe de la banda que robaba las cajas fuertes de la Intendencia... Para mí, “Él” es igual a todos los que pasaron por aquí. Y su mujer, doña Janice, es una excelente persona. Vino aquí una vez a ver cómo su marido era tratado, le gustó mucho, lo comentó hasta conmigo. En aquel momento,

el Vaguinho estaba desempleado, le dije, discúlpeme señora, pero ya que me dio la libertad, no podrá conseguir un puesto para mi ahijado, buena persona, trabajador, pero no consigue empleo en ningún lugar, debido a que solo tiene el primario el pobre. Vamos a ver, dijo ella, y le pidió a su asesora, doctora Andreza, que anote mi nombre y mi pedido. Pasó el tiempo, ya me había entregado a Dios, cuando me llamaron por teléfono, el jefe de gabinete de la Administración Regional de Campo Limpo pidió que Vaguinho se presentara al día siguiente, “munido de libreta laboral”. Ahora está feliz de la vida, todo el mundo lo respeta: es el encargado de conducir a la gente para allá y para acá para aplaudir y en el momento justo gritar el nombre del intendente y cargarlo a “Él” en la espalda a cambio de comida y bebida y un dinero, cuya cantidad depende del día y de la importancia del negocio. Vaguinho, que es una suerte de guardaespaldas, ya estuvo varias veces cerca cerquita del intendente y confirmó: está prohibidísimo mirarlo a los ojos.

47. El “Cráneo”

allá en la comunidad el cráneo es el sujeto más extraño
y por eso el más querido
tiene dieciséis años casi un metro setenta y cinco unos no-
[venta kilos
es negro como el agua negra que se escurre por entre las ca-
[sillas
los dientes blancos y buenos como los de nadie
y principalmente él es mi hermano
aunque yo sea moreno tirando a mulato bajo y sin los dien-
[tes
y haya otro de nosotros más para rubio con rulitos

hasta ese era su sobrenombre sarará
ya fue agujereado en un atraco fallido cuando todavía era
[menor
es que nuestra madre se juntó varias veces y no tenía ningu-
[na paciencia
con ningún macho hijo de puta que quisiera pegarle
trabajadora ganaba su propio dinero
nunca necesitó de ningún hombre nuestra madre
todos ellos cagaron en manos de los canas
de los vagabundos o de estúpidas sobredosis

cráneo mi hermano no fuma ni aspira

pasa el día entero leyendo y comiendo que dice que son sus
[vicios

lee todo lo que aparece y come de todo
siempre tiene con él una caja de zapatos vacía
removedor gillette trapo plasticola papel
toma un libro todo descuajeringado
sin la tapa una porquería semimuerto
lo transforma en otro casi nuevo
parece un médico de emergencias
es una bestia es lo más
me gusta y no porque sea mi hermano
todo el mundo en la comunidad le tiene respeto
las madres lo ponen como ejemplo señalan por donde él
[pasa

cuando veo a cráneo un poco triste
tirado sobre la cama sin tener nada que hacer
salgo y me las arreglo para volver con un libro
pero un libro grueso bien grueso porque él dice
que libro tan flaco que no puede ni pararse solo

es libro villero jode no merece ni vivir
cráneo cuando ríe parece iluminarlo todo a su alrededor
varios faroles sus dientes blancos y buenos

una vez enganchamos a un cartero lo llevamos a un zanjón
desparramamos los intestinos de la mochila en el piso de una
[casa abandonada

comenzamos a recoger cheques y tarjetas de crédito
y palpamos las cartas vía aérea por avión
porque todavía hay idiotas que mandan dinero en ellas
encontré unos sobres pardos rechonchos
agarrados por cordeles frágiles
pregunté al tarado si eran libros
dijo que sí con la cabeza
los tomé debajo de mi brazo desaparecimos
mandé a un compadre a que se los entregara a cráneo sin
[los sobres

porque mi hermanito es así de sistemático
nunca abriría una carta si no fuese él el destinatario
y cuando volví a casa después de tres días
él se me acercó en un abrazo y dijo puta hermano qué bueno
y elogió los libros uno a uno citando los nombres
pero uno le gustó más es genial dijo
tomó un volumen grueso ahora me acuerdo espartacus de
[howard fast

cráneo estaba inmensamente feliz me sentí orgulloso
por ser hermano de un hermano tan inteligente
que tiene un cuaderno donde anota el nombre del libro y
[del autor

cuándo lo recibió cuándo comenzó a leer cuándo acabó
comentándolos uno a uno con esta letrita diminuta
cuando está leyendo cráneo parece un buda

de vez en cuando lo llamo para que tome una cerveza con
[nosotros
en alguna fiesta allá por la zona de campo belo
él va y empieza a decir que somos todos otarios
dan la cara sin miedo vendiendo coca la policía husmeando
[nuestras espaldas
enseguidita ustedes cagan dice
y el capo de la mansión de morumbi
que de verdad controla el contrabando
está cada vez más rico los hijos estudiando en el extranjero
auto importado blindado seguridad en la casa
mayordomo niñera jardinero sirvienta cocinera doméstica
los hombres comprados en la palma de la mano
y nosotros como moscas en la bosta
esperando la hora del tiroteo como hormiga en la cola del
[hormiguero
esperando la hora del zapatazo
entonces nos volvemos locos
pero nadie se queja porque sabe que en el fondo cráneo tie-
[ne razón
siempre tiene razón
y cráneo se puso más loco todavía cuando supo que fuimos
obligados a matar a un tipo que intentó reaccionar
un dedo blando asustado ¡pum! Acabó con el sujeto en el
[semáforo
porque dice sus tonterías los ricos no están en las calles están
allá arriba en los helicópteros
cagándose de risa de mí de vos acá abajo matándonos
cráneo se subleva
por él agarrábamos los trabucos y nos íbamos a hacer la re-
[volución
él sólo cree en un asalto a un banco o a un camión de cau-
[dales

secuestro de millonario ocupación de tierra y de casa sin
[dueño

cráneo es lo más

cuando cumplió quince años
le pusimos dos minas desnudas en su cama
salimos todos a tomar hasta velitas soplamos
y cuando volvió medio borracho
sin prender la luz se metió debajo de la cobija
y se asustó con las minas desnudas elegidas a dedo
por un profesional conocido mucha guita
para pagar tuvimos que hacer una vaquita
pero cráneo se puso como loco las mandó a vestir y que se
[fueran

me llamó tuvo una descompostura
yo estaba medio sacado no podía dejar de reírme
y él se fue poniendo cada vez más loco salió para el callejón
si hubiera sido otra persona lo hubiera matado
puta hicimos todo con el mayor cariño
nos hace quedar como boludos las minas pensaron que era raro
pero cráneo tenía razón
él dijo cuando quiera comerme una mujer no preciso de ustedes
cráneo es así

él es romántico
una vez me confesó que escribe poesía
un día te muestro dijo
le dije que podía darles el cuaderno a los brothers del rap
los conozco a todos se lo mostramos ellos le ponen música
dijo no mi poesía no es para cantar es para leer
y declamó unos versos de un libro que recuerdo que riqui-
[nho encontró en la calle

era una cosa más complicada que la mierda no entendí una
[puta coma
pero le dije que me había gustado se rió fingiendo creer
ya lo dije cráneo es lo más

el otro día a cráneo lo engancharon en la entrada de la villa
los canas estaban haciendo un operativo
le ordenaron mostrar sus documentos
mierda no tiene libreta de trabajo ni DNI ni cédula
la policía lo mandó a echarse al suelo sucio
la cara pegada al riacho de la cloaca
le colocaron esposas en los puños y en los tobillos
lo dejaron así tirado humillado la comunidad entera indig-
[nada

después lo tiraron en el auto de la policía y desaparecieron
por esa San Pablo tan extensa
lo molieron a palos lo torturaron
cráneo quedó mal encima él
al que nadie le tiene bronca
pero no hay problema enganchamos a un botón
y le pagamos para comprar el prontuario de los canas
que hicieron el servicio con mi hermano nombre dirección
[turno

y hoy la noche será larga vamos a dar miedo
estoy yendo ahora a la casilla a buscar mi glock con cráneo
porque él guarda nuestras armas y balas en la caja de los libros
y como siempre va a preguntar cuál es el problema y voy a tener
[que mentir
porque cráneo no estaría de acuerdo con lo que vamos a hacer

puta ese es el mal de cráneo que tiene un corazón de este ta-
[maño

48. Minuano

la niña pisó con cuidado la sandalia de cuero nuevita en el piso con rocío congelado los pies fajados por las medias grises agujereadas el morral lleno de cuadernos la letra cuidadísima la profesora una italianota embrutecida pero muy buena ella siempre le pasaba la mano por la cabeza y saltó para dentro del carro traccionado por un pequeño y ruidoso tractor que llevaba a los pibes a la escuela rural iba todo el mundo sacudiéndose tiritando de frío saltando como un cabrito siempre riendo siempre riendo era junio y las mañanas azulísimas y la niña orgullosa de sus trenzas negras exhibía sus ojos también azulísimos por los campos de soja y era feliz porque su padre estaba en la granja con sus dos hermanos más grandes la cosecha de este año iba a ser buena decía él a la noche cuando se reunían en la cocina alrededor del fogón a leña y del agua para el mate pitando en la pava y la hermana bebita estaba creciendo rápido rápido iba a poder correr por el patio a su aire y sería escuchada allá lejos donde tres puntos minúsculos eran su padre y sus hermanos los sombreros sobre la cabeza y su madre en la cocina preparaba el almuerzo polenta y gallina con salsa y ella moviéndose de un lado a otro en el carro desfilaba radiante sus ojos azulísimos por la verde extensión de pastoreo y era plena en su felicidad la felicidad que tenemos a los siete años y que ella ahora con el sonido del minicomponente puesto a todo volumen en el décimotercer piso de un edificio en cerqueira César tirada en el piso casi borracha desesperadamente reconoce pero mi dios cómo dejé escapar aquella felicidad en qué momento de la vida se había desvanecido entre sus manos en qué lugar fue olvidada cuándo mi dios cuándo

49. Ritual para el martes, Luna en Cáncer

En un rincón del comedor arme un pequeño altar usando flores que tenga en casa. En el centro, coloque un pequeño plato con semillas y hierbas y agregue un cristal rosa. Encienda una vela color rosa e inciensos de rosa. Consiga una telita virgen del color que usted prefiera, ábrala sobre el altar y vaya colocando sobre ella las hierbas y las semillas, ofreciendo cada una a una diosa de la Luna, con el objetivo de encontrar la paz familiar y el amor en la relación. Cierre la bolsita, átela y téngala con usted. Agradezca.

50. Carta

Guidoval, 2 de mayo de 2000
Querido Paulino, hijo mío,

Te escribo estas líneas apuradas para darte noticias nuestras y también recibir noticias tuyas. Aquí gracias a Dios todo va bien. Tu padre está en cama porque el otro día se clavó en el pie un pedazo de tronco que estaba enterrado en medio del patio. Vos ya sabés cómo es tu padre de temeroso. El cabeza dura no quería ir al puesto sanitario pero se le comenzó a hinchar, casi le dio tétano. Entonces fue muy a pesar suyo y ahora está acostado, el pie gigante, rojo que no se puede creer...

¿Y vos, ¿estás comiendo bien? Ayer Fé Gomes, ¿te acordás? vivía por la zona de Fegim Francisco, ahora puso un comercio tan chic que hay que ver para creer, preguntó por vos. Me dijo que jugó mucho al fútbol con vos allá en el campo de Fegim Francisco. Cree que hasta llegaste a salir con su hermana Sueli, que se casó y vive en Ponte Nova.

¿Hizo mucho frío por allá? Aquí la noche ya está pidiendo una manta. ¿Te acordás lo mal que la pasaba en esta época del año? Casi me moría. Pues no cambió nada. Cuando comienza a caer la tarde y sube esa polvareda amarilla comienza el martirio de la nariz tapada, la falta de aire, el ahogo y parece que esa vez es la última, ay hijo mío, no le deseo esa cerrazón a nadie, ni para el peor enemigo. ¿Te estuviste abrigando bien? El médico me mandó a hacer inhalaciones, pero ¿y el dinero para hacer preparar la receta? Todo carísimo.

¿Y Márcia está bien? ¿Los chicos? Gislaine debe estar enorme. La última vez que la vi tenía tres años, ¡cómo pasa el tiempo!, ella ya estaba hecha una mujercita, me imagino cómo debe estar ahora. ¿Y Maico? ¿Es así como se escribe el nombre del más chico? Disculpame pero es un nombre tan complicado. ¿Y Juninho? ¿No vas a traerlos más para que los podamos ver? Tu padre está tan viejo. Un día de estos, Dios me perdone, puede que no esté más. Uno nunca sabe. ¿Y quiere tanto ver a los nietos por última vez. Hablá con Márcia. Si conversás con ella sinceramente estoy segura de que va a entender. Ella es madre también.

Me estaba olvidando de decirte. Adelia tiene fecha de casamiento para septiembre. ¿Por qué no aprovechás la ocasión? Toizinho parece que sentó cabeza. Compró un camión a medias con su padre y se puso a transportar muebles para los Parma, de Ubá. Adelia está muy feliz. Pensá en eso con cariño, hijo.

A veces cuando me voy a acostar empiezo a pensar en vos, hijo, que saliste de mí, que ya pasaste por tantas cosas en la vida que sólo Dios sabe y no me conformo con esta falta de entendimiento, esta distancia. Siento un hueco en el corazón, una sensación de malestar. Yo sé que son tonterías de madre, disculpame hijo por estar aburriéndote. Vos no te lo merecés.

Veludo, pobrecito, está muy viejo. Está ciego del ojo izquierdo, siempre lagañoso. Y ya no puede andar atrás nuestro. Se queda tirado en un rincón del patio cerca de los mangos, durmiendo, y tenemos que ir a llevarle allá las sobras de la comida y agua. Da mucha pena. Pero es la vejez. Todos vamos a tener que pasar un día por eso.

Bueno, Paulino, tengo tantas cosas para decirte, pero no quiero hacerte perder tiempo.

Todos aquí mandan cariños para vos, para Márcia, para los chicos.

*Te mando un beso muy especial para vos, hijo querido.
Pensá en lo que te dije.*

Tu padre mandó a decir que reza todos los días por vos en la misa de las siete. Que no es para preocuparse porque el Niño Jesús de Praga estará siempre a tu lado.

*Besos hijo querido
de tu madre que te extraña
que te ama,
Glorinha*

51. Política

no puedo decir su nombre, ¿me entendés? él es muy conocido, frecuentemente sale su foto en el diario, su cara aparece en televisión, él es del interior, lleno de dinero, parece que se dedica al café, me manda a buscar el auto el jueves, su auto, el Pajero Sport, no el oficial, de la Legislatura, y yo voy a una casa en Moema, la dirección no la doy, puede causar problemas, pero es una casa muy decente, no tiene nombre en la fachada, quien pasa por allá, del lado de afuera, no desconfía,

ahí pongo tres mujeres, de las mejores, solo universitarias, lo sé porque soy yo el que paga, paso antes por el banco, coloco el dinero en el portafolio, el viejo no es idiota, tiene casi sesenta pero otario no es, una vez llevé una que era tapa de la revista Sexy, no sé si la conocés, el diputado la miró y dijo, esa chica frecuenta la zona, traela, yo la llevé, ¡la pucha!, ¡no te imaginás qué mujer!, las llevo a un hotel por la Alameda Santos, el nombre no lo digo, puede traer problemas, el diputado es conocido, ¡dios me libre del lío!, la cuerda siempre se corta por la parte más débil y ahí quien se jode es este que ve aquí, las dejo en el hotel, el gerente ya sabe, suite presidencial, y me mando para Vila Madalena, hay un puto allá que recluta jóvenes, siempre gente diferente, entonces tres tipos entran en el auto y los llevo al hotel también, en eso estoy llamando por el celular a disquēcocaína, un servicio que tiene un motoquero que entrega el paquete en la mano y discretamente, pero no es para el diputado, él está contra las drogas, es más caro, pero él dice que el dinero no es problema, y a esa altura ya conseguí su whisky, buena marca, escocés, porque el diputado se pone como loco con el Jack Daniels, dice que eso es cosa de americanos, y él odia a los americanos, la cocaína es para las chicas y para los jóvenes, pero el diputado no obliga a nadie, aspira quien quiere, el whisky yo se lo compro a un conocido mío, que lo trae de Paraguay, es mucho más barato, solo cosas de primera, dieciocho años, etiqueta azul, una vez conseguí marihuana para una chica que, cuando estuvo en el auto, me dijo que no aspiraba ni tomaba, que prefería fumar marihuana antes, para darse valor, porque no le gustaban aquellos programas, lo hacía por necesidad, para pagar la facultad, bueno, todas dicen lo mismo, es decir, todas no, hay algunas a las que les gusta la joda, conocí a algunas que basta mirarles la cara para darte cuenta de que su negocio es ser putas, bueno, entonces dejo a todo el mundo en la suite

presidencial, bien cómodos, verifico los ceniceros, el diputado detesta el cigarrillo, pero la mayoría de la gente hoy fuma, él lo tolera, veo si los vasos están limpios, las sábanas, el diputado no confía en nadie, solo en mí, él llega, se sienta desnudo en una silla, el vaso de whisky en la mano, entonces yo salgo, trabo la puerta, y me quedo en el hall del hotel conversando con el barman, que es amigo mío, y él siempre especula sobre qué mierda es eso que pasa allá arriba y yo le digo que no lo sé ni lo quiero saber, porque no tengo nada que ver con eso y nos quedamos conversando sobre política, que es algo que a los dos nos gusta.

52. De blanco

Encorvado, el doctor Fernando se sentó a la orilla de la cama inferior de la cucheta, se quitó los zapatos blancos, los empujó debajo de la cama, estiró con placer uno a uno los dedos de los pies calzados con finas medias blancas, estiró la mano, alcanzó el control remoto abandonado en una silla, prendió la televisión, sin sonido, pasó los canales hasta sintonizar el Noticiero Nacional, y entonces extendió sus músculos y sus huesos por sobre la fina lámina de gomaespuma que a veces hacía de colchón. Le gustaba permanecer así, los ojos semicerrados adivinando el bombardeo de colores, el día pasado a limpio en la pared amarillenta del cubículo. Del consultorio al hospital, veinte kilómetros de asfalto estropeado, de humo de motores pánicos, de estereotipados conductores. Tres veces sonó el celular. La primera, Claudia, ¿Te acordás dónde pusiste el recibo de pago del ballet de Ju? Estoy superatrasada, ¿te acordás dónde lo pusiste? ¿Cómo no? ¡Te lo di a vos para que lo pagues! ¡Ah, está bien, dejalo! ¡Siempre lo mismo! ¡Nunca sabés nada! La segunda, Lúgia, Hola...

¿Dónde estás ahora? ¡Qué bárbaro! (inaudible)... guardia? ¡Putá vida! Mirá, un día de estos podemos (inaudible)... Hay un barcito en (inaudible)... ¿Qué te parece? Me llamás entonces para (inaudible)... Un beso... Chau... La tercera, Claudia, Pasó (inaudible)... con vos? ¿No? ¿Me estás escuchando? Me pareció (inaudible) raro... ¿Estás seguro? (inaudible)... cosa. ¿Me estás escuchando? Mañana (inaudible) para comprar (inaudible) de las madres. ¿Hola? ¡Ho-la! El nacimiento de la noche es calmo: dos suturas poco importantes, un coma alcohólico, una crisis alérgica; nada de derrumbes asesinos, borrachos apuñalados, atropellados, excoriaciones por peleas o carreras de auto. Párpados de plomo lacran sus ojos, siempre mal dormidos, estrés, de la guardia al consultorio a la guardia, “debes” contabilizados, ¿vacaciones? ¡cuánto tiempo!, la última,

una casita prestada en Barra do Sahy, las plantas de los pies paseando al atardecer en las oscuras y lisas arenas de la Playa de la Ballena, Ju piernitas inseguras picoteando adelante

se despertó asustado, la estridente campana, “¡Doctor Fernando! ¡Doctor Fernando! ¡Emergencia! Emergencia”. Las medias finas blancas buscaron los zapatos blancos, la televisión desmayada, los dedos acomodaron los escasos cabellos, abrió de par en par la puerta, “¡Mario!, ¡hey, Mario!”, “Oh, doctor Fernando, ¿cómo va esa fuerza?”. “Todo bien. ¿Sabés qué está pasando con esa urgencia?”. “Parece que un tigrón ligó unos tiros”. “¿Pelea?”. “Creo que no... Asalto...”. “¿Asaltante o asaltado?”. “No sé... Los canas lo tiraron ahí...” y se perdió por entre pacientes y acompañantes que congestionaban los pasillos. En la sala de cirugía se puso el barbijo y el gorro, se desinfectó las manos, se colocó el delantal, se calzó los guantes quirúrgicos, meneó la cabeza, el anestesista, doctor Tarcísio, ¿vio al residente Jorge?, ¿Se llama Jorge?, ¡ah!, la instrumentista, Sonia,

¡lindísima!, Ah, Sonia, ¿cuándo vamos a salir a pegarnos una encamada?, preguntó en sus pensamientos, Jorge (¡Ah!, ese se llama Jorge...) relató que la bala perforó de lado a lado el abdomen, perforó el pulmón, hemorragia importante. Muy bien, vamos a ver. Al aproximarse, monitor encendido, corazón desacertado, lo observó, ¡carajo!

descontrolada Claudia vocifera golpea con sus pies en el piso se tira de los cabellos sus ojos desorbitados

Ju revólver en la nuca solloza amedrentada
la hace callar la puta madre si no la reviento

Claudia por el amor de dios los tipos

puta decinos dónde están los dólares

–Tarcísio, podés suspender la anestesia...

–¿Qué?

–Suspendé... No vale la pena...

–¿Cómo no vale la pena?

–El estado es grave, doctor Fernando, pero creo que (se metió el residente).

–Callate la boca, (iba a expulsarlo, pero).

El Doctor Fernando se arrancó el barbijo, se apartó de la camilla, a los gritos, paró.

–Tarcísio... ¿te acordás del asalto?, ¿de aquel asalto allá en casa? Pues uno era este tipo... ¡Uno era este! Y yo no lo voy a salvar, ¡claro que no! No voy a mover un dedo para salvarlo... Casi me jodió la vida, casi la jodió... No lo voy a operar, en absoluto, ¿me están escuchando? ¡No lo voy a operar! Si ustedes quieren llamen a otro, denúncienme al CRM, hagan lo que quieran, yo ni ahí, yo ni ahí, ¿me entienden?, ¡ni ahí!

Y desapareció por detrás del vidrio de la sala de cirugías.

El silencio se apoderó del anestesista.

Los ojos de la instrumentista hipnotizados por las horas en la pared.

El residente monitorea los impulsos del corazón del paciente ahora de respiración convulsa.

53. Tetrálogo

A: –Buenas noches.

M: –Buenas noches.

R: –Buenas noches.

N: –Buenas noches.

A: –Es... la... primera vez?

R: –Sí...

A: –Bueno, entonces... Hum... hum... Bueno... Mi nombre es Arnaldo, soy ingeniero, socio de una constructora... pequeña... y... y ella es Mónica... mi mujer...

R: –Encantado.

N: –Encantada.

M: –Yo soy... pediatra... Médica pediatra...

R: –¡Ah!, pediatra... Bueno... Eh... Para nosotros... es un poco... poco sí... incómodo... Y... bueno... mi nombre... Bueno, mi nombre es Rafael... economista... profesor universitario... y esta... esta es mi mujer... Ella es diseñadora...

A: –¿Diseñadora?

N: –Sí... trabajo con... ah, Rafael se olvidó... mi nombre es Nancy...

A: –¡Ah! ¡Nancy!

A: –Ah, es una empresaria independiente...

R: –Sí... ya le dije... si ella continuase con una cosa informal... igual antes... ella ganaba mucho más... ahora, lo que gana apenas alcanza para pagar los impuestos... el gobierno se lo lleva todo...

M: –Eso es verdad... en mi caso... en el consultorio... no doy factura por la consulta. Si el cliente insiste, yo le aviso:

con factura es el veinte por ciento más... El cliente termina... comprendiendo...

N: –Es verdad... pero yo necesitaba ponerme en blanco porque quería colocar mis joyas en un local del shopping... surgió una oportunidad... Y ahora tengo un excelente contacto para exportar...

M: –¿Exportar?

N: –Es... al principio... una cantidad pequeña para Francia... Después... quién sabe...

M: –¡Necesito conocer tus joyas!

A: –Bueno, confieso que, como trabajamos con mucho capital, tenemos la posibilidad de guardar parte en una caja paralela... Ahora, si no hacemos eso... no tengo muchas ganas de hablar... pero... si no hacemos eso, no hay cómo llevar adelante las cosas... el dinero de esa otra caja sirve prácticamente para mantener la empresa funcionando... Los empleados tienen que cobrar en fecha... sin dudas... y tenés los equipos de seguridad... y tenés que contar con los atrasos en los pagos... se tiene que tener un margen de seguridad... ¿Y si uno cierra? Hay que pensar en eso. Lo que va a ser la calle de negritos... desempleados...

M: –Es verdad... terminan asaltando gente en los semáforos...

N: –Ya no hay más seguridad, ni siquiera dentro de la casa...

A: –¿Ustedes viven en casa?

N: –No, en departamento...

A: –Tienen suerte... Nosotros vivimos en casa... muy peligroso... tenés que pagar por seguridad... un gasto que no deberíamos tener... ya pagamos los impuestos...

M: –Hay un auto de la seguridad que circula por la cuadra toda la noche... Cualquier problema ellos lo resuelven... Una vez paré el auto frente al garaje, estaba escuchando un CD

que me gusta mucho, Los Carpenters, y me quedé esperando que terminara la canción... Y ya tenía el auto detrás de mí, un espectáculo...

R: -Verdad... nosotros, los de clase media, somos acosados...

N: -Así es.

A: -¡Acosados!

M: -Exacto... Acosados...

A: -Bueno, creo que ya podemos considerarnos amigos, ¿verdad?

N: -Sí, es verdad...

M: -¿Vamos entonces... a tratar... el... asunto?

R: -Ehhh... Arnaldo... Mónica... Les parece que nosotros... yo y Nancy... nosotros... nosotros podríamos... conversar... nosotros dos... así... a solas... es sólo para...

A: -Claro, claro...

M: -Perfectamente... Nosotros nos vamos a sentar afuera... a tomar algo...

(Pausa)

R: -Bien... ¿y entonces?

N: -No sé...

R: -Querés continuar con esa... esa...

N: -Fantasía...

N: -¿Fantasía?

N: -Bueno... creo... creo que va a ser bueno para nuestra relación... va... qué sé yo... creo...

R: -¿Te gustó Arnaldo? Además... ¿se llamará de verdad Arnaldo?

N: -¡Pero Rafael, ya empezás con tu paranoia! La gente que viene acá es toda decente... civilizada... ¿No te diste cuenta? El tipo es empresario... la mujer es médica...

R: -No sé... no sé...

N: -¡Ya empezamos! Si no querés, todo bien... nos vamos... desistimos... pedimos disculpas y...

R: -¿Yo? ¿Desistir? ¿Ahora? Imaginate... Falsa rubia... ¿No es una falsa rubia?

N: -¿Mónica? Sí, se tiñe... Pero es bonita... Vistosa...

R: -Sí... vistosa, ella es...

N: -¿Ves? Confesá... ¿te gustó o no te gustó?

R: -Nancy, no seas tonta, para mí mujer sos vos. Sólo vine porque insististe...

N: -Si querés nos vamos... ya te dije... Y basta de cinismo conmigo... yo te conozco... no me agarrás más...

R: -Por mí...

N: -Además, Mónica no es de aventurarse... El marido es otra cosa...

R: -¿Qué tiene el marido?

N: -Es medio viejo...

R: -Ah, es eso... Ni se compara conmigo... ¿verdad?

N: -Ni se compara...

R: -Bueno, entonces...

N: -Bueno... decile que... todo bien...

R: -Bueno, entonces espera acá que voy a intentar... combinar... el nego... quiero decir... la cosa... o... la...

54. Diploma

JOLESJA DEL EVANGELJO CUADRANGULAR

Cruzada Nacional de Evangelización

Certifico que *Paulo Roberto Ernesto*, nacido el 4 de febrero de 1951, después de haber atestiguado su fe en Nuestro Señor Jesucristo,

fue bautizado de conformidad con las enseñanzas de la palabra de Dios (Marcos 16:15-16; Actos 2:38)

San Pablo, 8 de marzo de 1978

Pastor Neemias Santoro da Silva

Ministro Oficiante

55. Vía internet

Te estoy diciendo, flaco, ¡veinticinco! veinticinco solo a través de internet, en los chats e ICQ. Y tené en cuenta que yo no macaneo, voy avisando: soy bajito, gordito, miope... ¡pero muy viril! ¡Y sin viagra! Hago de todo en la cama... Bueno, ahí yo arranco con poesía. Vinicius de Moraes es infalible. Pero si hace falta, doy un golpe bajo. Compré en una librería de usados las obras completas de J.G. de Araújo Jorge... Y si la fulanita es de esas más... intelectualizadas... ¡Byron! Vos sabés... esa charla... en el fondo en el fondo las mujeres solo quieren ser bien cogidas por alguien cariñoso, romántico... ¡Pero que no sea marica! Porque hoy en día si el tipo es romántico es homosexual y si es macho, insensible... troglodita... Yo junto las dos cosas: soy macho y romántico... Resucité la palabra como instrumento de seducción, ¿entendés? La melodía de un verso mordisqueada en el lóbulo de la oreja... ¡Ahí!, elogio su belleza con frases prestadas de otros... Claro, ellas no necesitan saberlo, pero creo que, aun si lo supiesen, no les importaría. Las poesías fueron escritas no pa-ra permanecer sepultadas en las páginas de los libros, sino para volverse parte de nuestra memoria colectiva... Yo revivo todo el conocimiento de joven miope que se quedaba en casa leyendo, mientras el resto iba a la canchita a jugar al fútbol... Durante un tiempo las mujeres le

dan mucha importancia a los músculos, bíceps, tríceps, esas idioteces... Después descubren que hasta un perro sabe coger. Y coger bien, si tenés en cuenta las películas que se ven por ahí... Entonces comienzan a buscar algo más, ¿entendés? En el chat, cuando hago el primer contacto, me presento, allí ya sabemos si somos o no, digamos, almas gemelas... Ahí, si da, cambiamos número de ICQ, y el mail... Comienzan las negaciones, los falsos malentendidos, las frases con segunda intención, los mmmmmm, los jajaja... Es un juego precioso, hermano, fascinante, mejor que todos los otros *games* del mundo, porque el premio, si conseguís llegar al final, es una mujer en tu cama... loca por hacer todo lo que vos quieras... ¡todo! Y digo: no me puedo quejar de nada... Ya me cogí una chica de dieciséis años, virgen, ¿podés creer?, y una bien casada, cincuenta y tres años, elegantísima, una cola y unos pechos que darían envidia a cualquier adolescente; cogí con una médica y con su secretaria; cogí con negras, blancas, japonesas, gauchas, nordestinas y hasta con una judía; ya fallé –con una paulistana bonita, sabrosa pero, puta, sudaba cerveza, intenté una, dos, tres veces, estaba con la cabeza en otro lugar (la cabeza de abajo, claro), le dije, carajo, ¡esto no me pasó nunca antes!; conseguí echarme cinco en una noche (con una japonesa que parecía ser la lujuria en persona); ya tuve que cambiar el número de teléfono (por culpa de una tal Leticia, que me llamaba todo el día y me mandaba unos cien mails por día); le tuve que negar casamiento a tres; le pagué el psicólogo a una para convencerla de que no se separara del marido; ya me pesqué una de las enfermedades... Cada historia, que si un día me sentase a contártelas podrías escribirte un libro entero sobre el tema... Veinticinco, ¡veinticinco! Ya tuve que abandonar el barco tres veces porque no se correspondían con la descripción, y una vez me engatusaron, un tipo que se hizo pasar por mujer, y en el día y la hora acor-

dadas tres brutazos me agarraron, me llenaron de trompadas, me rompieron los anteojos... Estuve con licencia médica tres días (dije que había sido atropellado, nadie había anotado la patente), una mierda... Pero ¿qué hacer?, me encanta la concha... Bueno, amigo, me voy yendo, se va haciendo la hora de conectarme, ¿estás ahí?, entonces, abrazo grande compañero, llamame, ¿ok?, permiso, por favor, permiso, permiso, con permiso

56. Slow motion

la lata semivacía de cerveza dibujó una trayectoria descendente en rotación diagonal sobrevolando decenas de cabezas y yendo a colisionar rápidamente sobre la mollera de Marlon que inmediatamente giró el cuello cuarenta cinco grados para ver de dónde carajo había partido el petardo y justo entre las miles de caras ansiosas que disputaban cada milímetro de la tribuna de Pacaembu para ver al Corinthians y Rosario Central por la Libertadores de América se encontró con el hijo de puta que había asaltado días antes su gomería en Vila Guilherme desgraciado lo voy a joder y vio los ojos del ladronzuelo perderse entre los millares de cuellos que llenaban el estadio aquella noche

Pecê seguía atento el ataque del Corinthians la pelota cruzada cayendo peligrosamente en el área chica quién sabe allí un gol cuando pasó sobre su cabeza una lata de cerveza semivacía describiendo una trayectoria en rotación diagonal y él de idiota desvió la mirada para acompañar el sobrevuelo y vio cuando explotó en la mollera de un hombre que inmediatamente giró el cuello cuarenta y cinco grados para ver de dónde había partido el petardo y sus ojos se cruzaron y

percibió que el sujeto tocó a alguien a su lado podrá ser que ese imbécil está creyendo puta madre por cautela y por costumbre se hundió entre los millares de cuellos que llenaban el estadio aquella noche

Marlon codeó a Sin Cabello que codeó a los compañeros –¿puta ustedes creen que me iba a olvidar la cara del hijo de puta?– y separándose saltaron los escalones de la tribuna aislando sin mucho esfuerzo el lugar exacto donde el ladronzuelo gateaba.

Marlon llegó bufando, dijo,

¿Te acordás de mí, infeliz?

, y en ese momento la hinchada corintiana suspiró con una pelota que tiró el delantero de Rosario Central y pasó muy cerca del palo derecho.

¿Qué le vamos a hacer, Marlon?

, Sin Cabello preguntó, y el jefe, distraído por una jugada en el medio de la cancha, dijo, desinteresado,

Vamos a meterle un palo de escoba en el culo

La banda, excitada,

¡Genial! ¡Hagámoslo!

Y Marlon,

Entonces, boludo, sólo para que veas que soy un tipo piola, voy a dejar que veas el resto del partido,

y, girando hacia los compañeros,

Después, lo llevamos a algún zanjón y le metemos un palo de escoba en el culo.

Pecê gateó su miedo por entre piernas peludas y pantalones, zapatillas ordinarias zapatos rotos ojotas descoloridas hasta que un par de piernas se cerraron y apretaron su cabeza quiso gritar pero el Corinthians atacaba a gritos hurras y varios otros pares de piernas se aproximaron y un sujeto bufando

dijo cualquier cosa como vamos a meterle un palo de escoba en el culo y Pecê creyó que era un chiste puta no necesita eso también pero cuando el tipo habló por segunda vez percibió que era en serio y hasta perdió las ganas de ver el final del partido pero los fulanos eran fanáticos se sentaron para ver el resto del partido y entonces Pecê se quedó intentado recordar cómo rezar para pedirle a Dios que hubiese alargue penales y que un milagro ocurriera un milagro mi dios

57. Newark, Newark

Zé Geraldo, una sensación rara en el estómago, manos soldadas a los apoyabrazos del asiento, pies pegados en el piso, cabellos erizados, y lentamente el avión carreteó –no tenía idea de que los boeings fuesen tan poco confortables. El avión se detuvo siguiendo las instrucciones de la torre. Finalmente, uno a uno los motores supersónicos encendidos, músculos de metal en espasmos, se deslizó atontado por la lengua de asfalto, se ocultó en el cielo negro desconocido. Sólo entonces se envalentonó entreabriendo los ojos, fragmentos de una enorme villa desparramada debajo, Guarulhos, nocturno ígneo San Pablo a lo lejos, ah, tal vez despidiéndose para siempre, tal vez, probablemente.

Al lado, una enorme cola con traje; en el pasillo, acento de gringa, antifaz, auriculares. El hombre comenzó un libro, en inglés, ¡ay, la puta madre!, un escalofrío, camino directo a los Estados Unidos y ni la lengua adivinada. ¿Y en la aduana? ¿Más preguntas? En el consulado, un suplicio para obtener la visa. Arrojabán preguntas sobre cosas de las que ni desconfiaba... Ahora, a 10 mil pies de altura, mala espina, ¿alguna pregunta más? Y si por casualidad Rick... ¡Mi Dios! ¿Y si no... estuviese allá? ¿Cómo llegaría a Newark?

Sí, la dirección, y él lo garantizó, no se aflija, todo va a salir bien, pero, ¿y si?, un accidente... quién sabe... el destino... El huso horario... Una hora menos... Entonces... desembarcaría a las... El tiempo... Nublado, máxima de treinta y cuatro grados, mínima de catorce. Gracias a dios a Rick le fue bien. ¡Al menos! ¡Inteligente! Ya arañaba algo de inglés, curso en el CCAA, más despierto... Él, sin embargo, nunca, nada... ¡Tartamudo! Ah, pero conjugaba el verbo To be sin problemas, I am, You are, He She It is, We are, You are de nuevo y They are. Todo el año, en el colegio, la cantinela, la profesora apoyada en la mesa, Bueno, vamos a recordar el verbo To be, y, cola y espalda, garabateaba con la tiza sobre el pizarrón.

Hubo una época en que, desesperado, llevaba bajo el sobaco el Speak up, pero, ¿entendía?, ¿qué era lo que había dicho?, ¡ay, dios mío!, ¿qué frase había pronunciado?, ay, ni durmiendo con el pequeño grabador debajo de la almohada, revista colegial envuelta entre los brazos, ¡nada! Rick anticipaba, ¡Querido, vas a aprender a la fuerza! Rick es un maestro. Acomodado, en tres años de Nueva York, genial el departamento; el salario, de cocinero, ¡imagínate!, ¡de cocinero!, digno; y lo que sobra de tiempo y dinero lo gasta estudiando artes, a la noche. En Brasil, el sudor de ocho, diez horas por día lo consume el alquiler, la comida... Hace bien Rick. La cosa no funcionaba, se fue. Ahora, con dólares, las personas lo respetan. Y en cartas, llamadas telefónicas, lo tientan, Venite para acá, venite. ¡Venite que nos vamos a divertir a lo grande! ¡Venite que la rompemos! Rick es una persona fantástica. Pero, ay, creo que. ¡José Geraldo! dejate de mariconear, ¿lloriquear por ese paisucho de mierda?, los pobres conformistas, elite tramposa, corrupción, politiquería, bandidaje, malparidos, puterío... ¡Ah, no!, ¡basta!, que sea lo que dios quiera...

El de saco y corbata cerró el libro y los ojos, ¿qué estará leyendo?

58. Malabares

Dicen que en Italia los hombres no pueden ver una mujer sola que enseguida se acercan, gentiles, a ver si estás necesitando algo, si pueden ayudar, caballeros, basta que te sientes en el banco de una plaza que aparecen, solícitos, porque son así, bonitos, ojos verdes, morenos, cabello negro, fuertes, altos, basta ver la selección italiana, y educadísimos, tratan a la mujer con la máxima atención, y no se preocupan por si es bonita o fea, gorda o flaca, blanca o negra, la quieren cuidar, porque saben que la mujer necesita cuidados y atención. Claro, nunca estuve en Italia, que es un país alejado, en Europa, quien me explicó eso fue un señor con el que salí una vez, él me escogió de un book que la agencia tenía en un apart en la calle São Carlos do Pinhal, yo era una niña todavía, tenía unos dieciséis, diecisiete años, pero un cuerpo de veintinueve y documentos falsos, fui a su cuarto, me pidió que me bañara, me dio champú importado, jabón inglés, perfume francés, me llevó al Shopping Iguatemi, me dijo que eligiera ropa muy buena, de señora, y lencería y zapatos, y desfiló conmigo, sin vergüenza, hasta Jacques & Janine, y volvimos cargados de bolsas de marca para el apart y, mientras yo me cambiaba, él hablaba sobre Italia y se iba vistiendo con un traje Versace. Tomamos un taxi y fuimos hasta un cóctel en Moema, seguridad en la puerta, alfombra roja en la entrada, nunca vi tanta gente importante en mi vida, ¡qué ropas!, ¡qué aroma!, soñado, de cuento de hadas, había políticos, gente de la televisión, periodistas, y él pegado a mí todo el tiempo, presentándose, Patricia, esta es fulana de tal, Patricia, este

es mengano, no sé por qué me bautizó así, Patricia, y, cuando estábamos a solas, me susurraba, sos linda, Patricia, qué linda que sos, dios mío, hasta logró convencerme, en aquel instante me sentí la mujer más linda que jamás existió, allá, por las tantas, salimos y fuimos a un restaurante en Jardins, una vez pasé por enfrente, sólo para decirle a una amiga que yo ya había comido allí, claro que ella no me creyó, pero me acuerdo hasta hoy, Antiquarius, en la calle Oscar Freire, muy chic, carísimo, él se sentó, pidió una cazuela de bacalao, una cosa maravillosa, y vino, ¡hay, qué vino!, pero tomamos poco, porque de entrada fue la única cosa que pidió, que yo bebiese poco, que solo lo acompañase a él, y mientras yo masticaba unos altramuces, puso su mano en la mía y me dijo, mirándome a los ojos, hacé de cuenta que sos mi mujer, que estás enamorada de mí, que soy la cosa más importante de tu vida, lo que no fue difícil, porque él era tan genial, tan bueno, pasamos así toda la comida, como si fuésemos, qué sé yo, padre e hija, marido y mujer, pero nunca como si él me estuviese pagando para salir. En la vereda, él me preguntó adónde quería ir, yo me sorprendí, no vas a querer, iba a decir, ¿coger conmigo?, yo no podía hablar así con él, pero me entendió, me dijo así, bajando la mirada, no, no, decime dónde querés que te deje, llamó un taxi, pensé, todavía era temprano, cerca de la una de la madrugada, daba para conseguir otro cliente, ¿y la ropa?, me acordé, son tuyas, él dijo, ¿mías?, bueno, ¿dónde querés que te deje?, insistió, me dio pena, no podía dejarlo simplemente allí, a aquella hora, y salir con otro tipo, aquella noche por lo menos no, entonces le dije que quería ir a mi casa, se sorprendió, ¿ir a tu casa?, ¿no querés salir?, ¿divertirte con amigos?, sos tan joven, tan, tan linda, yo murmuré ¿amigos?, no, no, quiero ir a casa, entonces le pidió un taxi al de seguridad, me puso unos billetes en la mano un poco incómodo, ni los conté, aunque después vi

que era exactamente lo que habíamos combinado, él abrió la puerta del auto, me ayudó a subir, como a una dama, dio la dirección al chofer, besó mi mano, se quedó saludando, me quedé mirando hacía atrás hasta que desapareció en la oscuridad de la calle. No lo vi nunca más. Y siempre que me pasa algo feo, cuando me joden, como ahora, por ejemplo, que este hijo de puta me trajo a un hotel y quiere porque sí que esté con él y con sus dos amigos a la vez, pija en boca, pija en la concha, pija en el culo, ¿qué se creen que soy, dios mío?, si no hago lo que ellos mandan me van a cagar a trompadas, ya están sacados, jalaron cocaína y tomaron whisky, el hijo de puta me dio una piña en la cara, me partió el labio, ahora no queda otra, me van a robar, y siempre que pasa una cosa así recuerdo aquel día, el Shopping Iguatemi, el cóctel en Moe-ma, el restaurante en la calle Oscar Freire, donde probablemente estos putos nunca entraron, nunca entraron ni nunca van a entrar, nunca van a entrar...

59. Nocaut

El último cross de derecha lo empujó hacia las cuerdas. Zonzo, el implacable adversario, la mariposa de la corbata del juez, las camisas multicolores amuchadas alrededor del ring, el público ululando de pie en las tribunas, todo se movió, una grasa escurriéndose de la nariz, el guante anexado en las manos descoyuntadas, todo rodando, no había tomado nada desde el mediodía, cuando almorzó en un bar de la calle Sete de Abril, y el estómago y las piernas ahora se lo recordaban, la cabeza hueca, los brazos náufragos,

sí,

no había venido de Río de Janeiro para ganar la pelea, el acuerdo, desafiar y perder, garantizar el cinturón de campeón

brasileño de peso medio desplegado en el pectoral del adversario, embolsaría algo, alguna suma, dos meses de compras en el supermercado, desempleado, la familia refugiada de favor en la casa de un cuñado en Campo Grande, en la hora justa el llamado de Antenor, la ventana del ómnibus de Itapemirim estrellas alineadas en el techo de la caverna nocturna, desayuno –pan tostado y cortado– en la terminal de Tietê, almuerzo –bife a la plancha, arroz y puré de papas– en el centro, en la líquida tarde azul vagabundeo, sin destino, sin rumbo –banditas de chicos, traficantes, policías, trajeados, miserables– arrastrando su ansiedad por calles que huelen a meo, mortificado por la salud de la mujer, de los hijos

tonto, rodillas endebles

la vista nublada, los músculos y los huesos desparramados, ¡finalmente!, el sudor le pega el rostro al piso verde liso áspero, hambre, quería que aquello acabase ya, el estadio vacío, los reflectores apagados, bañarse, comer algo, roncar en la butaca reclinable en el regreso a Río, los hijos, ¿cómo te fue papá?, él, sin gracia, esta vez no pudo ser, tengo que entrenarme un poco más, y llenaría un carrito de supermercado, tonterías para los chicos, yogurt, chicles, bombones, si se descuidase hasta le regalaría a su esposa un litro de Martini, a ella le gusta mucho, nunca toma, y para el cuñado un Natu Nobilis, una caja de cerveza en lata, se lo merece. Después, a la busca de empleo,

ay

el brazo del adversario levantado frente a todo el estadio, se abrazan, desciende rápidamente, Antenor le dijo, tomá una ducha, voy a buscar el dinero, y él le preguntó al muchacho que cuidaba la puerta del vestuario, compañero, ¿dónde encuentro una comida rápida a esta hora?

60. Celos

Uno de los grandes problemas que afligen la vida de la pareja son los celos. Para eliminar totalmente este mal, que provoca peleas inútiles comprometiendo la unión, se debe hacer lo siguiente: un jueves compre un perfume de su preferencia. Bendígalo contra los celos, haciendo una señal de la cruz por encima de la tapa. Entregue el frasco de regalo a la persona celosa, diciendo que le gusta el aroma y que por eso quiere que ella lo use. A medida que el líquido se vaya acabando también se acabarán los celos.

61. Noche

En mi camino, la niña, apuesto que ni quince años todavía. El cabello estirado hena, cola de caballo planchada, gomita roja. Vestidito blanco, limpiísimo, pequeñas flores en relieve bordadas, a la altura del pecho. Los pies, sandalias de plástico transparente, con tiras trenzadas, linda sonrisa blanca. ¿Ya comiste?, pregunto. Ella esconde los ojos negros, aletean los dientes, el cuerpito se arquea. No responde. Enciendiendo un cigarrillo, tomo el café, empujo la taza. ¿Cuánto?, pregunto. Ella dice, vivaz. Vení, vamos a comer algo, digo, y me doy vuelta. Entro al quiosco que vende diarios, me detengo en las publicaciones extranjeras, salgo, noche fría, autos se deslizan sobre el asfalto de la Avenida Paulista, lado a lado, ¿Cómo te llamás?, Marina, ¿Y vos?, Humberto, entramos a Habib's, ¿Te gusta?, en silencio nos sentamos, Comé, digo, lo que quieras. Ella devora kepes (dos), brochettes (dos), sándwich (uno), pizza (tres pedazos). Espío por sobre las páginas del Estado de São Paulo: ella come, estúpidamente, metafísicamente. Pago la cuenta, en la puerta me despido, ella indaga.

¿Y los caramelos? ¿No querés?, No, digo, enciendo otro cigarro, Andá a tu casa, andá, ella esconde nuevamente los ojos negros, nos despedimos. Ella camina niña por la vereda de piedras portuguesas. Al cruzarse con el primer peatón lo intercepta, el hombre tiene apuro, se sorprende, asustado. Aborda ahora a un matrimonio, la joven saca conversación, se arrodilla, aplasto el cigarrillo contra el piso, aspiro el aire de la noche, camino bajo los carteles de los comercios, mendigos borrachos se protegen con cajas de cartón, perros flacos destrozan bolsas de basura, choferes de taxi jugando con unos palitos de fósforos en un lugar improvisado, una mujer ofrece incienso de la India, el bebé durmiendo sobre el banco, autos que pasan, el subte cerrado, colectivos vacíos, un auto de la policía sirena disparada, ¿dónde está Marina?, no se le va a pasar nunca este malestar, nunca esa sensación de inutilidad, ¡Marina!, ¡Marina!, y sigo susurrando respirando el sofocante aliento de la nafta.

62. La última vez

No me acuerdo más por qué no nos entendimos la última vez, pero tomé mis cosas

(yo tenía un bolso de cuero preparado, camisas, pantalones, calzoncillos, medias, cepillo de dientes, dentífrico, hilo dental, toalla, jabón, desodorante, afeitadora descartable, espuma, en fin, todo lo que un hombre necesita para vivir solo por un tiempo... o la vida...)

y me subí a un taxi. Cuando avisté el primer hotel más o menos decente —y más o menos barato— (no, no es verdad, yo ya había visitado aquel hotel en otras ocasiones, siempre creí que iba a necesitar un lugar para pasar aunque fuese un fin de semana lejos de todo)

me instalé en un cuarto, ¿te acordás?
viernes a la noche, Hotel Amazonas, avenida
Vieira de Carvalho, allá abajo, ruido
un restaurante italiano
otro, comida rápida árabe,
autos,
colectivos,
allá abajo
en las calles transversales,
yo sabía de las prostitutas
de los chicos fumando crack,
de los rateritos,
yo conocía la noche
y me eché, pero no era alivio lo que sentía, ni
remordimiento, era no sé qué, nostalgia, tal vez,
iba a sentir la falta de los chicos, pijamas amontonados co-
rriendo, transpirados, en el minúsculo comedor del departa-
mento ridículamente pequeño en que vivíamos y que vos te la
pasabas criticando, diciendo que teníamos que salir de allí
teníamos que salir de allí
salir de allí,
y yo coincidiendo con vos, me mataba trabajando en la em-
presa, pero siempre rojo en el banco, financiándonos con el
descubierto, la tarjeta de crédito
los chicos presos en el departamento ridículamente pequeño
en que vivíamos durante los fines de semana el sol explotan-
do en la pantalla de la televisión encendida,
y nosotros culpando
a la vida estresante que se lleva en San Pablo
a nuestra incompetencia para vivir en un régimen de
[competencia
a los chicos
a la herencia genética de nuestros padres

yo
vos
y nuestras peleas fenomenales
la fiesta de cumpleaños de un año de Sandra
el asado en la Parrilla Boi na Lenha
la fiesta del jardín de Fabíola
el fin de semana largo en San Pedro
la película de Woody Allen que vos no querías ver
la película con Harrison Ford que yo no quería ver
tus amigas
mis amigos

(al final descubrí una paradoja:
la intimidad mejora la relación
la intimidad empeora la relación)

yo no sería feliz (o tan feliz) si no pudiera recordar
su cuerpo desnudo
sus senos
sus muslos
su cola

yo no sería infeliz (o tan infeliz)
la intimidad es la muerte de la relación
(viste cómo me cuesta hablar... ¿casamiento?)
la intimidad es la muerte de la relación:
yo no me tiraría un pedo frente a otra mujer
yo no confesaría mi olor a patas
mis sabañones
mi mal aliento
mi mal humor
mis taras
a una mujer de la que estuviese enamorado

Mi dios, ¡y pensar que eso ya pasó hace diez años! ¡Diez años!

63. Nuestro encuentro

Paulo Sérgio Módena, su criado. Paulistano de Brás, 38 años (la gente me da mucho menos, no sé si por cinismo o sadismo, aunque los exámenes de sangre ya llamen la atención sobre el nivel de colesterol y de los triglicidos), ni rico, ni pobre –clase media– y puedo, si quisiera, o si fuera importante, entregar mi declaración de ganancias y dejar que quiebren mi sigilo bancario, fiscal y telefónico, nada que temer, todavía más después de nueve cervezas. El auto es siempre viejo, en promedio tres años. Departamentito en Perdizes (para compra; para venta es Pompeia), todavía pagando el crédito en la Caja Económica Federal, saldo final vigoroso, infinito. Solterísimo, o sea, por el momento, ya que, casado, hijo amargo adolescente, por lo tanto, problemático, de esos que andan de negro, piercing en el culo, rock pauleria, zapatillas inmundas, adrenalina, videojuegos, jerga, kung fu, revuelta, todas esas idioteces. Pensión, pago al día, responsable por la cuota del colegio más mensualidad, de modo que aun queriendo no podría casarme de nuevo; no sobra un puto peso. Por eso, a las mujeres les ofrezco sólo una buena charla y una cogida honesta; relación costo-beneficio ok. La ex no jode, no ayuda: en la de ella. Casada de nuevo, hombre piola, ingeniero mecánico, atiende el teléfono educado, aunque, desconfiado, tonterías, yo y la madre de Guilherme hoy nos detestamos civilizadamente.

Pero, no son mis miserias las que quiero exponer y sí la de los amigos de esta mesa, diez y media de la noche, cubiertos, celulares, voces, colectivos, autos, “música tecno”, luces, humo de cigarrillos, olor a frituras, a cerveza, a sudor. Cuatro años viéndonos aquí. Antes, direcciones varias, y podría discurrir sociológicamente sobre cada una de ellas –las idas y venidas de la clase media brasileña en los últimos quince

años— pero ahorro al lector esa paja. En ese período fuimos esnobs —¡ah, la plaza Villaboim!—; populistas —¡ah, la pierna de cordero de Kinzle!, un restaurante cerca de Palmeiras—; excéntricos —¡ah, la ensalada de repollo del Bar de las Putas! Ahora, vivimos un, digámoslo así, precario equilibrio: la madurez. Ya no hay edad para transformarse en inéditos cantores y compositores en el Café París; ya no hay dinero para pagar el resumen de la tarjeta de crédito después de un mes en el All of the Jazz. Entonces, cerveza y picada en el Galinheiro Grill: señal de los tiempos.

Pero, no es sobre eso todavía. Si preguntaran porqué nuestra reunión anual cae los 9 de mayo, respondería ¿quién va? Entretanto, el día fue escogido a dedo, dieciséis años atrás. Y quedé encargado de contactar al grupo, una banda que en un determinado momento (final de la dictadura) militaba en política estudiantil, gente de variada procedencia intelectual y social, que, por motivos diversos, se movilizó en torno a la amnistía a los presos políticos y se recicló en la campaña de Directas ya.

El grupo inicial —que se reencontró en la megamanifestación del Valle de Anhanbaú—: yo, Paula Meirelles, Chico Almeida, Ana Beatriz y Rodolfo. Al año siguiente nos reunimos más de veinte, entre amigos de la época de la universidad, mujeres, maridos y agregados (conocidos, novios, novias, hijos). Dos años después ya nos redujimos a los del comienzo, menos Chico Almeida, cuyo auto se enterró bajo un camión en la ruta Régis Bittencourt, camino al festival de teatro de Curitiba. Ahí, Paula insistió. En el cuarto encuentro, el “pacto de sangre”. Hoy, no tememos más la ausencia de nadie. Año tras año, el tiempo se come casamientos, falsas amistades, hijos poco comprensivos. Nos sobran las viejas referencias, la sólida tierra firme del antiguo compañerismo, aquellos que nos vieron sin nada, que un día desarmaron

nuestra historia, que saben de nuestro dolor, de nuestra soledad, de nuestra desesperación. Quien está en la mesa es la fina flor de “nuestro tiempo”, los mosqueteros del rey y, ya que me voy emborrachando, paso a presentarlos, con amor y sordidez, como diría el viejo y buen J.D. Salinger.

PAULA MEIRELLES – A mi derecha, abogada relativamente exitosa, cuarenta y tres años, aunque medio envejecida. Tu-
vimos una aventura al comienzo de los tiempos. Nos reen-
contramos en las Directas ya, ella casada, yo también, el
marido dueño de un estudio de abogados importante, no
recuerdo quién ahora, un tipo superfamoso, apellido tur-
co, ella enomoradísima... hasta que él la cambió por una
alumna. Fue el único año que no apareció, 1995. En el en-
cuentro de 1996, como si se hubiese roto una represa, re-
surgió envejecida, gordura acumulada, caderas, patas de ga-
llo garrapateadas alrededor de los ojos castaños, cigarrillo
y cerveza. Se había quedado casi sin nada, porque, casada,
había dejado su carrera para dedicarse a los hijos. Cuando
el marido, subrepticamente, comenzó con un proceso de
separación judicial, se dio cuenta de la encrucijada. La sal-
vó la fidelidad de los chicos, ambos muy juiciosos. El año
pasado, al más grande le conocimos la cara, rostro plagado
de granos, prolijo, educado, parecía el guardaespaldas de la
madre, tímidamente saludó a todo el mundo y desapareció.
A la hora de partir, lo llamó, desde el celular, y veinte mi-
nutos bastaron para que un auto bocine desde la calle. La
envidié. Mi hijo es un ser prehistórico que me odia a mí y
a su madre. Tiene como mayor cualidad la buena onda. Me
casaría con ella, tal vez, en el pasado, no ahora. La gente se
curte, es la persona más interesante del grupo. Una de las
pocas mujeres con buen humor que conozco.

ANA BEATRIZ – Periodista. En todo, inconstante. Neurótica, se come las uñas aunque esté relajada. Se siente fea aunque no lo sea. Edad indefinida (para los otros porque yo ya le vi el documento, una vez la llevé a la casa, borracha, la arrastré hasta la puerta del departamento, en Aclimação, abrí su cartera, explotaron llaves, tres manojos distintos, polvo compacto, lápices, rouge, hebillas de pelo, lapicera, billete vencido de la lotería federal, una caja de forros, billetera, portadocumentos, libreta de Unimed, una barra de chocolate, una medallita de un santo que no conseguí identificar –nunca fui bueno en identificar santos–, caramelos, una agenda y vi, treinta y siete años tiene, pero aparenta menos. Podría, por ejemplo, pasar por una de treinta, cuando llega a la reunión –o por cuarenta y cinco, cuando se va hediendo a cigarrillo y a alcohol, cabellos desgreñados, ojos manchados de rimel y delineador, saltones, esa risa extraña (Rodolfo diagnosticó histeria). Se considera una infeliz, nunca se casó, aunque tenga una hija, “producción independiente”, que nunca vivió con ella, criada por los padres en Jundiaí, me da pena. A veces siento ganas de cogérmela, pero entonces pienso en el trabajo que sería, ella va a querer algo más serio, se agarra a cualquier cosa para no quedarse sola, cuando la madrugada viene llegando se desespera, vacía cervezas y más cervezas, y borracha se le tira encima al que esté al lado en la mesa, hoy es Márcio, ella ya comenzó a abrazarlo, el idiota se baba.

RODOLFO – Psicoanalista (freudiano, está bien que se diga), formado en Psicología en la PUC. Es un ser angustiado, fumador inveterado, lector voraz, culto, sofisticado, eximio conocedor de vinos (con acento portugués es su especialidad), varios artículos publicados en revistas especializadas y en libros, su fuerte son los problemas de adolescencia. Casado tres veces, no tuvo suerte. Conocí a dos de las tres mujeres, a

la primera no. Con Mariana, la del medio, tuvo una hija, que según me dice, es problemática, viven en los Estados Unidos, vive de él, ya pidió varias revisiones de pensión alimenticia, lo llevó más de una vez a la Justicia, no puede ni escuchar decir su nombre. (Una vez recorriendo los estantes de la FNAC en busca de cierto libro, se encontró en brazos de una rubia que buscaba el mismo título. Se rieron, tomaron cada uno un ejemplar, descendieron hasta el cibercafé y cuando se sentaron dijo, Rodolfo, psicoanalista, ella, Mariana, psicoanalista, él se atoró con el pan de queso, tosió, derramó el café con leche en sus pantalones. Después, analizando la escena, rompió la tarjeta que ella gentilmente le había dado). La tercera mujer, que es la actual, no sé, hace la maestría en Educación en la USP, nariz empinada, cabellos negros lisos como aquellos a los que no les gusta bañarse, la mirada enojada que cierta juventud posee, como a la captura de culpables por un crimen que no se sabe bien todavía en qué consiste. Rodolfo se traba en una lucha sin gloria contra la caspa.

PIERRE – Asiduo hace años, es un médico fracasado, de estos que trabajan en el servicio público, corre de un puesto de atención al otro, casado con Linda, que de linda, pobre, solo tiene el nombre. Lo conocemos desde que era estudiante, presidente del Centro Académico de Medicina. Tímido, reservado, nunca entendí cómo se metió en política, que, además, para él es vital. Continúa ardoroso comunista, del partido, fan de João Amazonas. Es uno de los raros que no se acomodó. Tan radical que ni se sienta cerca de Márcio. Llegó hasta rechazar un disco de música albanesa (que Márcio dice haber comprado en Tirana, pero es mentira, después confesó que dijo eso solo para vengarse, pero el tiro le salió por la culata, Pierre quedó embroncado, se sintió humillado, cortó relaciones con él). Siempre está sin dinero y al momento de

pagar la cuenta se va al baño, con la esperanza de que cuando regrese alguien haya pagado su parte. Tiene tres hijos, todos con la cara de ardilla de la madre, están armando una sede del PC do B en la casa. Linda tiene los pies más en la tierra. Como todas las mujeres, se preocupa por lo que les va a dar de comer a los hijos mañana, mientras Pierre anda de acá para allá con su eterna carpeta de cartulina bajo el brazo, llena de recortes de diario mostrando la corrupción de la Intendencia, de la Provincia, del Gobierno nacional. Y después que se pasa de la medida de alcohol –es flojo, ya por la cuarta cerveza está así– se vuelve un pesado, hace discursos, se enrosca hecho un tatú-bolita y, en su búnker de silencio, nos fusila a todos. Uno a uno.

MÁRCIO – No sé su apellido. No pertenece al grupo inicial. Es un agregado. Quien lo trajo fue Angélica (¡bellos pechos!), del grupo de Chico Almeida. Un día apareció con Márcio auestas. Al año siguiente sólo él volvió. Ana Beatriz dice que se casó superbien, no quiere perder más tiempo en conversaciones sin sentido. Márcio es un pedante. Profesión indefinida. Desde que vino por primera vez vi que decía que hacía varias cosas diferentes. Rodolfo cree que es un rufián. Paula dice que se las rebusca con autos usados. No sé. Es sospechoso. En otras épocas seguramente se diría que era un infiltrado. Está siempre de buen humor, cuenta chistes sucios y de salón (sabe contarlos muy bien, el infeliz, principalmente los chistes de portugueses y de loros) y estos se tornan más sucios a medida que se pone más borracho. Tiene dinero. Fue a Europa varias veces (dice él) y trata de engancharse a todas las mujeres a su alcance. Ya salió con Ana Beatriz (seguro) y ya intentó salir de todas las maneras posibles con Paula, pero ella es puta vieja, conoce al tipo. Siempre trae un mimo para uno y otro (“Estuve en París, traje un vinito...”. Hasta a mí

me trajo un souvenir (un ladrillo blanco y azul protegido por un fondo de corcho, una escena de Lisboa, ¡haceme el favor!). Yo sólo quería saber cuál es su profesión. Habla sobre el golpe como si tal cosa, pero ¿dónde estaba en la época de la dictadura? Es un reaccionario. Debe ser un votante de la derecha. Me estoy poniendo viejo... Antes, un crápula de esos sería tratado con ironía y sarcasmo... Hoy lo aceptamos... como es... ¡¡¡Fijate vos!!!

MARÍLIA – Cursamos al mismo tiempo la carrera de Letras. Estudió con dificultades. El padre, tornero mecánico, la madre lavandera. Familia enorme, siete hermanos, todos amuchados en una casita en Jardim São Norberto, en São Bernardo do Campo. Ella estudiaba con lo que ganaba dando clases en varios colegios privados, no tenía dinero ni para comprar los libros, que conseguía en la biblioteca de la USP o en la Mário de Andrade. Se casó con un hombre tosco, fresador, buena pinta que ella juzgaba poder “salvar” de la ignorancia. Pero las diferencias intelectuales fueron más fuertes. Ella quería ser independiente, él, una mujer que cuidase de los hijos, de la casa. Los desencuentros pasaron de las discusiones a la agresión física. Ella fue a la comisaría de la mujer, pero le daba pena. Él comenzó a tomar, y ella percibió que lo estaba arruinando, que la única cosa decente que podía hacer era terminar con el matrimonio, lo que ocurrió tres años después, cargando una hija, con una mano atrás y otra adelante, todo por construir. A duras penas estudió francés, ingresó a una maestría y rápidamente concursó y ganó una beca para un doctorado en Teoría Literaria en la Universidad de París III. Volvió, se recompuso, está feliz ahora. Publicó hace unos tres años una compilación de cuentos, fuimos al lanzamiento en Librería Cultura, el libro es flojo, pero ella está dando clases en varias facultades,

gana bien, la hija encaminada. Es una amiga leal, fiel y conciliadora, risueña, pero que en el pasado guarda un marido que terminó loco de borracho por los bares más sucios de la periferia de São Bernardo.

En estos quince años tuvimos tres bajas (además de la muerte de Chico Almeida, camino a Curitiba):

OSVALDÃO – Volvió definitivamente a Belo Horizonte, llevándose a su mujer y sus dos hijos. No aguantó el ritmo de San Pablo, vendió todo. De vez en cuando llama, quejándose de la vida. Parece que uno de los hijos tiene problemas con las drogas.

SILVEIRA – Se suicidó hace tres años. Estaba en la ruina. Todos los negocios que armó no funcionaron: restaurante, editorial, videoclub, local de productos esotéricos. Era soltero y tenía problemas con su sexualidad.

LINCOLN – Murió asesinado en un asalto en su chalet en Vila Romana.

64. Embalaje

“Están esos embalajes de madera que amontonamos para embarcar mañana tempranito. Yo estaba quietito en mi rincón, oyendo la radio a pilas, en la madrugada es agradable, me quedo oyendo música *caipira*, me hace acordar a mi tierra, gallina picoteando en el terreno, gallo rascando el piso con las uñas largas, ganado mugiendo, cuando oí un estruendo, parecía una caja de luz explotando, ¡bum!, estaba oscuro, bien oscuro, no vi nada, solo oí el estruendo, y ahí hice lo

que me mandaron a hacer cuando ocurriese algo raro, cuando viese algo extraño... ”.

“Veníamos llegando de Perus, de la casa de un compadre nuestro, vinimos caminando, porque ya no había más bondis, vinimos caminando y charlando, ¿tás ahí?, entonces vimos ese montón de cajones apilados, no podíamos creerlo, entonces Esqueleto dijo, ¿vamos a cargarlos?, entonces Ziquinha dijo, vamos nada, va a ser un desastre, pero entonces Esqueleto y Ratinho ya estaban corriendo en dirección a los cajones, Esqueleto dio una patada voladora en la pila, se balancearon pero no la derrumbó, entonces Ratinho golpeó y empujó con fuerza, un estruendo del carajo, ¡bum!, en ese momento fue divertido, entonces no vi más nada, sólo a Ratinho caído, a Ziquinha caído, creí que era una cargada de ellos, pero salí corriendo detrás de Esqueleto, por el estruendo que hizo creí que iba a ser la mayor cagada, entonces después fui sabiendo que Ratinho había palmado, la mierda de la bala fue a clavar-se bien en su ojo, y que Ziquinha taba aquí en el hospital, en la UTI, hecho mierda, entonces lo vine a ver, no sé más nada no señor, no sé...”

65. En la punta del dedo (3)

ARETA GATÍSIMA – Deliciosa, hago de todo, con accesorios, sexo total.

ARLETE RUBIA – Fogosa, pechos grandes, reina en el anal y en la turca. Atiende lesbianas, hombres y mujeres.

ASTRID GAUCHA – Rubia escultural, mañera, zafada, completa. Él/ella/parejas.

BABALU 19 AÑOS – Rubia, ojos verdes, liberada, completa, anal, oral, vaginal, sesenta y nueve, activa, pasiva.

BAHIANITA – Fogosa, todas las poses, anal, totalmente seguro.

BELLA TRAVESTI – Activa, pasiva, lugar limpio, discreto, con portero eléctrico.

BIA MINERA + AMIGA – Ardientes, huracanes en todas las poses.

COWBOY Y BOB – 23 años, nivel superior, 1,75 m/1,83 m, altos, rubio/moreno, sólo ellas.

CÉSAR – Para mujeres y parejas. Venga a realizar sus fantasías. Sigilo y discreción.

MADURA SEXY – Negra, bonita, atiendo en mi domicilio.

MADURA CASADA 38 AÑOS – Rubia, pechos grandes, hago oral completo y anal, juegos con aparatos.

MADURA DISCRETA – Liberada, insaciable, realiza tus fantasías con aparatos, disfraces, masajes eróticos, lesbianas, hombres, mujeres.

DANY – ¿Él? ¿Ella? Vení a experimentar los placeres y misterios del sexo total. Atiende a domicilio.

66. Calle

Está de nuevo allá, en la esquina de la calle Bela Cintra con Alameda Jaú, en la vereda, de pie, los ojos fijos en dos pequeñas ventanas escasamente iluminadas, inclinadas, un bloque ciego encima del último piso del edificio antiguo, art nouveau, escondidas entre el tanque de agua y la terraza. La noche descansa en las copas de los árboles, un frío húmedo se insinúa por sobre el asfalto irregular.

Está de nuevo allá, la misma barba sucia, pelos blancos y negros entrelazados, migas de pan y granos de arroz, la camisa de algodón agujereada, color indefinido, pantalón de jean ajustado con un pedazo de cuerda, zapatos deshechos, una bolsa de papel de boutique agarrada con la mano izquierda, uñas negras.

No le gustan los recuerdos. Anda por las calles como en un laberinto. En todas se sorprende y es sorprendido. ¿Para qué sirve rememorar? Tiempos... Espacios... Nada... La memoria no reconstruye el pasado... reaviva dolores apenas... Lo que hicimos... Lo que no... La desgracia es que la cabeza... Lentamente, arrastra las piernas con varices ladera arriba... lentamente... muy lentamente... el portero del edificio desconfiado... el joven de la panadería, fierro para bajar las

persianas metálicas en la mano, lo observa... ahuyentó a un perro callejero que insistía en oler el piso, la patada dio en las costillas magras... Y, sí, azar, un morador antiguo del edificio... nunca se sabe... la vergüenza.

El bebé saltó al regazo de la abuela, desapareció en Itapecerica da Serra. Lindo, risueño, rosado, enorme. ¡Un Vicentini!, la suegra, desatada, gritaba en los pasillos de la maternidad, ¡Un Vicentini! Vinieron del norte de Paraná, pequeños sitiadores arruinados por las heladas, para ser campesinos en la región de Avaré. Cansado, el suegro probó en la Capital y consiguió un puesto de encargado en el edificio que avistaba ahora. Ahorrativo, juntó dinero y adquirió la casa donde debe residir hasta hoy en Itapecerica da Serra. Se jubiló, hoy podría estar viviendo allí, renunció, mientras tanto, para alojar al yerno, casamiento marcado y un pobre empleo en una fábrica de tinta, por lo menos tendrían un techo, una zona excelente, bien en el medio de San Pablo, bien práctico, y salario decente, ahorrando podrían comprar una casita para arreglarse cuando fuesen más viejos, sin depender de los hijos. El síndico aceptó la indicación, aunque se lamentase, y con el dinero del fondo de despido el yerno compró muebles, ajuar, dio una fiesta, festejada por la parentela.

Desde que pisó en los paralelepípedos de la portería, no dejó más el oficio, dedicándose al edificio todas las estaciones del día, deseoso de eclipsar la justa fama del suegro. Habilidades no le faltaban y se ausentaban en el suegro otros conocimientos que aquellos aprendidos empujando la asada en la siembra, cosas que no tuvo tiempo ni cabeza para aprender, como leer y escribir, que el yerno dominaba apenas para subir al púlpito los domingos en la Casa de la Bendición, que todos frecuentaban, y que el suegro silabeaba y garabateaba, resquicios de nocturnas tentativas de domar de la mano tosca, requisito para el título de elector.

Ni eso, sin embargo, había molestado en la crianza de los tres hijos, todos creyentes también en la gracia de Dios, uno de ellos inclusive pastor en el ministerio, ahora esforzándose en Mozambique; la más grande, casada con un hermano de la iglesia, asentada en Francisco Morato; la menor, criada allí, querida por todos, algunos crecieron al mismo tiempo que ella, las madrugadas inclinadas sobre la ventana, la cabeza muy rubia empujando la cortina, allá abajo, en el espacio para juegos, los chicos subiendo y bajando por el pasamanos, meciéndose en las hamacas, yendo y viniendo en la calesita, sudando en el patio, el voley, el básquet, el fútbol de salón, la mancha, triciclos, bicicletas, jugando a las escondidas. No se mezclaba con las chicas en el ascensor, ropas de marca, de vez en cuando sobraban algunas, intentaba meterse dentro de ellas, sin embargo, demasiado grande, gorda, roja, pecosa, una campesina italiana. En la adolescencia descubrió a los chicos, pero ellos estaban interesados en otras que las de su origen. Las noches apoyadas en la ventana, la cabeza rubísima esperando el viento helado, allá abajo en la zona de los juegos, chicos y chicas grillos rojos ardientes en la oscuridad en los rincones oscuros del patio agarrados a los silencios en los recovecos del hall.

Cuando conoció al futuro marido, en un culto dominical en la Casa de la Bendición, no tenía ninguna ilusión, una joven vieja de frágiles felicidades. Y así fue, la fiesta de casamiento, la mudanza –se extrañó: el mismo espacio de siempre no era el mismo espacio de siempre, pero eso sólo le ocupó pocas horas, el embarazo, para honra y gloria del Señor, la atropelló y el vómito y los mareos y las piernas hinchadas y el malhumor y la tristeza y la alegría barrieron sus preocupaciones. La dificultad era subir los dos tramos de la escalera, siete escalones cada uno, del ascensor del último piso hasta el departamento, la barriga enorme y la falta de aire, el ardor amarrado a la espalda, atado a las piernas.

Había noches, el demonio, que el marido aferrado a cualquier problema en la portería, vagaba con el pensamiento, en la nada que representaba, vestida de silencio, ¿dónde estaban las chicas y los chicos del edificio?, importantes muchachas y muchachos, mascaba sus dudas, el demonio, nada ¿qué era?, nada, observando las luces de los helicópteros volando a lo largo, nada, Daniel lindo, risueño, rosado, enorme, respirando agitado en la cuna, el chupete caído sobre el costado de la boca, el ruido del tránsito abajo, el tufo a nafta quemada, Daniel, ¿qué será de Daniel?, pensaba a veces, el demonio, si por casualidad la mano de Dios, si la mano de Dios por casualidad, por casualidad si la mano de Dios.

Vino entonces la explosión, su cabeza caleidoscopio inutilizado, fragmentos multicolores esparcidos por el piso del comedor, de la cocina, del baño, insoportable el dolor, hay una rata, apuntaba a la nuca, una rata royendo los pensamientos, arañando las ideas. El doctor Porto, del décimo quinto piso, entró somnoliento en el cuarto y creyó mejor enviar a la paciente al sector de neurología del Hospital de Clínicas, vaya llevándola mientras yo llamo a un alumno mío que está de guardia hoy. La dejó en la puerta de la guardia, acomodada en una silla de ruedas, bajo los cuidados de un enfermero, la boca torcida, los ojos inyectados, salió corriendo del ascensor y los gritos del bebé se esparcían por los escalones de la escalera que llevaba al departamento. Avisó a la suegra que llamó al yerno de Francisco Morato que la buscó en Itapecerica da Serra y la llevó al hospital donde ya la encontraron muerta, aneurisma cerebral, ninguno con coraje para preguntar qué mierda de enfermedad era esa que se había cargado a la hija, la esposa, la madre, nadie con coraje, gente sin iniciativa.

El departamento vacío del llanto del bebé, de los pasos de la mujer arrastrando las pantuflas de allá para acá, de la radio prendida en la Radio Globo, de las conversaciones so-

bre nimiedades de los dos, perdió la fe en medio de ese silencio. A la noche, caminó bajo la fresca sombra de los árboles, termitas dando vueltas en medio del humo sofocante de los caños de escape de los autos, de los colectivos, de los camiones de la calle Augusta, paró en un bar, el demonio, vacía la boca de palabras, pidió una medida de cachaza, una cerveza, un paquete de cigarrillos, se arrastró escalera arriba en la madrugada, rompiendo la abstinencia jacobina de siete años, las paredes de la Casa de la Bendición derruidas.

Y a su cuerpo le gustó danzar en las llamaradas de la cachaza, de encharcarse en la vulva húmeda de la cerveza, de desaparecer en la neblina del cigarro. El Diablo lo poseyó. Durante el día distraía la tentación verificando el origen de la pérdida que enmohecía el techo del baño de la suite del décimo piso, retocando la parrilla, limpiando la piscina, lavando el piso del garaje, escuchando las quejas de la viejita del décimo primero, los chusmeríos de la señora del octavo. Las luces de los postes de la calle encendían la soledad, que, coleando por entre los muebles, agitaba el cascabel para avisar al demonio del alma quebrada que se debatía sentada en el sofá, ojos mudos en la pantalla convulsionada de la televisión, los labios reseco besando el cuello de la transparente botella de cachaza.

Pero, todo tiene un fin y el fin llega mucho más rápido cuanto más rápido es el deseo de llegar al fin.

Asustado, cayó del sofá, con las palmas de las manos se refregó los ojos dormidos, buscó la hora, once y media, la cabeza dolorida, ah, el portero, el ruido que oía, Raimundo, en la portería, nervioso, balbuceaba, Fred, del noveno, el corpulento, quiere a toda costa subir con el tal Jere, ¿se acuerda?, el liero, que el administrador prohibió, ¿recuerda?, entrar al edificio, ¿qué tengo que hacer? Tambaleante, apareció en la portería, la cabeza dolorida, dijo, Fred, el

joven no puede subir, tengo órdenes, el administrador. La voz defectuosa, los ojos saltones, Fred, ¿Qué significa esa idiotez de no dejarme entrar al edificio?, quiero ver quién me va a impedir, ni vos negro de mierda, ni aquel otro infeliz y haragán, vení acá a impedírmelo, voy a entrar, abrí esa puta puerta, si no la voy a empujar y los parto a los dos, ¡abrí, conchudo!, ¡te lo estoy ordenando! ¿Qué es lo que tengo que hacer?, ¿abro? No abras, ¿quién es ese cabrón para creer que si grita los demás se bajan los pantalones?, no tengo miedo, pendejo zafado, no le tengo miedo. ¿Ah, sí?, entonces los dos se van a joder y va a ser ahora. Fred, luchador de jiu-jítsu, empujó el portón –Raimundo trató de impedirlo, recibió una patada, se desmoronó en medio del rosedal–, caminó en dirección a la garita para destrabar el portón –trató de interceptarlo, un taco de pool en las manos–, con un golpe marcial lo arrojó lejos, apretó el botón. El grupo que se formó, amedrentado, observó pasivamente la pelea. Fred, saliendo en dirección a la calle, gritó, ¡Te voy a coger, bahiano hijo de puta, te voy a coger!

Se quedó allí, caído, de bruces, el cuerpo dolorido, el rostro revolviendo el pasto que acolchonaba su rostro, sin voluntad de nada. En la comisaría, registró una denuncia, Raimundo no fue, miedo de perder el empleo, el oficial avisó No va a prosperar, el joven es de buena familia, tiene dinero. Y ningún testimonio a su favor, ninguno.

El administrador actuó correctamente, dijo que desgraciadamente no podía hacer nada, lo entiende, liquidó sin vueltas las cuentas, le pagó un salario sin contabilizar, después me arreglo con los del consorcio, dijo, bromeando. Tomó una bolsa de papel de supermercado, metió una muda de ropa dentro, salió a la calle, y un día se dio cuenta que se había bebido todo el dinero y que la camisa blanca de tergal, en el bolso cuidadosamente bordado en azul marino Edificio Jar-

dim das Palmeiras Wilson Encargado, la había perdido en algún lugar, no se acordaba dónde.

67. Insomnio

mierda, mañana compromisos, frenos del auto, aceite, do you wanna dance?, fiesta, maria aparecida albino, rubia, cara de sueño, sol caliente, chacra, mucha arena, piedra triturada, gol, arco improvisado, grupo escolar flávia dutra, río pombo, vila teresa de baixo versus vila teresa de cima, maria rita, maria rita, anuncio en el diario, se busca a maria rita, barrio jardim, villa, campo do brasil, polvo, lodo, están alláaaaa en el campito jugando al fútbol, dinim preso, está jodido, se convirtió en ladrón, matinée de cine edgard, ¿me prestás la libreta de estudiante?, lluvia llueve, aire encharcado, creciente, guayabas, mangos, tiros de sal, murió a la orilla del río, tiro en el oído, una chica, quince años, ¿escuchaste?, ¡es un tiro!, ¡vamos!, tirada en el sillón del comedor, la sangre brotando, goteando en la alfombra, los ojos mirándome, pidiéndome, me, reloj en la pared marcando cuatro y media, la pared necesita una mano de pintura, agrietada, cambiar la lámpara del comedor, piso de madera, ¿el celular encendido?, ¿la puerta cerrada?, el río, el riacho, la cascada, un burro muerto hiede, puente de tordo, ricardo desapareció con virginia más allá del caminito de tierra, mierda, virginia era bonita, nunca me dio bola, mi padre apareció justo en el momento en que el chico me iba a chupar la poronga, bicicletas, pedazo de vidrio, mi pie lastimado, sangre, vista borrosa, puntos, brazo quebrado, quebrado realmente, caigo, jugar a la mancha en las copas de los mangos, voy a caer, voy, ¿margarina o manteca?, brazo quebrado, fútbol, pelota cruzada, isaías cabecea, resbala en el costado izquierdo, yo te amo, yo te amo, marcilio me está

cagando, me voy a derrumbar, voy a perder el empleo, ¿qué?, ¿qué?, carla voz meliflua anda atrás mío, negativo, negativo, saco el dinero del banco y compro una casa para mi madre, ella se va a poner contenta, ¿y vos?, ¿y vos?, ella me está esperando, a la hora crucial no lo consigo, ¿y si uso viagra?, el prozac me está volteando todavía más, todavía más, pan de papa, pan de canela, pan lactal, pan francés, pan de queso, pan pan, queso queso, felipe nunca más llamó, ¿habré sido buen padre?, ¿eh?, vos sos un buen tipo, super, hiper, mega, todo el mundo ya te embromó, por ahora no van a hacer nada, cuando menos lo esperarás, cortador de uñas, marilza desaparece con los alicates, sirenas, ¿policía?, ¿bomberos?, policía, alguien pasa gritando, corinthians, corinthians, coringão olé olé olé, fuegos artificiales, te van a destruir, la tasa de desempleo viene disminuyendo, en brasilia diecinueve horas, el guaraní, un tango, una samba, un bolero, radio nacional, quería mandarle a decir a reinaldo que la madre tá yendo el día 15 y que la espere en, la vecina del 43, está buena, ¿modelo?, ¿actriz?, ¿modelo y actriz?, señor luiz, señor luiz, el condominio está atrasado, cuatro meses ya y, luces desnudan la pared, la hamaca, mira la hamaca, esa hamaca viene directamente de fortaleza, el señor puede, simpatía es casi amor, submarino, si te quedás conmigo voy a hacer nevar en san pablo, los tres chanchitos, menú colgado en la pared del comedor, un lobo malo eternamente dentro de una olla en la hornalla, los ojos saltones, marcela alertó, están tramando destruirte, te van a joder, el pito del guarda de la noche, los pájaros en los árboles, el último colectivo terminó su recorrido, silencio, voces en el hueco del ascensor, risas, un auto para frente al edificio, alguien descende, se despide, el portón golpea, el auto acelera, ¿el coreano es médico?, ¿es coreano?, el administrador se está reformando el departamento, con el dinero del edificio, dicen, dicen tantas cosas, el abogado del 13 siempre trae

acompañantes, la cámara en el ascensor, no se puede pasar más la lengua sobre los dientes, ni rascarse los huevos, ni mirar con codicia a la mujer del vecino, la joven del 73, dicen, trabaja en un lugar de alta prostitución, reconoció, bajó los ojos, sin gracia, ojos verdes, muy cara, si no se iba con ella, ojos verdes, rubia de verdad, lindo cuerpo, fiesta en el edificio vecino, tecnopop, fiebre, pone la mano en mi cabeza, es, es fiebre, mejoral infantil, té de naranja, frazada, la mano acaricia el cabello, está muuuuy caliente, encaja las piernas en la espalda del padre, compra guaraná, compra galletas, compra rosa seca, compra caramelos, la cabeza descansa en las rodillas de mi hermana, el rostro sucio de lodo, la radio del auto, el CD de la joven guardia, qué vergüenza, todavía siento la falta del cigarrillo, cuando esté viejo, vuelvo a fumar, dejá, por favor, por mí, dejé, un día nos vamos a encontrar en parís, quartier latin, adiós carlton, adiós blanco y rojo, hace falta el humo entrando en los pulmones, esa sensación de placer, el leve torpor, da cáncer, apesta el cuerpo, los poros, la ropa, la boca, dejá, te estoy cargando, te van a destruir, te van a joder, mi tío voy a acabar con el asma de ese chico me tiró en el agua fría del río pomba, salí rojo, temblando, yo te amo, parís, te están cagando, tecnopop, el pito del guardia de la noche, las

68. Menú

CÓCTEL

Miniquiche de tomates secos y zuchinis

Damasco con queso gruyère y nueces

Empanadita china

Cigarro de paté de hígado

Hojaldre de palmito

ENTRADA

Ensalada de espárragos fresca con medallón de langostas y
endivias

Papa rústica con aceite y hierbas

Paté sobre hojaldre y salsa de peras

Torta de shitakes y alcaparras

Salmón ahumado con panqueque

Huevas de salmón

Sopa francesa helada de puerro

Salmón con salsa de berro y maracuyá

PLATO PRINCIPAL

Risotto de endibia con jamón cruzeiro

POSTRE

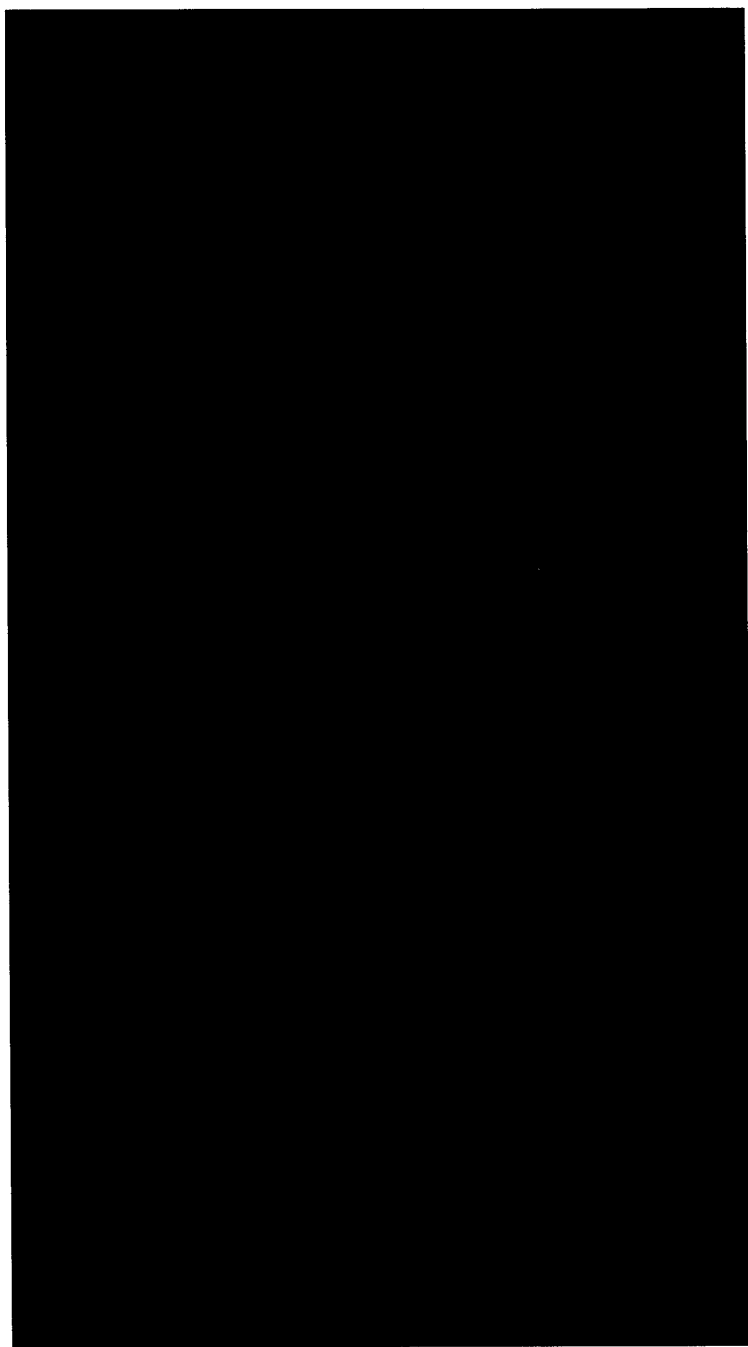
Torta de mazapán y chocolate

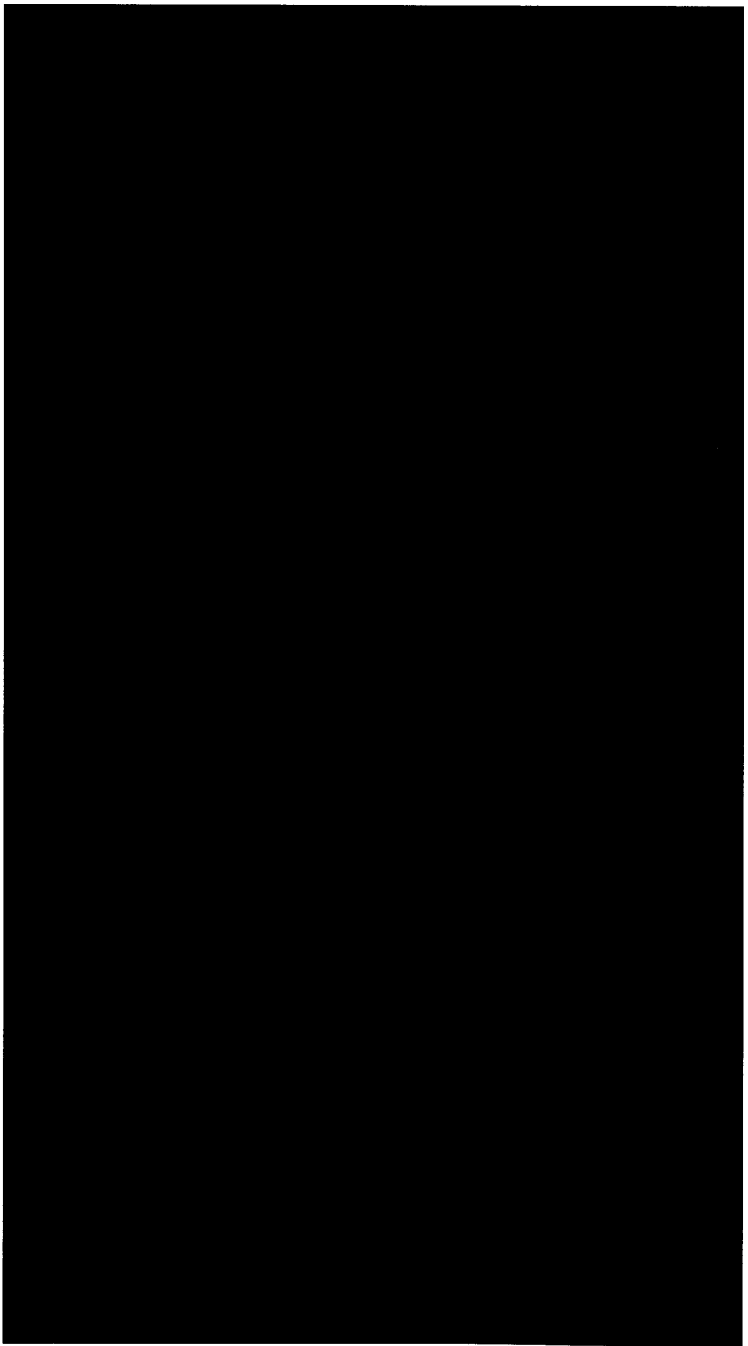
Milhojas de coco

Merengue de frutilla

Helado de crema y maracuyá con cubierta de caramelo

Frutas frescas con jugo y canela





{-Mujer... hey mujer...

-¿Eh?

-¿Escuchaste?

-¿Eh?

-¿Escuchaste?

-¿Qué?

-Shhhhh...

-¿Eh?

-¿Escuchaste?

(Pausa)

-Parece... parece que hay alguien gimiendo...

-Sí...

-¡Santo Dios!

-Shhh... ¡Hablá bajo!

-¿No vamos a ayudar?

-¿Estás loca?

-Pero... tá acá... bien en la puerta...

-¡Quedate quieta!

-¡Ay, mi Dios!

(Pausa)

-Debe haber sido un cuchillazo... por el modo...

-¿Y no vamos a hacer nada?

-¿Hacer? ¿Hacer qué, mujer? Quedate quieta... ¿Y si hay alguien afuera? ¿si es una trampa?

(Pausa)

-Pararon...

-¿Qué?

–Parece que pararon.

–¿Qué?

–Los gemidos...

(Pausa)

–Sí... Paró de verdad... ¿Vamos a ver ahora?

–¡No!

–¿Por qué?

–Porque... porque todavía puede haber alguien allá... ¿Y entonces?
Mejor dormir... Dale... date vuelta... date vuelta y dormí... Mañana...
mañana vemos... Mañana vamos a saber... Dormí... dale... }



ETERNA CADENCIA EDITORA

Dirección general Pablo Braun
Dirección editorial Leonora Djament
Edición y coordinación Claudia Arce
Corrección Equipo Eterna Cadencia
Diseño de colección Pablo Balestra
Diseño de tapa Ariana Jenik
Diseño y diagramación de interior Daniela Coduto
Gestión de imprenta Lucía Fontenla
Prensa y comunicación Ana Mazzoni
Comercialización Lucio Ramírez

Para esta edición de *Ellos eran muchos caballos* se utilizó
papel ilustración de 270 g en la tapa y Bookcel de 80 g en el interior.

Se terminó de imprimir en agosto de 2010 en Talleres Gráficos Color Efe,
Paso 192, Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Se produjeron 1.400 ejemplares.

OTROS TÍTULOS
DE ESTA COLECCIÓN

Cine

Cine. II. Europa, 1947

Juan Martini

Nos quedamos cerca

Tilman Rammstedt

Cuarteto para autos viejos

El otro de mí

Miguel Vitagliano

Nacha Regules

Manuel Gálvez

Balnearios de Etiopía

Javier Guerrero

Las infantas

Lina Meruane

Saña

Margo Glantz

Grandeza Boliviana

Bruno Morales

Grieta de fatiga

La lenta furia

Fabio Morábito

Antártida

Recorre los campos azules

Claire Keegan

Historias encontradas

Eduardo Berti (comp.)

El caso Voynich

Los padres de Sherezade

Daniel Guebel

Cuentos reunidos

Felisberto Hernández



Luiz Ruffato

ELLOS ERAN MUCHOS CABALLOS

Luiz Ruffato, uno de los narradores brasileños contemporáneos más aclamados por la crítica y el público lector en lengua portuguesa, construye una novela desbordante de escenas, materiales y estilos para relatar un día del año 2000 en la megalópolis de San Pablo, una ciudad marcada por la diversidad y una extensión que parece infinita.

El mundo del trabajo, la marginalidad, la desigualdad, la violencia, pero desde una mirada absolutamente fresca y despojada de todo juicio, que narra desde la periferia de la cotidianidad de múltiples personajes, un mundo donde solo existen la complejidad y las contradicciones. Ladrones, prostitutas, traficantes de armas, médicos, desocupados, vendedores ambulantes, taxistas, chicos de la calle, profesionales, millonarios, predicadores, políticos, trabajadores, alcohólicos, desencantados, optimistas, casados, solteros, divorciados, infieles, jóvenes que solo buscan una cogida –y la lista podría seguir–, cada uno dueño de una voz y un estilo propios. Un libro inabarcable, donde el trabajo con el lenguaje y la prosa fragmentaria funcionan como un estroboscopio que revela de manera conmovedora un conjunto de seres anónimos en busca de una identidad.

ISBN 978-987-1673-18-6



9789871673186

ELLOS ERAN MUCHOS CABALLOS SPANISH
EDITION LUIZ RUFFATO LIBRO
FISICO



9



7 8 9 8 7 1 6 7 3 1 8 6